

P. MIRANDA CARNERO

---

# La Hidalga

---

— NOVELA —

---

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado, bajo.

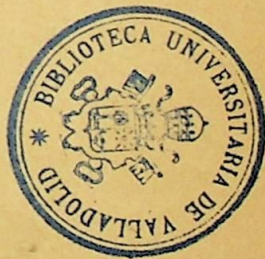
1900

R.A-464

P. MIRANDA CARNERO

# LA HIDALGA

NOVELA



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado, bajo.

1900

.....  
.....  
.....  
**ES PROPIEDAD**  
.....  
.....

.....

.....

.....

.....



# I



o lejos de Villagrande, y á una hora, poco más ó menos, de la aldea de Manuel Pérez, se asienta en una suave colina, dominando una de las más extensas vegas del río Valderaduez, famoso por sus bruscas avenidas, que afligen al labrador si son tempranas y le colman de consuelos y esperanzas cuando no se anticipan al nacimiento de los sembrados, se asienta, repito, Villatorcida, llamada así no porque hablen de ello los papeles de su archivo, sino por tradición, cuidadosamente conservada y transmitida de padres á hijos, por su grandeza pasada y por su forma curva á lo largo de una de las riberas del río, viniendo á hacer más pronunciada su torcida forma los indicios que existen en uno de sus extremos, río abajo, de que la población se extendió en lo antiguo

por aquella parte. Y tan celosos se muestran sus moradores de sus antiguas grandezas, que las sacan á cuento siempre que los vecinos de los lugares comarcanos se ríen de su pequeñez presente, siendo capaces de cometer las mayores atrocidades si entre éstos hay algún guapo que se atreva á persistir en las burlas. ¡Bueno estaría que el lugar que fué orgullo de sus abuelos y envidia de todos los comarcanos fuera al presente motivo de mofa para aquellos que nacieron pequeños y seguirían siéndolo hasta la consumación de los siglos!

Pero nosotros, sin negar á sus habitantes cuantos derechos y preeminencias aleguen en favor de su lugar, no podemos menos de decir y consignar, en calidad de historiadores imparciales, sin entrar en más indagaciones, que de nada servirían á nuestro propósito, que Villatorcida es un mediano lugarejo.

Ellos afirman también que la vega de Villatorcida es la mejor y más productiva de toda la comarca, é incomparablemente superior á todos los terrenos *ligeros ó fuertes* en ocho ó diez leguas á la redonda, sino es que da menos rendimientos que ninguno, un año con otro, porque nunca llueve lo bastante, ó tan raras veces, que los más viejos no suelen recordar dos años verdaderamente abundantes.

Para salvar el río y ponerse en comunicación con la extensa vega tienen sobre aquél un puente que, según tradición también, y sin otros datos

que hagan patente tal aseveración, es obra de los romanos, y quizás tengan razón, á juzgar por los desgastes y considerables desperfectos que el tiempo ha impreso en su fábrica. De la barandilla no quedan otros vestigios que alguno que otro sillar que, por formar parte de las arcadas, no ha podido desprenderse sin arrastrar tras de sí la total ruina de alguna de ellas, con lo que quedarían incomunicados los vecinos de Villatorcida con otros muchos lugares y con la mejor y más florida parte de su término jurisdiccional; y decimos florida en el sentido de la gran estimación que les merece por las razones que quedan apuntadas, porque pensar que haya flores en aquellos parajes, si no son las de las amapolas, manzanilla y otras castas parecidas, que agobian á los sembrados en la época de su mayor desarrollo, es pensar en que el puente de Villatorcida puede convertirse de la noche á la mañana en algo que se asemeje á un paso seguro sobre la superficie de un mediano arroyo.

¿Y qué—pregunto yo ahora—puede haber digno de ser estampado en libros en un lugar como el que se describe, con tales accesorios y otros que me callo por demasiado prosaicos é insignificantes?

El aspecto del pueblo, visto desde las cercanías, no deja de ser alegre y risueño, pero visto por dentro no puede ser más sombrío y triste.

Las viviendas, en su mayor parte, no merecen el nombre de casas, porque están construídas con



tapias de tierra de pequeñísima altura, tanto que en las más de ellas se alcanzan con la mano las veras de los tejados, siendo en el interior tan reducidas que, por lo regular, se componen de pasadizo, cocina y cuarto para dormir, un pequeño corralito, con pajar y cuadra para la burra, compañera inseparable del obrero campesino.

Claro está que completan la ornamentación y realzan el valor material y artístico del lugar las casas de los grandes y medianos labradores, que suelen tener piso alto y buenas dependencias. Entre éstas, sin ser la mejor, se encuentra la del señor Basilio García, que, aunque no muy alta, ostenta dos ventanas enrejadas, de regular tamaño, en el piso principal ó desván; otras dos grandes en el piso bajo, á ambos lados de la puerta principal; tres no menores á la parte trasera, con vistas al amplio corralón, y frente á éstas, cuadra, pajar, horno para cocer el pan y pocilga. Todo á la vista de la cocina, que es un cuadrado perfecto, con chimenea de ancha base, mucha lumbre, pote grande, olla de barro y dos ó tres pucheros de lo mismo.

A la derecha de la puerta de entrada y cerca del techo, como faja mugrienta, una gran tabla cuajada de escarpías, y pendientes de éstas cazos dorados, un almirez, chocolatera de cobre, un perol, una gran tartera de hierro y un velón de cuatro mecheros en el centro con dos grandes pantallas muy pintarrajeadas. De frente á lo últimamente descrito y á la izquierda de la lumbre,

un gran escaño con un pellejo de carnero de monstruosas lanas en el testero, y sentado en él el dueño de la casa, con sus sesenta años corridos de talle, anguloso, bien afeitado, de largas cejas, mirar tranquilo, regular estatura, fuerte de hueso y aun recio de musculatura. Frente á él, quedando en medio una mesa cubierta con mantel mugriento, y al lado de la lumbre, Camilo, su hijo mayor, de veinticuatro años, robusto, ancho de cerviz, ojos pequeños oprimidos por apretada carnaza, coloradote y rojo tostado.

Estos dos personajes y una hija llamada Nicolasa componían la familia del señor Basilio García, por mal nombre el Tío Barriguera, y Barrigueras fueron su padre y su abuelo, perdiéndose la familia de los Barrigueras en la noche de los tiempos, por lo que nadie, ni ellos mismos, sabían por qué ni cómo se originó el mote.

Humeante y borbotando sacó Nicolasa de entre las brasas una mugrienta tartera de barro cocido que colocó con gran precipitación sobre la mesa, chupándose los dedos al dejarla, no se sabe si por aprovechar las escurriduras que resbalaban por los bordes, ó por mitigar el resquemor de lo caliente. Hecho esto, ya bien corrida la hora de cenar en una noche del mes de Octubre, sentóse al lado de Camilo, que con su navajota dividió media hogaza de tres tajos, y previa la señal de la cruz hecha por el Tío Barriguera sobre el humeante guisado de bacalao con patatas, y agarrándose cada cual á su zoquete, metieron la co-



rrespondiente cuchara, que escurriendo pringue colocaron sobre el pan, donde la soplaban hasta verla en condiciones de ser engullida sin menoscabo de aquellas tres bocas que parecían tres puertas.

Esto no obstante, Camilo se atarugó con la segunda cucharada, en términos que alarmó á su padre y á su hermana, porque se le ponían los ojos como á un carnero á medio morir, comenzando al poco rato á arrojar por boca y narices como lluvia torrencial, salpicando cuanto encontraba delante, aquellos mal engullidos despojos.

A duras penas, y metiéndose los dedos hasta el gaxnate por consejo de su padre, salió del apurado trance; pero tan pronto como se vió libre y sin costas, arremetió con tal furia contra su hermana, que si su padre no se interpone entre los dos, no sale aquélla sin alguna descalabradura.

—Burro...—le decía en cuanto se vió fuera del alcance de sus iras,—¿qué culpa tengo yo de que tú seas un tragón y no arregares en lo que metes en el cuerpo? ¿Pos no ves que es bacalao y ha de tener espinas?...

—¿Y no te hey dicho mil veces, cuantimás una—replicó el aludido,—que las quites con cuidau y una por una... marrantrona? No, pos si no se atraviesa mi padre, te doy un taburetazo que no te lo levanta la bula de Meco... á ver si asín deprendes...

—Como no deprenda... pa ti, cada vez peor... animal—le contestó Nicolasa sollozando.

—Míá que es pacencia la que se nesecita pa estarla escuchando y no quitarla las muelas—decía Camilo apretando los dientes y dando fuertes patadas en el suelo.—Agraece—añadió—que está aquí mi padre, que si no...

—Cualquiera barbaridá serías capaz de hacer, porque eres peor que una caballería—continuó Nicolasa sin cesar de llorar, con lo cual se exacerbó Camilo nuevamente; pero un terno en seco y de los gordos, acompañado de una mirada insistente y amenazadora de su padre, les dejó medio aturridos, concluyendo por decirles con voz comprimida por la ira después de un rato de aterrador silencio:

—¿Aónde está la vergüenza?...

Nicolasa tenía buen fondo, noblote y honrado á carta cabal, y por esto le hacían más daño las bruscas acometidas de su hermano y las duras reprensiones de su padre, con tanto más motivo, cuanto que ella sentía que le faltaba algo con que poder dulcificar aquellos amargores, y este algo era el cariño de su madre, que había perdido hacía dos años, de unas calenturas malignas, muy frecuentes en Villatorcida por el estancamiento de las aguas del río en verano, cuando contaba Nicolasa diez y seis.

Mas por esto no se crea que Barriguera no quería á sus hijos, ¡no había de quererlos! pero con escasas demostraciones de ese sentimiento, base de los más sanos instintos si es bien dirigido.

Era frio de carácter y poco comunicativo, y

este frío helaba el corazón de la pobre muchacha, que necesitaba, como el pan de cada día, amor y ternura para conllevar la falta de su madre amada. Y por esto lloraba amargamente, más que por las brutalidades de su hermano; y por esto se negó á sentarse de nuevo á la mesa, á pesar de las reiteradas instancias de su padre y aun de su hermano, cosa que no se explicaba éste, cuando él se creía aún más agraviado y comía y estaba ya como si tal cosa.

Sondeando en el corazón de su padre, se encontraba un sentimiento de compasión para aquel lacrimoso enfado, sentimiento que no brotaba del mismo manantial que el de su hijo, pero que al fin justificaba, ó disculpaba al menos, aquello que su hermano era incapaz de comprender.

¡Bueno era éste para reparar en tales pequeneces!





## II



RA la familia de Barriguera de lo principal del pueblo por su desahogada posición, porque contaba con cuatro pares de mulas de primera y terreno más que suficiente para labrar con ellos, mucho trigo en la panera y dinero en abundancia. Pero no por esto se anteponía ni llegaba, con mucho á la de D. Frutos González, hijo único y heredero universal de cuantiosos bienes, vinculados en la familia desde tiempo inmemorial, y con ellos de señoriales escudos y bien probada nobleza, escudos y nobleza muy capaces por sí solos de satisfacer los deseos de otros más pagados de estos accesorios que el bueno de D. Frutos, que en todo pensaba más que en los imaginarios beneficios de sus dorados pergaminos. Es más, y porque una vez siquiera padezca excepción la

universal tontería, para D. Frutos era enojosa carga aquel fárrago de títulos y preeminencias adquiridos por sus antepasados, tal vez sin méritos positivos para tantas grandezas, ó si por dicha los tuvieron, ninguno podía alegar él para ostentarlos, puesto que por herencia forzosa habían llegado á su poder, sin poner de su parte nada para conseguirlos, ni para aumentar, según decía, con actos propios el brillo de aquellos blasones. Allá yacían en un rincón del desván, mal envueltos en un viejo cartapacio, y jamás, en su poder al menos, salieron de él, por lo que es muy posible que los ratones hubieran alimentado sus estómagos á costa de los gloriosos hechos de la noble familia.

Todos sus ascendientes, ó por lo menos los que tradicionalmente se conocían, fueron designados con el nombre de *Los Hidalgos*, nombre pomposo que corroboraba su egregia estirpe. Y *El Hidalgo* llamaban á D. Frutos, *La Hidalga* á su mujer, la más garrida moza de *Tierra de Campos*, noble también, aunque de menos elevada posición, y á su hija Carmen, única que tuvieron al año de casados, contando á la fecha veinte de matrimonio.

De muy niño comenzó D. Frutos sus estudios, y aunque era de más regular que mediana capacidad, desde luego les tomó escasa afición y malgastó el tiempo en colegios y universidades, llegando al fin de su carrera de joven sin terminar la de abogado. ¿Y qué falta le hacía? Estaba educado

como pocos en el país, sabía cuanto era preciso para vivir en sociedad, poseía algunos conocimientos y finos modales, contaba con muchas y buenas amistades y era rico: ¿qué más podía desear?

Por lo mismo no se cuidó de terminarla, y al pueblo se vino con ella truncada á cuidar de sus labranzas, con cuyo pretexto atendía á sus aficiones de cazador, abandonándolas, de vez en cuando, por los atractivos que su alma enamorada y antojadiza encontraba en las fiestas y funciones de los lugares comarcanos, tomando tanta mayor afición á estas diversiones, cuanto que en todas partes donde se presentaba era agasajado y atendido como principal señor, siendo el ídolo de las muchachas que aspiraban á un matrimonio ventajoso.

En estas y otras andancias por el estilo llegó á los veintiocho años, sin soñar siquiera con que en el mundo había penas y podía tocarle alguna en la desigual distribución que de ellas hace nuestra buena ó mala fortuna.

Al cabo de ellos perdió á sus padres que, aunque viejos y achacosos, le querían y le mimaban, no contando él, en medio de su vida regalona, con que había de quedarse una vez, y para siempre, sin aquella amable y santa compañía.

Esto le abatió bastante y pensó, tras larga serie de amoríos y galanteos, sin otro fin que satisfacciones de su vanidad, en casarse, como lo hizo, por parecerle demasiado grande y fría la casa

solariega para habitada por un hombre solo.

Y acertó, que no fué poca fortuna, con mujer buena y de las pocas que saben domar sus inclinaciones, por rectas que sean, por complacer y agradar á su marido y tenerle contento, consiguiendo con ello las más finas atenciones de su esposo, que se creía tan dichoso y feliz como en su alegre juventud.





### III



ERO en este pícaro mundo no hay bien que cien años dure.

Obedeciendo á este adagio tan evidente como generalmente olvidado, la buena estrella de D. Frutos iba perdiendo poco á poco su brillo, aunque sin eclipsarse por completo, difundiendo sombras que invadían con tristes pensamientos el corazón del hidalgo castellano.

No eran disgustos los que sentía, eran más bien temores los que le asaltaban, vagas sospechas de que pudiera ocurrirle lo que él consideraba como una gran desgracia.

Jamás había pensado en que, con vislumbrar un mal de aquella naturaleza, pudiera llegar á sufrir tan terribles torturas y desasosiegos. ¿Qué le ocurriría en el caso de que sus temores llega-



ran á ser un hecho irremediable? Esto ni siquiera podía pensarlo sin congoja.

—¡Dios mío—exclamaba en la soledad de su despacho, cansado de emborronar papel y de hacer y deshacer guarismos, que al fin no le daban ningún resultado positivo,—yo no sé cómo hay hombres que resistan con sangre fría los reveses de la fortuna! A bien que no todos se hallan en el mismo caso. Existen muchos que, por azares de la suerte, son empujados, desde la escasez y bajeza de su nacimiento, á las cumbres del bienestar y de la abundancia, volviendo por idéntico aunque contrario camino á parar en el mismo lugar de donde partieron. Para éstos no es grande el daño. Por lo menos, no es insoportable. Doy por muy sensible la pérdida de su trabajo, de sus desvelos, de sus sacrificios, porque no á menos costa se adquiere honradamente un pedazo de pan; pero, al fin, no han perdido más que lo que materialmente ganaron, no han perdido más que el pan, el alimento del cuerpo. No han perdido nada esencialmente suyo, nada que formara parte integrante de su ser, de lo que pudiera constituir su bien moral, el alimento del alma. Bien considerado, yo, si pierdo mis intereses materiales, nada pierdo tampoco que sea mío en esencia, pierdo sólo un atributo de mi ser, lo que ellos han perdido, el alimento del cuerpo. Pero el daño está en que se me va con ellos, por una estúpida manera de entender la sociedad estas cosas, mi posición social, mi nombre, lo que valgo, lo que represento, lo que

soy, que vino á mí con la vida y se unió á mi ser moral, á mi alma, y arraigó en ella con mi educación y mis ideas y sentimientos, y esto es horrible, inaguantable, espantoso. ¡Dios mío, que no me vea yo en semejante situación! ¡Yo te lo pido con toda mi alma!

Este era el pensamiento, la idea que dominaba y traía á D. Frutos intranquilo desde que tuvo necesidad de pedir dinero á préstamo para atender á las necesidades de su casa; porque, según él, éste era el primer paso, el primer traspies en el resbaladizo camino que conduce á los abismos de la miseria.

No tenía por qué temerla por tan poca cosa; pero era así de caviloso y escéptico, y ya se figuraba verse á dos dedos de ella, y cuanto más trataba de ocultar cuidadosamente aquel clavo roñoso que le punzaba en lo vivo, más daba á conocer á su mujer y á su hija el escozor de la herida, y, bien convencidas ellas de tan sigiloso proceder, se esforzaban por aparentar tranquilidad, á pesar de la constante alarma en que las dos estaban.

Mas á tal extremo llegó D. Frutos en sus hondas cavilaciones, que madre é hija, no pudiendo ya con el dolor sordo que continuamente las atormentaba, decidieron abandonar el disimulo y averiguar de una vez la causa de aquel extraño cambio, y, al efecto, un día en que los tres se sentaron á comer, como le vieran dispuesto á no probar bocado, le dijo su mujer:

—Jesús, hijo; yo no sé qué es lo que pasa por ti de unos meses á esta parte, que no haces comida con reposo ni sueño tranquilo. Te interrogo, y me dices que no sientes el menor malestar; se lo digo á Carmen, y conviene conmigo en que no me dices la verdad, y, francamente, yo no sé qué daría por averiguar la causa de ese estado torpe, que en vano tratas de ocultar, haciéndonos creer que ni Carmen ni yo te inspiramos confianza, y... ya puedes figurarte cuán amargos comentarios haremos de tu silencio... Créelo, Frutos, muchas veces hablamos de ello, y acabamos por llorar. Y la verdad es que no se puede seguir así. A Carmen, ya la ves, hoy no come; anoche, cuando te acostaste, se quedó llorando conmigo, y así siempre. Hemos procurado ir conllevando esta extraña situación hasta ver si nos sacabas de ella por alguna parte, y nada hemos adelantado; así que con franqueza te digo que ya no podemos más, Frutos.

—Pero, hijas mías—contestó éste sin poder ocultar la pena que le dominaba,—¡qué cavilosas sois! ¡De un grano de arena levantáis castillos formidables! Es cosa de reirse, y, francamente, siento que una idea inocente, una simple preocupación mía, haya influido en vosotras de manera tan seria, al extremo de creerme capaz de ocultaros algún grave secreto por falta de confianza ó sobra de malicia. ¡Por Dios, que sois bien tontas! ¡Al diablo no se le ocurre semejante bobada! ¡Y si os dijera que tampoco debía preocuparme yo?...

¡Figuraos si la cosa tendrá importancia! Pero, en fin, yo he dado en pensar en ella, y hoy un poco y mañana otro poco, he ido robusteciendo la idea, agrandándola, ó, mejor dicho, sacándola de sus naturales proporciones. ¡Cosas de la imaginación!... Además, como esta idea es tan nueva en mí... como no estoy acostumbrado á estas cosas... francamente os lo confieso, me ha hecho alguna sensación...

—Pero ¿qué es ello, papá, qué es ello?—se atrevió á decir Carmen interrumpiéndole.

—Nada, hija mía, nada; si no es nada, sino que yo me avengo muy mal con ciertas cosas...

—Bien. ¿Y qué cosas son ésas?—volvió á repetir Carmen.

—Esas cosas son... las necesidades, hija mía, la carencia de lo necesario, y si bien es cierto que tu papá disfruta, gracias á Dios, una buena posición, ha tenido que recurrir al dinero ajeno para cubrir aquéllas. ¿Que hay para devolverlo? Y cien veces más si preciso fuera, qué duda tiene...

—Pues entonces, ¿qué te apena?—le dijo doña Ramona, que así se llamaba su esposa.

—Toma... pues ahí está la tontería. Pero como yo jamás me he visto en este caso... y como oí muchas veces á mi padre que desdichado del hombre que, acostumbrado á dar, se viera en el caso de pedir...

—¡Bah, bah, bah, bah! Esa sí que es más grande tontería. ¿No tienes con qué pagar? Eso fuera bueno cuando la deuda comprometiese tu capital,

Frutos; y ahora recuerdo que me dijiste, cuando pediste ese dinero, que con sólo una regular cosecha te desembarazabas de ella. Luego si no es más que eso, no hay por qué te preocupes tan hondamente, ni menos llegues al extremo de hacernos creer que te ocurre alguna cosa grave.

—Sí, si es la pura verdad, si tienes razón; pero no creáis que yo voy del todo descaminado, porque vosotras no sabéis el alcance que esto tiene en la sociedad en que vivimos; vosotras no sabéis que el dinero del rico y las deudas del necesitado se agrandan en la imaginación de las gentes.

—¿Y qué, papá? Sea yo buena y cumpla con mis deberes, y me tiene sin cuidado el mundo con todas sus preocupaciones y tonterías.

—¡El mundo y los deberes!... ¡Hé aquí el problema!

—Pues ¿de qué tienes que acusarte, Frutos, si los temporales no ayudan?—se apresuró á decir D.<sup>a</sup> Ramona.—Con malas cosechas no se pueden hacer milagros.

—Eso es muy cierto—contestó aquél con mal disimulada ironía;—pero no las ha tenido mejores Barriguera, y, sin embargo, hoy tiene, en trigo y en dinero, una fortuna, y ha comprado en estos últimos años cuantas tierras y majuelos se han vendido en Villatorcida.

—Haz tú lo que él—replicó en tono displicente D.<sup>a</sup> Ramona;—ara, siembra, achichárrate en la era todo el verano de Dios, toma una cebolleta de desayuno y una copa de aguardiente, vuelve la

espalda á tus amistades y renuncia á tu educación, y harás montes de oro. Á mayor abundamiento, manda á tu hija á lavar al río; mándala con la olla á los segadores y pon á tu mujer á la boca del horno, y verás cómo es tu casa, en poco tiempo, una sucursal del Banco de San Fernando. Hé ahí una buena manera de hacerte poderoso; acéptala.

—¡Ah! Demasiado sabes que eso es imposible, Ramona. No nacimos, ó mejor dicho, no nos educaron á nosotros para esas cosas, y ahí está precisamente el origen del mal.

—Es decir, que para prosperar con la labranza hay que dejar de ser persona decente.

—No, hija mía, no; lo que hay que hacer es trabajar mucho, mucho y sin descanso.

—¿Y no está bien demostrado que esos trabajos son para ti imposibles?

—Porque no los aprendí de niño.

—¿Y no sería un absurdo el que te hubieran dedicado á ellos, Frutos?

—Por creerlo así mis padres me pusieron á estudiar, y por sus tolerancias no terminé mi carrera, con lo cual me vería ahora libre de estos ahogos, y en otros lugares más apropiados á mis gustos é inclinaciones. Es decir, ni aun así me hubiera podido librar de esta cadena de esclavo que me sujeta al terruño, porque ya sabéis que más de una vez he intentado salir de aquí, no tanto por mí como por vosotras, especialmente por Carmen, y no he logrado jamás arrendar mis

heredades ni aun á precios módicos. Esto, al menos, me hubiera proporcionado la dicha de vivir honestamente en una capital, al amparo de mis rentas, lo cual no era poco, comparado con esta vida, en la que es preciso perder la sensibilidad, si no se ha de perder el juicio.

—Pues eso mismo debe tranquilizarte, papá. Todo eso que dices justifica tus buenos deseos y mala fortuna, y lo que no puede evitar una voluntad bien dirigida, debe soportarlo una perfecta resignación.



## IV



**C**ARMEN contaba á la sazón diez y nueve años, que se habían deslizado sobre su existencia suaves y tranquilos, sin zozobras ni pesares, entre las dulzuras del cariño de sus padres, el respeto de las gentes y las halagadoras caricias de la juventud.

Todos la querían ó, por lo menos, la admiraban: unos, por ser hija de padres tan principales; otros, porque la habían tratado y conocían sus relevantes prendas de carácter, y los jóvenes, los que soñaban con alcanzar su cariño, por las antedichas razones y por su hermosura, que excedía á toda ponderación. No había punto vulnerable en aquella angelical criatura, porque sus gracias corporales no tienen igual en ningún acabado modelo de escultura, ni es posible dar idea de su gracioso andar, del movimiento ondulante de



su cuerpo, de la elegancia de sus curvas, de la morbidez de su garganta, de su pecho exuberante y tembloroso, en el que se adivinaban dos promontorios de leche cuajada y fresca, movediza y limpia como las ondas de un lago cristalino; de su boca, manantial de gracias; de sus labios, rojos y frescos como la amapola cuajada de rocío, entre cuyos bordes se mostraban, á cada sonrisa suya, dos hileras de perlas que daban al cuadro de su hermosura toques y perfiles tan expresivos y admirables que completaban la espléndida belleza de la hija de D. Frutos.

Pero donde verdaderamente se compendaban todos los encantos de su persona era en sus ojos, negros, tropicales, ardientes como la lava de un volcán. En su mirada se reflejaba el rayo; fascinaba, enervaba, conmovía y provocaba á la vez. Atrevida unas veces y tímida otras, se adivinaba, sondeando muy adentro por entre el velo de sus cuajadas pestañas, un espíritu grande, y se concebían las divinas creaciones de los ángeles.

Si la Mancha produjo en la caldeada imaginación de D. Quijote la fantástica cuanto hermosa Dulcinea, en las agrestes llanuras de Castilla existió con vida real la no menos hermosa Carmen La Hidalga, digna, por todos conceptos, de la memoria de las gentes, y muy capaz de enorgullecer á otro lugar que no fuera el apocado y mezquino de Villatorcida.

Jamás se apartó dos palmos de las faldas de su madre. Esta era su amiga, su confidente, su con-

sejera y, en una palabra, el guía de sus acciones.

Otras de peor posición y alcurnia poblaban los colegios de Valladolid, donde, en sentir de los más, se hacían señoritas cabales y distinguidas.

No estuvo jamás La Hidalga de parecer de separarse de su madre, ni ésta en disposición de encargar á nadie lo que sabía ella y debe saber toda madre para educar á sus hijas.

Así que en una época en que se hizo de moda y acreditaba el buen gusto y el tono de las personas pudientes el tener á sus hijas en los colegios y poder decirlo y ostentarlo siempre como causa de distinción, parecía rara consecuencia de mal entendido orgullo tal determinación. Sin embargo, viajó, y vió bastante, y aprendió no poco, pero siempre con sus padres.

Y más hubiera aprendido y viajado hasta á lejanos países si no lo hubieran impedido las continuas ocupaciones de la labranza.

Su educación esmerada y su natural disposición para todo la daban un realce y una distinción, que más parecía nacida y educada en la corte que en un mediano lugarejo, por lo que la mayoría de los jóvenes del contorno, estudiantes, médicos, abogados y alguno que otro sin estos títulos, fiado en su acomodada posición, aspiraban á alcanzar su cariño, pero con tales resquemores y retintines, que realmente temblaban en su presencia, dudando siempre de alcanzar un éxito lisonjero.

Algunos, los más atrevidos, tentaban el vado,

en el que se enfriaban las pasiones más ardientes, los cuales, para mitigar los rigores del desdén, se desahogaban calificándola de tonta é infatuada, cuando no de orgullosa y soberbia.

Entre éstos se encontraba el hijo del señor Basilio, que, puesto que era rico su padre, se creía con derecho á éste y á otros análogos atrevimientos, llevando su merecido, que fueron las calabazas más grandes que jamás se han visto, cosa que irritó á los Barrigueras, al extremo de poner á La Hidalga como ropa de pascua.

—¿Quién es ella pa despreciarme de esa manera? ¿Qué tiene?—decía Camilo, lleno de coraje, á su padre y á su hermana.—¡Trampas y fantasía! ¿Si creerá que no conocemos las coqueras también como ellos, y no sabemos que el empeño es gordo y no saldrán de él en toa su vida, porque no saben trabajar... porque son unos perdidos?

—No la haga caso, hijo, ni te quite el sueño semejante bobada—le decía su padre, aparentando con una sonrisa una satisfacción que no sentía,—que como tú tengas parnés, las tendrás, así—y ponía muy apiñados los dedos de ambas manos,—y cuidau—continuó Barriguera—que hoy tiene mucho viento en la cabeza, porque entuavía está intauto el capital, como quien dice; pero dejemos correr el tiempo, y ya veremos si no desea muy pronto lo que ahora desprecia la muy vanidosa.

—Sí, que güelva las tornas, que se va á encontrar con la suela de su zapato—contestó Camilo.—Lo que es ésa... ya podía traerme un Po-

tosis en cada mano, que iba á ser bien recibida...

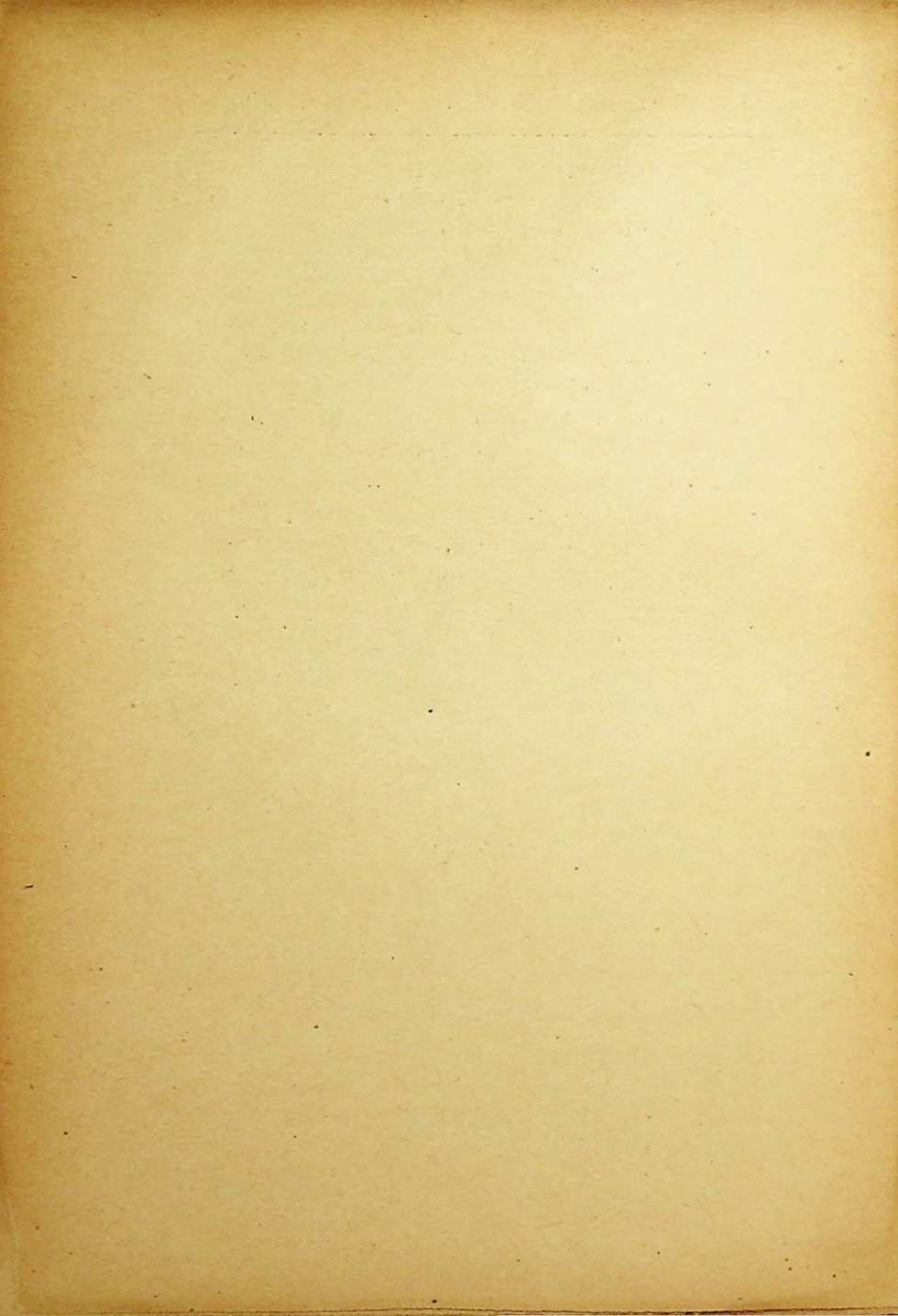
—Pero ¿no consideras—le dijo su hermana, que estaba atenta á la conversaci3n—que ella es una señorita con muchos flecos y alamares y mucha finura, y tú un labradorote tosco y desaliñado?

—Dinero quiero yo, Nicolasa—contestó el interpelado,—que el hacerme señorito pocomo me cuesta. Velaí lo que va ganando con tanto señorío, perder lo que tiene, poco á poco, y arruinarse al fin. Que coma flecos después...

—Ó no se arruinará, hombre—volvió á replicarle su hermana,—porque D. Frutos, aunque no tenga un cuarto, tiene muchos intereses y tela pa rato, si su hija ha de gastarla toda en perifollos.

—Es que tras de lo uno viene lo otro, Nicolasa, y poco de aquí, y poco de allá, hacen montón y dan al traste con todo. Pero dejémoslo al tiempo, como acaba de decir mi padre.







## V



El año de 1867 agonizaba ya. Las frías escarchas de Diciembre, seguidas de densas nieblas, anunciadoras del invierno, se enseñoreaban de la espaciosa llanura y crecían la monotonía y el tedio, porque al par del intenso frío aumentaba la cerrazón, tanto más deprimente y fatigosa en el país de los amplios y despejados horizontes, alumbrados, casi siempre, por un sol esplendoroso.

Agréguese á esto que no llovía ni había llovido en toda la sementera (que se había hecho en seco), y secas y sin jugos vitales las semillas, no germinaban, y se comprenderá que los vecinos de Villatorcida tenían motivos para estar malhumorados.

Cierto es que se habían conocido algunos años en que, á pesar de no haber llovido hasta Diciem-

bre, se hizo regular cosecha; pero en los más había dado un fatal resultado tan prolongada sequía. ¿No era, pues, de temer una catástrofe?

Lo raro del caso es que los más próximos á perecer de hambre, si se daba el caso ¡Dios no lo permitiera! de que la cosecha se anulase, estaban tan campantes, tal vez porque jamás habían conocido nada semejante, ni podían suponer que tal cosa ocurriera, ó porque con muy poco se conformaban, y este poco no creían posible que les faltase. ¡Estaban tan acostumbrados á la pobreza y á la escasez, que el más ó el menos, en estos particulares, no les quitaba el sueño.

No así los ricos, las personas pudientes, los que tenían que sostener al pobre y sostenerse á sí mismos y á sus labranzas y ganados, con los enormes gastos que todo esto origina, porque para éstos, á poco que se prolongara tan insostenible y crítica situación, vendría sin remedio un estado ruinoso ó, por lo menos, muy comprometido.

Y los días pasaban, acumulando semanas y meses, y la angustia crecía, con ansia viva miraban al cielo implacable aquellos infelices campesinos, siempre con la esperanza en los labios y la fe en el corazón, creyendo y esperando hasta en los pronósticos de los más zafios, si anunciaban un próximo y favorable cambio en los inalterables y siniestros celajes que continuamente les tenían suspendidos y aterrados. ¡Oh! ¡y cuán amenudo se repite ese fenómeno en la comarca campesina, sobre todo en primavera!

Pues en ésta, y solamente en ésta, esperaban ya sus moradores algún socorro del cielo, porque el invierno se escapaba por momentos, triste, seco y frío como un cadáver. Y aun cuando no son frecuentes las primaveras húmedas, por la misma razón de que no había llovido en mucho tiempo, se esperaban las lluvias más abundantes cuanto más se dilataban, aunque escarbando en el fondo de los corazones, se notaba un desasosiego poco tranquilizador, porque ya era muy tarde y no había nacido un solo grano, y no era posible ya, aun con el más favorable temporal, una mediana cosecha.

Por esto decía D. Frutos una noche, sentado al fuego de la hornilla que ardía en el establo, rodeado de sus ocho criados:

—¿Qué va á ser de nosotros si no llueve pronto, Dios misericordioso? ¿Qué de esta comarca desolada? ¡Asusta y entristece contemplar el estado de los campos, sólo comparables con los desiertos africanos! Se despidió el año 67 con escarchas y nieblas y van pasados dos meses del 68 casi sin ver el sol que alegra, á falta del agua que vivifica. Un cielo oscuro, gris, triste, amenazando lluvia que nunca llega, nos hiela el corazón poco á poco, haciéndole insensible á la gran desgracia que nos cerca. ¡Y aún hay quien espera! ¡Y aún hay quien dice que lloviendo pronto... Vamos, no ven el fuego hasta que se queman. No llueve, no. Estos celajes grises no pueden anunciar cosa buena. Vamos á presenciar una catástrofe; lo que



no han conocido los nacidos; ya lo veréis. ¡Este año no se abren los portillos de las eras en Villatorcida!

Cuando terminó el amo sus lamentaciones, y aquellos sufridos y sobrios obreros se convencieron de la posible realidad que encerraban sus palabras, se atrevió á decir uno que respondía por el apodo de El Zurdo:

—Señor, jamás de los jamases se ha visto cosa igual, ¡no abrir los portillos de las eras... vamos no recoger nada, ni tan siquiera una espiga!... Eso no puede ser. Ya lloverá. Dios que nos tiene aquí, pa algo nos tiene más que pa matarnos, de nescidá y miseria. Entuavía faltan muchas horas pal verano, y de una pa otra nos viene un socorrico y nace el pan, y vamos viviendo. De años malos ya estamos hasta la coronilla, eso bien deprendido lo tenemos; pero no es lo mesmo lo uno que lo otro; con poco se pasa, pero con nada... Dios de bondad, da miedo el pensarlo, ¡qué paso llevaríamos todos pal otro barrio!; es decir, todos no, porque á usted, pongo por caso, güen cuidau le dará porque se coja ú no se coja, ¿nos verdá, compañeros?

—Pobres de nusotros, Zurdo, pobres de nusotros—le contestó el mayoral, que se llamaba Miguel,—que lo que es el amo, bien asegurada tiene la bucólica. ¡Si yo tuviá ahora la mano donde él tendrá el pensamiento, güen cuidau me se daba á mí por los años malos! Pero lo peor es que al día siguiente de salir de esta casa, si se da

el caso, ¡coirol no lo premita Dios, ya no tienen mi mujer y mis hijos que llevar á la boca. ¡Y esto sí que es triste! Y esto sí que ahoga, ¡coirol que lo demás es música celestial. ¡Yo no digo que no se sienta perder la hacienda, pero la vida... ¡y por hambre!, ¡recoirol güena diferiencia va...

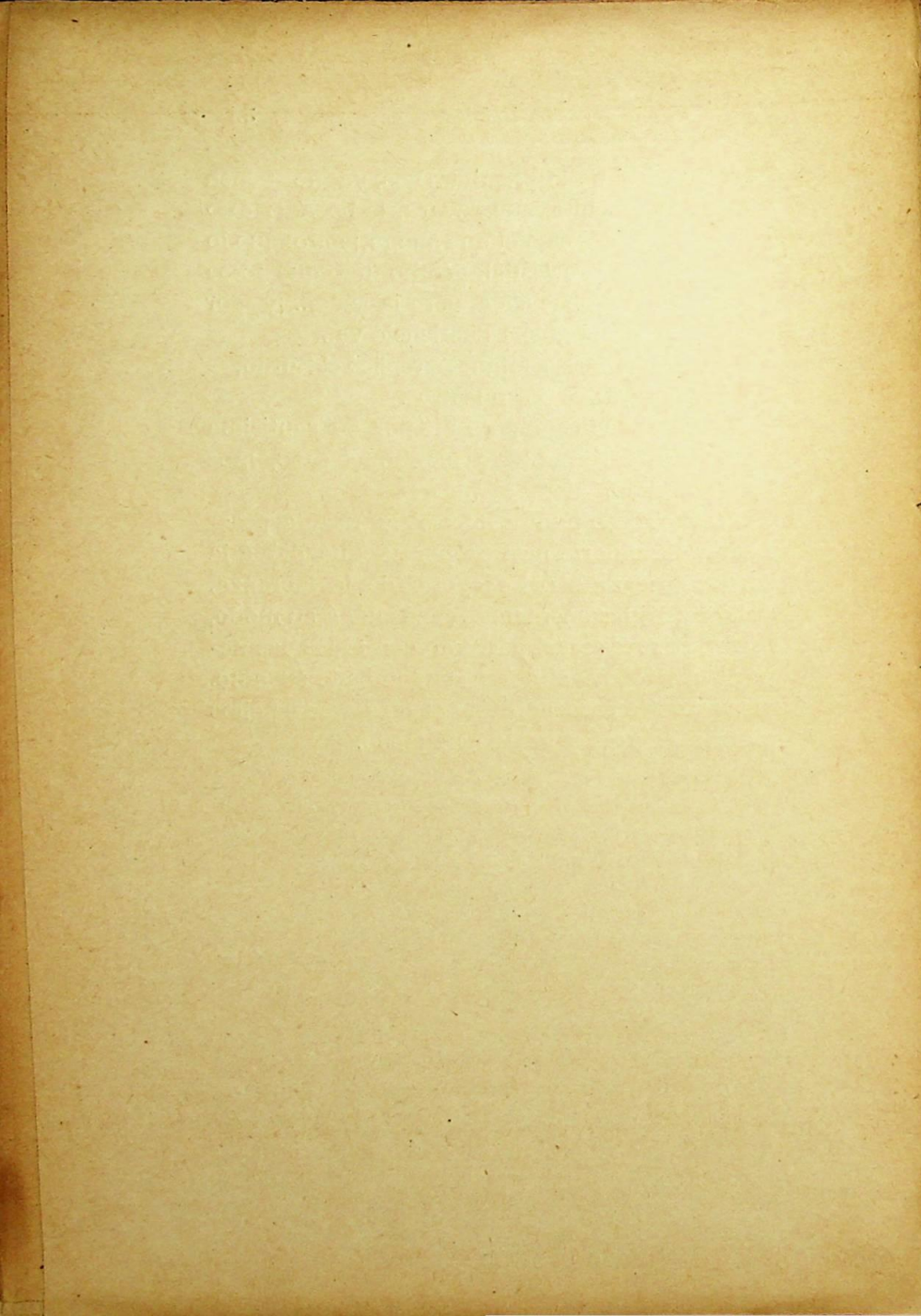
—Y te aguantarías, Miguel—replicó el Zurdo,— que más pasó Dios por nusotros.

—¡Ah!, ende luego; pero fué por su santísima voluntad, Zurdo, y no es lo mesmo el caso, ¿nos verdá, señorito?

El señorito no pudo contener la risa, á pesar de su mal humor, única respuesta que dió á la filosófica pregunta del mayoral de la labranza. Y allí les dejó, comentando, cada cual á su modo, las consecuencias del porvenir con todas las ne-gruras que sobre él había amontonado su amo.

Lo que iría pensando éste al separarse de ellos no sería, en verdad, nada halagüeño.







## VI



El señor Basilio García, al entrar, con sus dos hijos, en consideraciones sobre la catástrofe que amenazaba á Castilla, porque es de suponer que no habría una sola persona en dicha comarca que no se ocupara de esto y le quitara el sueño, á poca aprensión que tuviera, filosofaba como el más pintado, diciéndoles, después de cerrar la puerta y echar de la cocina á los gatos, por temor de que si le escuchaban pudiesen traslucirse de puertas afuera los pensamientos que iba á comunicarles, y de arrellanarse en el gran pellejo que cubría el testero del escaño:

—Ya habréis observado que cuando se habla, y se hace con harta frecuencia por ser cosa que preocupa á todo el mundo con fundado motivo, de si llueve ó no llueve, si la cosecha se perderá

por completo ó no se perderá, si ocurrirá esto ú ocurrirá lo otro, yo procuro alentar á todo el mundo, porque nada se gana con matar las esperanzas al desgraciado, ni es conveniente tampoco, porque la desesperación se sobrepone á todos los respetos, y el hombre que se ve en su casa con todo lo necesario y en un momento lo pierde, y no encuentra medio ni manera de vivir, no es extraño que dé en caminos de perdición, buscando por medios ilícitos lo que no encuentra en otra forma. Si el año viene tan malo como yo creo, porque, no lo dudéis, la cosecha es completamente nula, lo nunca visto, vamos á presenciar escenas y á pasar calamidades sin nombre. Por esto, yo soy el primero, como os dejo dicho, en alentar á todos y en lamentar y llorar, por adelantado, las grandes desgracias que han de sobrevenir. Y mirado el asunto bajo este punto de vista, yo puedo ser uno de los más perjudicados. El que tiene es el que pierde en estos casos. Por lo demás, no me apuro; siento, sí, como el que más, los estragos del hambre, porque es muy triste, y que algunos pierdan su modo de vivir; pero por otros me alegro, porque no hacen mas que sufrir las consecuencias del despilfarro y el abandono. Bien merecido lo tienen. El Hidalgo el primero. Bien caro va á pagar el orgullo. Si no se puede, si á todós nos gustaría darnos tono, tener comodidades y oler á señoritos. En cambio el que trabaja y ahorra encuentra ahora la recompensa. Y si no decirme: ¿no es motivo de gran

satisfacción el que vuestro padre, el hijo del tío Barriguera, que no tenía más que una mula desorejada pa labrar en aparcería las pocas tierras que arañando hasta perder las uñas, pudo agenciarse, sea casi el único que salva del naufragio? ¿Y no lo es más el que quede siendo en adelante la primera persona del lugar? Y á esto hay que añadir otra ventaja más, y si á mano viene mayor; vosotros no sos habréis fijado en ello, qué duda tiene, pero para mí este año, con no cogerse nada, es más abundante que ninguno. Por un pedazo de pan, como quien dice, han de venderse muchas heredades; decirme ahora si con el dinero y el trigo que hay en casa se puede doblar el capital. Con esto quiero demostraros que si por una parte me apena lo que va á ocurrir, por otra lo veo llegar sin el menor sobresalto, y si me apuráis un poco, digo y sostengo que es un latigazo dado á tiempo, porque el mundo está perdido, hijos, y estos castigos son los que enseñan á vivir. Cuando yo era chicuelo, exceptuando la familia del Hidalgo, nadie comía garbanzos en Villatorcida; carne, sólo en verano y de la peor, y eran contadas las familias que hacían una mediana matanza. De vestir no hablemos, más se gasta ahora en un año que entonces en diez; en fin, que esto es una perdición, á la que Dios trata de poner remedio, porque si no no sé dónde iríamos á parar.

—Y diga usted, padre— le advirtió Nicolasa mientras él se pavoneaba en el colmo de la satis-

facción sobre el lanudo pellejo,—¿qué va á ser de la pobre Hidalga con tantos humos como tiene?

—Pts... qué quieres que te diga, hija; lo que es y ha sido siempre de otros tales como ella, un desastre. Y lo peor es que no escarmientan, que cuanto peor se ven más gastan, y no era ése mal procedimiento si no se acabara nunca el manantial.

—Eso digo yo—objetó Camilo;—si no se acabara nunca, naide me ponía á mí el pie por delante respetive á señorío y á darme güena vida; pero como está de por medio esa deficultá, me atengo á andar rompido y trabajando pa tener que comer, que es lo prencipal, y pa que sobre, si á mano viene, y cuanti más, mejor, que el que es rico lo tiene todo si le da la gana, y al pobre naide le hace caso. Ya verá el Hidalgo las monas que pinta dentro de poco.

—A mí me da mucha lástima de la pobre Hidalga—dijo Nicolasa.

—Anda, tonta, que güen orgullo tiene—objetó su hermano;—hora es ya de que se le caiga la venera; ya verás, ya verás dentro de poco barrida su calle de pretendientes. A ésa la va á pasar lo que á aquel gallego que fué á Madrid á hacer fortuna, que, habiendo topau con un duro en la puerta de San Vicente, le apartó con el pie diciendo: «No me abajo yo al suelo por tan poca cosa»; y después se murió de hambre...

—¡Ay, hombre!—exclamó Barriguera, dejando á su hijo con la palabra en la boca.—Si estoy

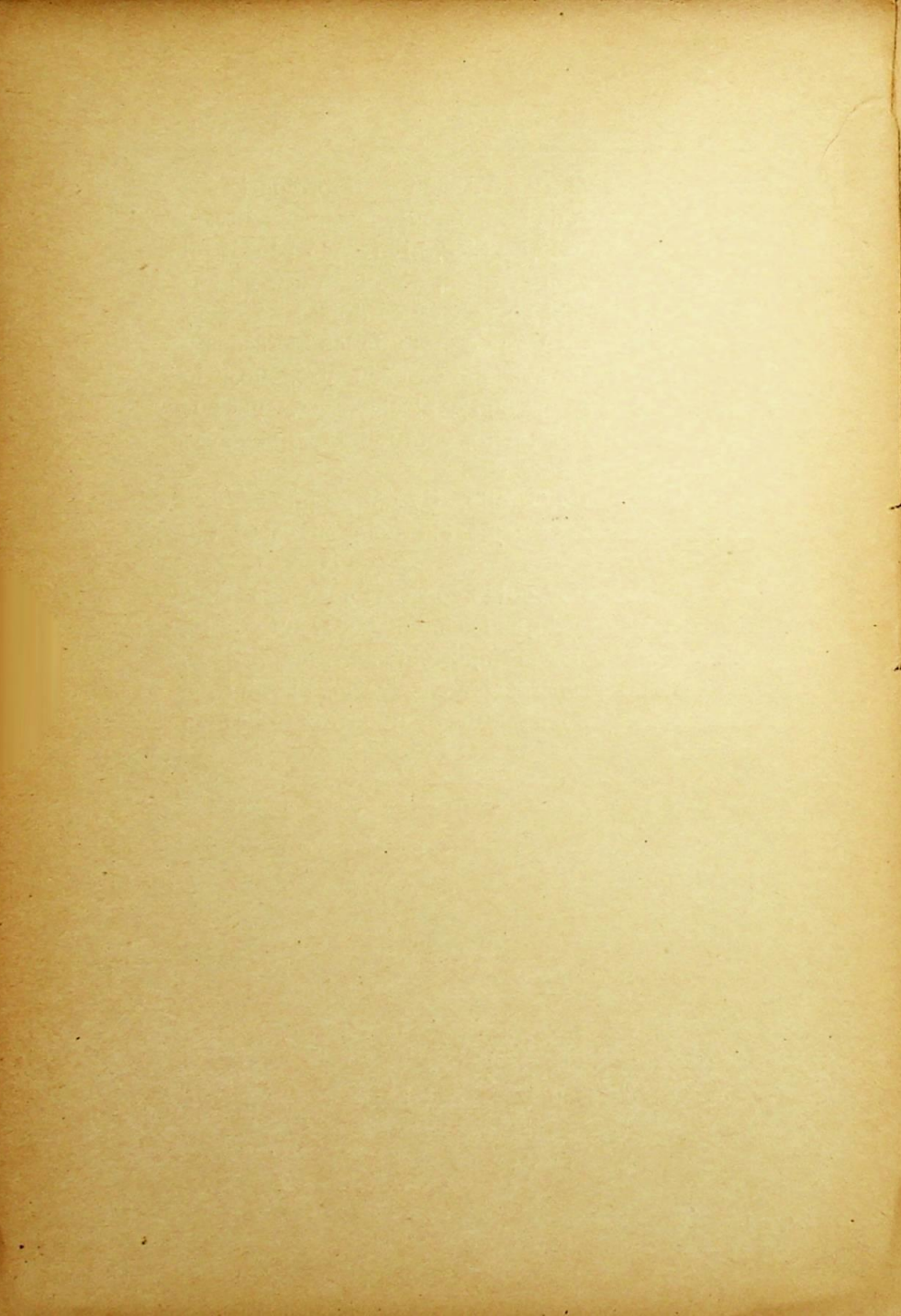
citau por el alcalde á sesión extraordinaria pa hoy á las nueve de la mañana, y, francamente, si no oigo dar al reló las diez, ni me acuerdo de tal cosa. Voy, voy en seguida, no digan que yo entorpezco las buenas obras. Es con ojeto de hacer una robativa á Nuestra Señora de las Mercedes y traer al mejor orador que se encuentre, cueste lo que cueste. Esto me dijo el alcalde ayer, una bobada, por supuesto; pero, porque no digan, seré el primero en animar á ello.

—Toma—dijo Camilo,—¿y por qué no la hace el cura de balde, ya que los tiempos están tan malos?

—Sí, vete á los curas con esas cosas; pa ellos no hay calamidad que les haga gastar un cuarto, ni dejar de cobrar el importe de su trabajo. Esos, esos son los primeros en enseñarnos el valor del dinero. Conque hasta luego, que no tardaré en volver.









## VII



AS reuniones del ayuntamiento en la casa de concejo, como la llamaban ellos, eran siempre pesadas y tardías, porque primero que se reunían todos los concejales y comenzaba á tratarse el asunto objeto de la reunión, se pasaban las horas muertas; ¿y qué no sucedería en la ocasión presente, en que estaban avisados todos los mayores contribuyentes?

De aquí que no estuviese muy justificada la prisa de Barriguera, si no es por el deseo de conversar un rato y hablar de todo mientras se iban reuniendo los avisados. Y de todo se habló, primero del mal estado de las labores, porque á causa de la gran sequía estaban los barbechos an desazonados y duros que no se podían mellar ni con escoplo, y éste era un nuevo y grave daño para el porvenir.

—Y si no fuera más que eso—dijo uno desde los bancos más apartados de la presidencia, alto, moreno, de ojos grandes y boca desportillada,—aun con ser mucho, tendríamos pacencia; pero si estamos mal de labores, ¿cómo estamos de pastos? ¿Qué va á ser del poco ganadico que nos queda? La mala época que atravesamos no ha de hacernos pensar solamente en robativas, que también es menester acordarnos de salvar lo que nos queda, porque quizásmente si no se toman las medidas que son de nesecidá, vamos á perderlo todo. Quié icirse que si los terratenientes habían de apreciar lo que les corresponde por el arriendo de pastos, que no lo apreciban, porque en justicia, cuando no lo hay y el ganadico se muere de hambre...

—¿Y qué tenemos que ver con eso los terratenientes?—se apresuró á contestarle Barriguera.— Los ganaderos tenéis firmau un contrato, y ése hay que cumplirle en todas sus partes, porque si tú pierdes las ovejas, yo pierdo la cosecha, que vale bastante más y nada me dan por ello si vengo aquí á fundar quejas injustas.

—Perdone usted, señor Basilio—replicó otro muy quebrado de color, cara sudorosa y mal afeitada, cejas grises y ojos vivos,—si le digo que el señor—aludiendo al de la boca desportillada— lleva un punto de razón. A usted, si no coge trigo, le quedan las tierras pa remediarse; pero á nusotros, si se nos mueren las ovejas, ¿qué nos queda? No seamos tan estransigentes, señor Ba-

silio, que á cada puerco le llega su San Martín, como dijo el otro, y al que habla hay que escucharle y atender una razón cuando la presona lleva camino.

—Yo lo que digo es—replicó Barriguera—que por mi parte no puedo condescender con esa pretensión; y si insistís en sostenerla, acoto mis tierras, y al que entre en ellas le pongo la ceniza en la frente. ¿Lo quieres más claro?

—¡Ah, señor Basilio! Bien dice el reflán que al que no está hecho á bragas las costuras le hacen llagas; y no quiero hablar más ni meterme en más honduras, porque venimos pa otra cosa, y esto ya se tratará en su día y como deba tratarse, porque todos tenemos que vivir; y no porque uno haiga tenido la suerte de subir á lo alto, es un suponer, ha de atropellar á los demás, que pa todos amanece por igual y naide se pué alabar de ser más que otro, porque, enque rústicos, conocemos las cosas, y con esto basta.

—Y sobra la metá—volvió á decir el de la boca desportillada, incomodado;—y pa el que conozca la conduta de cada uno, sólo con decir que algunos que ahora hablan fuerte han sido los primeros en no respetar nada, comerlo y arrasarlo todo con la labranza, y en finiquito reirse de los perjudicados á boca llena y engordar con el provecho, está dicho todo.

En esto entraron en el salón D. Frutos y el señor cura, con lo que se cortó la conversación, que ya iba tomando visos de acalorada disputa,

y abrió la sesión el señor alcalde cuando ya faltaban muy pocos de los avisados.

El primero que habló fué el señor cura, para decir que de él y de algún otro de los asistentes al acto, que no quería nombrar, había partido la idea de hacer una solemne novena á la Santísima Virgen de las Mercedes para implorar, por su mediación, de la Misericordia Divina un socorro de agua para los campos, tan necesitados de él como jamás se habían visto. Esta idea le fué comunicada al señor alcalde al objeto de ver si podía el ayuntamiento costearla con la pompa requerida, «porque pensar que yo, como sé que algunos pretenden, pudiera hacerlo á mis expensas es pensar locuras que no se le pueden ocurrir más que al que ignora mi estado de pobreza y lo exiguo de la retribución que tiene asignada por el Estado esta iglesia para obras de fábrica, en las que no necesito decir que gasto bastante de mi peculio particular, si no he de consentir su total ruina. Esto no obstante, yo contribuiré en la medida de mis fuerzas y haré cuanto me sea posible en honra y obsequio de nuestra excelsa patrona».

—Nada, nada, señor cura; no hay neseidadá, creo yo—se apresuró á contestar Barriguera,—si estos señores acuerdan que se haga y costee por cuenta del ayuntamiento, de que usted haga sacrificios de ninguna especie.

—Lo prencipal es—dijo otro, pequeño, rechoncho y colorado, con capa de larga esclavina y cuello tan excesivamente alto que le tapaba el co-

gote—que la robativa tenga toda la solenidad posible, sin mirar el gasto, que pa eso y pa más debe de haber en el ayuntamiento; y si no lo hay, por una causalidá, pido que se escote entre los presentes lo que falte.

—Tampoco hay necesidad de apelar á ese recurso—dijo el síndico, que era un hombre alto, delgado, como de cuarenta y tantos años de edad, bien vestido y con cierto aire de persona regular; se llamaba Julián Deza, había estudiado el bachillerato y siempre fué gran amigo de Los Hidalgos.

—No estamos en ocasión—añadió el alcalde,—ni de hacer gastos superfluos, ni menos de divertirnos; pero en obsequio á la Santísima Virgen, creo yo que deben traerse unas docenas de cohetes para solenizar la procesión y la dulzaina de la villa, porque ya estamos cansados de oír al tamborilero todos los domingos; y por último, se avisará á los pueblos comarcanos para que asistan á la procesión con cruces y pendones.

—De eso me encargo yo—dijo un mozalbete pelirrubio que estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—En ese caso—continuó el alcalde,—ya no queda por resolver más que quién ha de ser el orador que ha de decirnos el sermón, y eso ustedes lo acordarán.

—El que sepa alentar los abatidos ánimos—dijo D. Frutos con amarga sonrisa;—porque esto es cosa concluída, si Dios no hace un milagro, créanme ustedes.

—¡Hombre! Parece mentira que hable usted así, D. Frutos—se apresuró á contestarle Barriguera, que tenía verdaderos deseos de chocar con él desde que su hijo se vió desairado por La Hidalga.— Nada menos que la persona de más respeto en el lugar y el primer contribuyente... Pues si usted pierde las esperanzas, ¿qué haremos los demás?

Y recalcaba las frases como indicando el tono irónico en que las pronunciaba.

—Lo que creáis conveniente— contestó algo picado D. Frutos;—y no sé por qué te extraña que yo, por lo mismo que soy el primer contribuyente, sea el primero en dolerme del cataclismo que nos amaga; en primer lugar, porque presiento las grandes desdichas que han de afligir á este pobre y desgraciado país, cosa que por lo visto á ti te tiene sin cuidado, y en segundo, porque es mucho más fácil que se trague el mar un buque de gran porte, á pocas averías que lleve en el casco, que el que zozobre una lancha en la tranquila superficie de la bahía; y aun hundiéndose ambos en el profundo seno de las aguas, aquél conmueve el mar, mientras que ésta apenas si estorba el movimiento de algún penacho de las rizadas olas; pero esto quizá no lo comprendas tú tampoco.

—No lo extrañe usted, porque yo no soy letrado ni entiendo de esas cosas, ni tengo obligación de saber nada más que mi oficio, y con esto me basta—contestó Barriguera inflándose mucho y mirando de soslayo á su interlocutor.

—Ese es otro error, porque antes que el oficio es necesario aprender educación, tanto que sin ella no hay oficio, por noble que sea, que reporte beneficios verdaderos; y... vamos adelante, señor alcalde, porque esto va á ser cuento de nunca acabar.

—Yo les proponía á ustedes—volvió á repetir el alcalde—la designación de orador, y como veo que no se resuelven por ninguno, les diré, si es que á ustedes les parece aceptable, que á mi juicio no le hay mejor, ni tan bueno, como el exclaustrado de Vocilas, Pico de Oro.

—Le conozco—dijo uno que estaba en mangas de camisa por habérsele caído la capa de los hombros.—¡Buen pájaro de cuenta! Dicen que si fué ú no fué confesor de Su Majestad y que jamás estudia los sermones; claro ¡habrá predicado en Madrid doscientas veces! ¡Y qué vozaca la suya! Pasaba yo un domingo por Vocilas en dirección á la Puebla de Sanabria á comprar dos mulitas terciadas, las que tengo, ¡que han salido de clase! Allí es todo ganado pequeño, pero muy fino. Por cierto que me ocurrió un percance antes de entrar en la Puebla, que no me se olvidará jamás. Iba yo por un sendero, porque hay que advertir que allí no hay caminos llanos como los nuestros. Ya antes de allegar, con mucho, empiezan los riscos y las peñas; por supuesto que yo á lo que iba iba, y aunque quiera decirles á ustedes cómo es aquello, acaso no sabré...

—Mejor es, puesto que no está usted muy se-



guro de acertar, que lo deje para mejor ocasión—dijo el alcalde interrumpiéndole,—porque ya es tarde y hay que terminar este acto antes de irnos á comer.

—Pos á eso voy, porque yo me he venido en ayunas tamién y ya me pide el estógeno un refrigerio; de manera que, dejando lo de la Puebla por ser largo de contar, y volviendo á Pico de Oro, he de decir á ustedes que si predicando es lo que hay que ver, cantando es un ángel. ¡Virgen María, qué garganta la de aquel hombre! No desagero si digo que estuvo en el prefacio tres cuartos de hora. ¡Pues al entonar el *Gloria in excelsis Deo!*... Á mí me quedó embelesau y me dieron ganas de morirme para que me cantara el *Dies iræ*. ¡Carculen ustedes si será pie pa todo!

Y como todos estaban en la misma idea, convinieron, por unanimidad, en encargarse el sermón á Pico de Oro, aceptando todo lo demás propuesto por el alcalde.

Y con esto y poco más que no es de importancia, dió éste por terminada la sesión, encargando al señor cura que avisara á cuantos sacerdotes pudieran concurrir al acto.





## VIII



Don Frutos volvió á su casa triste y desconsolado; los presentimientos de antes se habían convertido en amarga realidad.

El imbécil Barriguera era el eco y resumen de cuantos envidiosos le conocían, y lo peor era que no podía oponer resistencia á la burla, al sarcasmo cruel, á la insidiosa cuchufleta, en una palabra, á todo un mundo que se le venía encima, por una degeneración monstruosa del sentido común, zahiriéndole, despreciándole, mortificándole, y por último, escarneciéndole, porque había perdido ó estaba á punto de perder el atributo de las riquezas materiales.

Nó le sorprendía esto, pero no por tenerlo previsto era menòs doloroso. Además, que él jamás

creyó llegar á situación tan crítica, para la que no encontraba otra solución que dejarse arrastrar á merced de los acontecimientos por la oscura pendiente del abismo que tenía á sus plantas.

Llegó á su casa y encontró á Carmen en el comedor, cantando y riendo con su madre, y no pudo contener su enojo reprimiéndolas duramente y aconsejándolas que pensaran más y se fijaran mucho en la terrible situación que se les venía encima por instantes.

D.<sup>a</sup> Ramona le contestó que no la ahogara, que ya sabía lo que les esperaba, pero que no había de estar pensando en ello y martirizándose continuamente, y que si no procuraba distraerse sería cosa de morirse en veinticuatro horas, y añadía Carmen:

—Es preciso tener resignación, papá; os soy franca, á mí, si algo me martiriza, es veros á vosotros sufrir; por lo demás, Dios que lo dispone así sabrá por qué. Si no podemos evitarlo, ¿á qué conduce estar siempre pensando en ello? Sólo en el caso de que fuera tuya la culpa me explicaría esa excitación y desasosiego en que continuamente estás, y ni aun así, si mucho me apuras, porque, en último resultado, nuestras faltas se corrigen en otra forma, de ninguna manera con cobardía y anonadamiento.

—¿Y cómo se corrigen las faltas, hija mía—le contestó D. Frutos con amarga tristeza,—cuando no tienen humano remedio?

—Es muy sencillo, papá, pero en este caso creo

que no hay necesidad de aplicar ninguno, porque no existen aquéllas.

—Bueno, pero vamos á suponer que las hubiera—dijo á su vez D. Frutos:—¿cómo se remediarían?

—Pues como cabe remediarlas cuando no queda otro recurso, con la resignación y el arrepentimiento.

A D. Frutos ya no sólo le atormentaba la idea de perder su fortuna y posición social, sino las consecuencias de esta pérdida, que era lo que su hija no podía comprender por su poca experiencia, y que, aun cuando lo comprendiera, no podía darle el alcance que realmente tenía, porque de nada la acusaba su limpia conciencia. En cambio, D. Frutos sentía remordimientos, había algo allá en las intimidades de su alma que le acusaba, no de cometer enormes faltas, eso no, pero sí de pequeñeces que, enlazadas unas á otras, venían á constituir cargos de consideración para una conciencia como la suya. Y estas faltas leves, estas pequeñeces, con la previsión debida se hubieran evitado, y con ellas la total ruina que amenazaba con aplastarle.

¿Y era esto poco?

Bien convencido estaba de que los pequeños descuidos, algún gasto inconsiderado, la falta de la debida diligencia en algunos casos, la creencia equivocada de que todo esto no era bastante á derrocar el fuerte baluarte de su hacienda, le habían llevado al doloroso é irremediable apuro que

tanto lamentaba. Pero nada de esto confesaba de plano ni se lo confesaba á sí mismo, porque cuando más vivo se alzaba el remordimiento, renacía la duda de si verdaderamente era culpable por ello, porque, á decir verdad, en su vida llegó ni á cien leguas del verdadero despilfarro.

A D.<sup>a</sup> Ramona, por el contrario, nada de esto la inquietaba, porque no comprendía que se pudiera vivir de manera más metódica. ¿Que había gastos? ¿Que su casa había sido siempre, como de labrador rico y persona principal, de pocos y difíciles ahorros? ¿Que lo iba á hacer ella! Haber nacido en otra más baja esfera, porque no era fácil, ni hacedero siquiera, humillar ni abatir la condición natural.

Por lo demás, ella tiraba de la manta todo lo posible, ella no hacía jamás gastos sin su cuenta y razón, y como de gastos verdaderamente superfluos no tenía que acusarse, estaba relativamente tranquila.

Tampoco cabían en su cabeza tantas desdichas como su marido amontonaba en el negro cuadro que á todas horas les pintaba del porvenir; pero, en fuerza de insistir en ello, la pobre señora fué dando crédito á todo aquello que por el presente le había parecido una exageración, efecto del temperamento aprensivo de su esposo, acabando por ver claro y patente un cuadro de horrores y miserias tan negro y triste que la aterrorizaba.

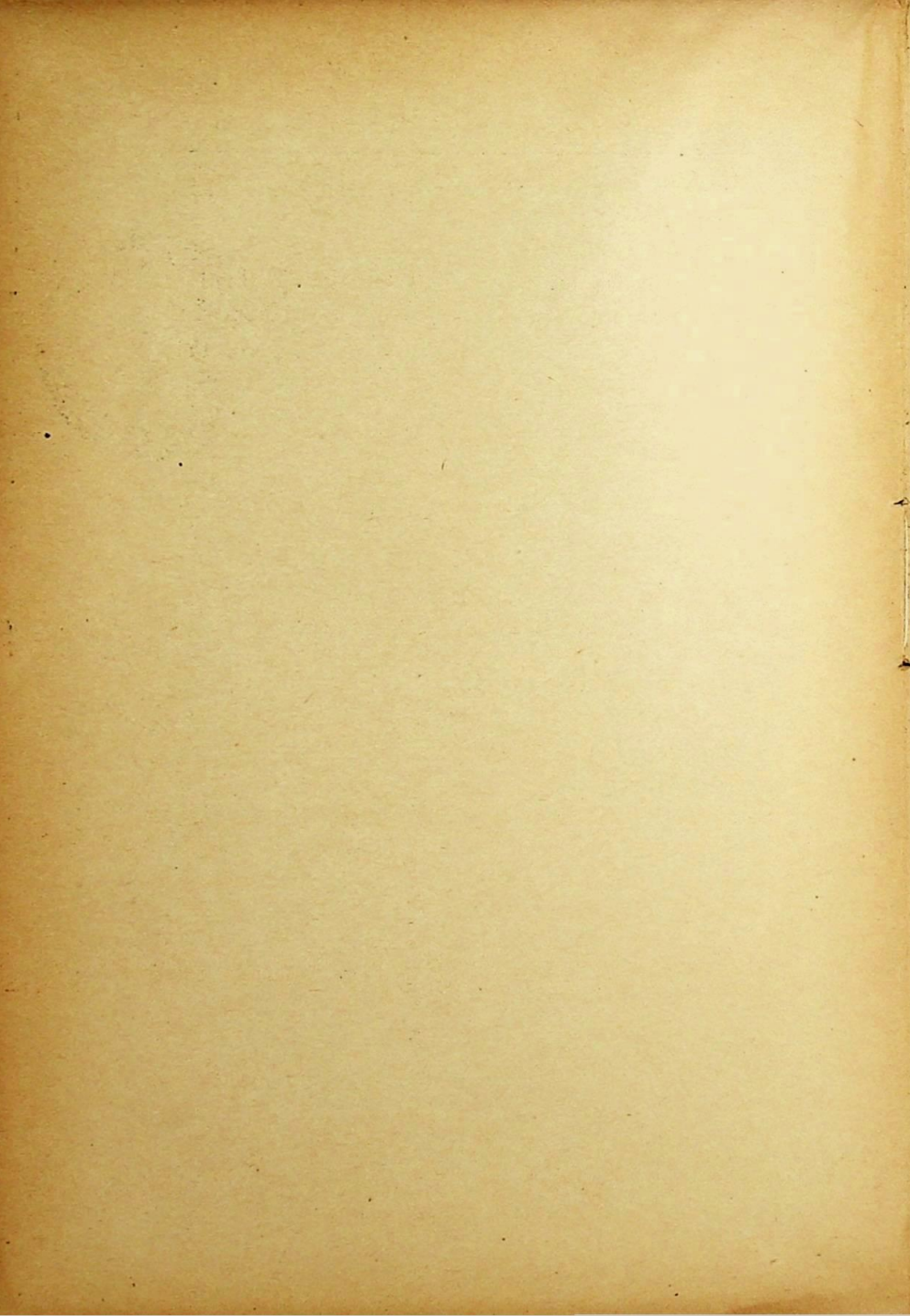
Entretanto, Carmen era la encargada de despejar y prestar alguna luz con su maravillosa lo-

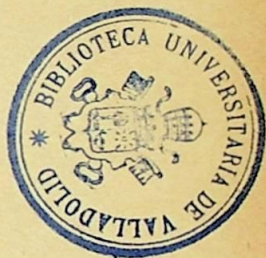
---

cuacidad y su espontánea y franca conformidad á aquel cuadro de desventuras y miserias tan magistralmente dibujado por su papá.

Carmen era la antorcha que iluminaba las simas oscuras de aquellos corazones lacerados.







## IX



N esta situación de ánimo se hallaba la familia del Hidalgo el último y memorable día de la novena á su excelsa patrona, y decimos memorable porque no se borrará jamás de la memoria de cuantos lo presenciaron.

De todas partes acudían los forasteros, atraídos por la fama del exclaustro y por los preparativos hechos para la procesión.

La iglesia era incapaz para contener tanto gentío.

Si había de pronunciarse en ella el sermón, no sería oído por la tercera parte de los concurrentes, porque estaba de bote en bote y los de fuera protestaban y las puertas gemían al impulso de continuos y recios apretones.

En vista de esto acordaron que se pronunciara



en la plaza, en el balcón de Deza, único que en ella había.

Sobre él se improvisó un dosel con colchas de percal encarnado, que caían por los lados formando pabellón, y en el centro de este nimbo, de este púlpito de trapo, apareció la arrogante figura del exclaustro envuelta en blanca y bien planchada sobrepelliz para comenzar diciendo á las multitudes conmovidas, con las manos levantadas á lo alto y la mirada fija en el puro azul del cielo, que el azote de la Divina Justicia estaba suspendido sobre ellos, y «¡ay de vosotros—decía,—ay del pecador si no ve en todo esto el justo y merecido castigo á su soberbia, á sus pasiones violentas y desatadas!... Sí, hijos míos, volved vuestros ojos al pasado y veréis cuán olvidado habéis dejado el camino de la virtud ó el del arrepentimiento, unas veces con desdén, otras con desenfado y las más con desprecio manifiesto. ¿Os ha de extrañar que llegue el día de las reparaciones? ¡Ah! La mano de la Ira Soberana se cierne y caerá sobre nosotros para domar nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro imperdonable olvido de su gran poder y santidad. El hambre es el azote de los pueblos envilecidos y el lujo y la vanidad el fundamento capital de la postración y el envilecimiento. Pero aún es tiempo, hijos míos; levantad vuestra mirada al cielo que tenéis tan olvidado y pedid al Dios de las misericordias el perdón de vuestras culpas. Pidámosle, sí, y no lloréis como débiles niños anodados bajo el peso de la des-

gracia; al contrario, mostraos fuertes para sopor-tarla, y con la ayuda de Dios saldréis limpios de ella y aleccionados para el porvenir.»

Esto que se narra de aquel sermón memorable no da más que una idea pálida de los tonos en que se pronunció, aunque poco más de lo ex-puesto llegó á oídos de las aterradas y contritas muchedumbres, porque primero los gemidos y luego los llantos y los clamores apagaron la voz del orador, que con voz apocalíptica anunciaba la mayor de las calamidades.

Muchas personas se desmayaron, entre ellas D.<sup>a</sup> Ramona, que fué llevada en brazos de cuatro hombres á su casa, alarmando á su marido y á Carmen, que la seguían desolados en medio de la general aflicción.

Al verla el médico en tan alarmante estado, no respondía del buen resultado de aquel ataque imprevisto; pero al fin, contra lo que él temía, á los pocos momentos volvió á renacer la calma en los agitados espíritus al verla bien y sin consecuen-cias aparentes de que pudiera traer el repentino accidente otros mayores.

Después del sermón, ya bien corrida la media tarde, salió la procesión. Diez y seis pendones á cual de más rica seda y todos enormes marchaban delante formando una banda colosal y tremolando al aire sus vestiduras de gigantes, de tan vivos colores que hacían un contraste maravilloso por lo extraño con los pardos eriales que dominaba la vista en aquella tierra ingrata.

Camilo iba el primero con el pendón de la cofradía de la Vera-Cruz, blanco como el armiño, con entrepaños dorados y cuatro cuerdas, porque su peso y los balanceos eran tan enormes que sólo de este modo podía llevarlo el mozo de más pulmones.

Y sudaba la gota gorda, á pesar de lo bien adiestrados que estaban los cuatro auxiliares en el manejo de las cuerdas; pero no se rendía. Cuando el viento azotaba con más fuerza la desplegada tela, él se bandeaba con calma y serenidad en la dirección de aquél, ó cuando más, si arreciaba la racha y no quedaba camino libre, soltaba una interjección que era puntualmente interpretada por el que había de pulsar la cuerda correspondiente.

Es de advertir que entre los diez y seis pendones, que eran los mejores del contorno, el más grande y rico fué el de la Vera-Cruz, de Villatorcida, y el héroe de la fiesta Camilo, el hijo de Barriguera. Pero cuando llegó al colmo la admiración hacia el hercúleo y arrogante mozo fué al batir el pendón en el pórtico de la iglesia, al entrar la Virgen en el templo.

No lo hizo como él ninguno, á pesar de la inferioridad de los demás pendones.

Los memorables sucesos de aquel célebre día fueron:

Primero, el sermón, que dejó atónitos á los villatorcidenses y á cuantos asistieron á la fiesta, tanto que, cuando el exclaustro bajó del impro-

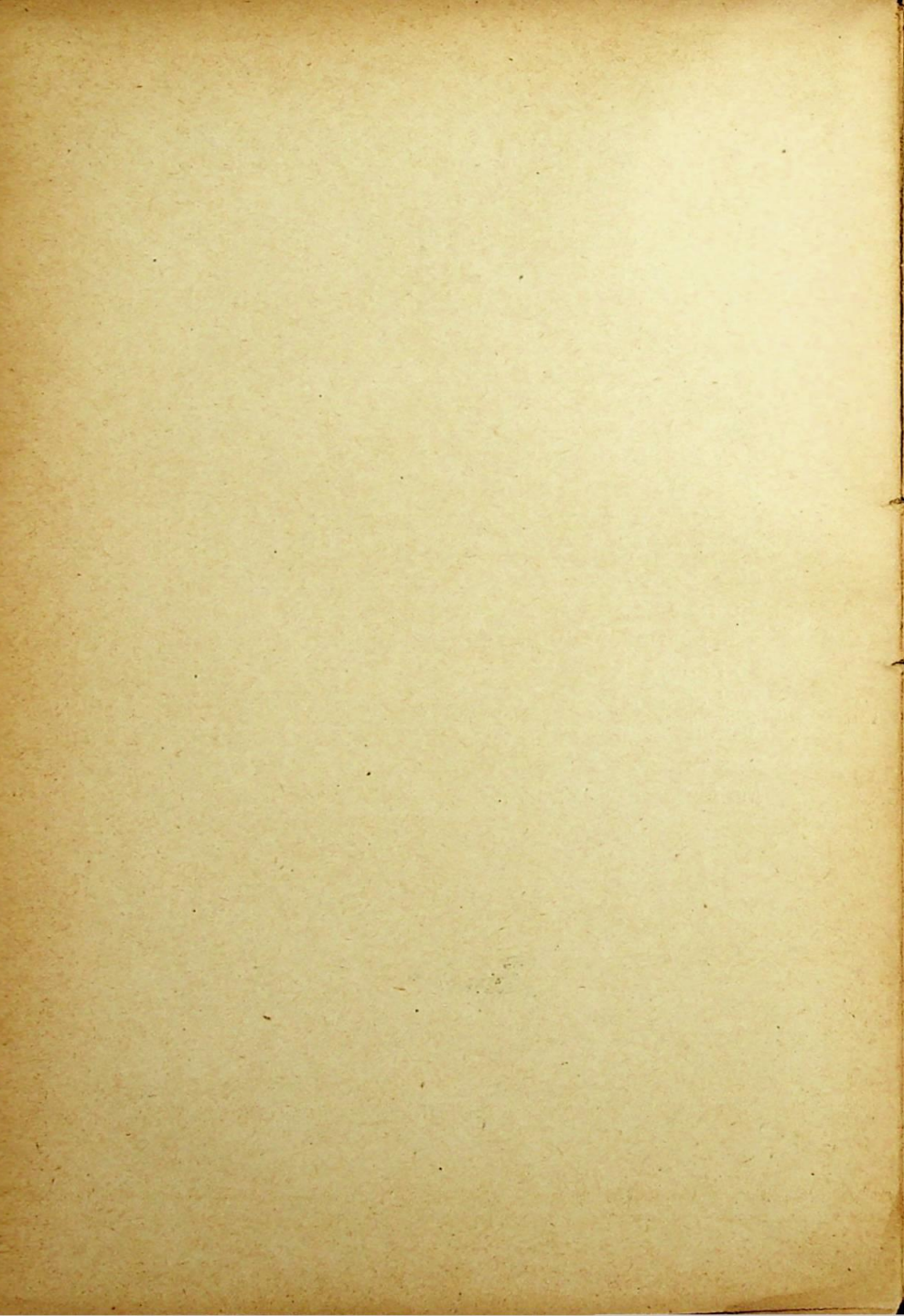
visado púlpito y salió á la calle, rodeado de la corporación municipal, todos los labios prorrumpían alabanzas y todos los pechos gemidos dolorosos, agolpándose la muchedumbre á su paso como si de él esperara un hecho sobrenatural capaz de devolver la tranquilidad á los atribulados espíritus.

Segundo, el accidente ocurrido á D.<sup>a</sup> Ramona, que sembró la consternación en muchos corazones, porque era muy querida de las gentes y el paño de lágrimas de los necesitados.

Tercero, la heroica hazaña del hijo de Barriquera bregando con el pendón más de hora y media, coronándola con el éxito jamás alcanzado por nadie de batirle tres veces delante de la Virgen, porque sin ayuda, colocado horizontalmente, no había quien le levantara dos palmos del suelo.

Y cuarto y último, el fuerte viento que reinó durante la procesión, tan atorbado y sucio que á veces no se veían las imágenes de los santos entre los remolinos de polvo.







## X



SE simulaban en casa de Barriguera las penas por el bien parecer, porque allá en el fondo no había por qué tenerlas, suponiendo que las ajenas no moverían los empedernidos corazones; pero se simulaban con tal destreza que cualquiera creería que se sentían de veras al ver que Barriguera volvió á su casa después de la procesión haciendo pucheros y lamentaciones y condoliéndose en tales términos de la situación, que no parecía sino que él iba á ser la primera víctima de la general hecatombe, ó que las que habían de serlo le dolían como cosa propia.

Mas cuando el padre y los hijos se vieron solos, cuando tuvieron seguridad de que nadie les escuchaba, porque, por ser demasiado tarde, los criados ya estaban entregados al ordinario reposo,

y no se oían otros ruidos en la casa que el latir continuado y monótono de dos monstruosos mastines, instigados por el prolongado siseo de la conversación que los tres sostenían en la cocina, se entretuvieron en sabrosos comentarios de los sucesos del día, y era de ver cómo gozaban el triste percance de D.<sup>a</sup> Ramona, motivado, según ellos, por la penuria en que se hallaba, puesta de manifiesto por el padre predicador, que era, sin duda, el enviado de Dios para decir amargas verdades.

Para Barriguera, todo lo que había dicho aquel santo hombre estaba calcado en la historia de la casa de Los Hidalgos, como pronóstico fiel de su desastroso fin y acabamiento.

Según ellos, D. Frutos era un orgulloso sin pizca de sentido práctico; su mujer y su hija, dos fatuas que tenían en poco á las demás *personas decentes* del lugar, y todos ellos unos gastadores fantásticos, sin servicio para el trabajo ni para el ahorro, por lo que necesariamente tenían que verse muy pronto sumidos en la mayor miseria. ¿Que les querían mucho los pobres y la clase obrera? Demasiado, pero no por su propia virtud, sino porque en su casa chupaban sin trabajar ó trabajando poco y mal; y si daban muchas limosnas, no era seguramente por amor de Dios, sino por el bien parecer, del que eran tan pagados; por aparentar lo que realmente no podían, porque se hablara de ellos en todas partes y les alabaran y ponderaran su casa, su bondad y sus haciendas,

y por estos medios ser siempre los primeros, los amos, los mandones en Villatorcida, que era su objetivo, su primer deseo, deseo superabundantemente satisfecho hasta entonces; pero ya verían en adelante quién mandaba. Ya humillarían la cerviz, y pronto, ante el poder indiscutible de la única casa que allí quedaba con positivo arraigo. Y al llegar á este punto pasaron una revista minuciosa por todo el vecindario, deduciendo de ella que muchos morirían de hambre, otros lo pasarían muy mal, y el que menos de los más acomodados había de quedar con averías de gran consideración. Julián Deza era el único que podía resistir el apretón, y eso gracias á Los Hidalgos, en cuya casa mandó siempre como en la suya propia, porque siempre fué un *lamberón*, como decía Camilo, y á trueque de sacar jugo era capaz de arrastrarse. Pero Deza no les hacía sombra. Desvanecido el poder del amo, poco les importaba el insignificante del servidor.

Nicolasa no hacía más que pensar en el porvenir de la pobre Carmen, como ella la llamaba, pareciéndole imposible que tan principal y excelente señorita pudiera llegar á un estado miserable, ó, ya que no llegara á tanto, verse por bajo de ella, que no era poco, y poder tutearla y tratarla como á inferior, con lo que la entraba un cosquilleo tan placentero y retozón, que rebosaba al exterior en sonrisas de mal comprimido agrado, como diciendo: ¡Quién lo había de creer!...

Su padre, que estaba en todo, apretaba el cerco



con frases mortificantes para la pobre familia, que no se acordaba ni del santo de su nombre, y la llevaba, y traía y zarandeaba á su sabor, hasta hacer saltar á Camilo con una de las suyas, poniendo á su hermana en las nubes, comparada con La Hidalga, y colocándose él en el séptimo cielo por sus merecimientos y buenas prendas, y, si no, allí estaba el pendón de la Vera-Cruz, que no le dejaría mentir.

Barriguera se reía con las cosas de su hijo, porque él, más taimado, no podía atribuir las alabanzas tanto al mérito como al dinero, concluyendo por aconsejarle con todo encarecimiento que tratara de adquirirlo y guardarlo, con lo cual conseguiría ser respetado, enaltecido y admirado por cuantos le conociesen y trataran. Y con esto dieron por terminada la conversación, y se acostaron, en la seguridad de no haber perdido el tiempo.





## XI



CONTECE que muere un hombre robusto, de repente, en la plenitud de su vida, y sus deudos, amigos y conocidos se sorprenden y admiran, doliéndose, conmovidos de la fatal desgracia, tanto más grande á sus ojos cuanto más imprevista. Y, sin embargo, aquel ser, que, lleno de vida hoy, ocupa mañana un lugar en la mansión de los muertos, pasa de la vida á la muerte sin sentirlo acaso, ó, cuando más, sufriendo brevísimos instantes las angustias de la mortal agonía.

En cambio vemos todos los días desaparecer de entre nosotros seres queridos y amigos cariñosos que, minados por mortal enfermedad, pasan días, meses y años en continuo sufrimiento, llegando á la hora de la muerte cargados de dolores y de congojas, para que su último suspiro sirva de

reparador consuelo á los supervivientes. ¿Quiere decir esto que nuestra estimación y cariño sea menor para éstos que para el otro? No. Lo que hay es que para el primero las sensaciones dolorosas y las emociones fuertes se agolpan en nuestro corazón repentina y violentamente, causando los consiguientes estragos, mientras que para los otros vienen gradual y lentamente á ocupar los huecos que sucesivamente les abre nuestro pecho, dando tiempo á que las fibras del sentimiento se dilaten gradualmente para recibirlas con relativa calma en sus senos insondables.

Acontece también ver crecer la nube negra que avanza preñada de horrores sobre los fértiles sembrados, y cuando se cierne sobre nuestras cabezas, próxima á descargar la imponente granizada, nos sobrecogemos de espanto, y el terror aumenta, cuando entre el fragor del huracán y el ruido de sus entrañas vomita á torrentes agua y piedra, que consumen y aniquilan en un momento todas las esperanzas y todas las alegrías.

Pues bien, una enfermedad lenta agobiaba á Castilla; una inmensa nube negra se cernía sobre su suelo sin hacer el menor ruido, asolando su rico suelo, matando todas las esperanzas y colmando la medida de todos los infortunios. Y, sin embargo, nadie llevaba el espanto pintado en el semblante, nadie se horrorizaba ni se sobrecogía ante la inevitable catástrofe, mil veces mayor que la que en un momento puede acarrear la repentina y furiosa tempestad; y ¿por qué? Porque se presentó

sigilosamente y avanzó con lentitud, apoderándose poco á poco de todas las energías, enervando todas las fuerzas y consumiendo gradualmente todas las esperanzas.

Así que bien podemos decir que el verano del año de 1868 fué para los infelices campesinos lo que el cadáver de un padre para los hijos pequeños. En tanto que le ven y contemplan á su lado de cuerpo presente, se consuelan con besarle, sin pensar en que ha de llegar el momento de separarse de él para siempre, y sin alcanzar á comprender las consecuencias de tan irreparable pérdida. Saben, sí, que en su padre existe una transformación, un cambio que les apena, muy doloroso y muy sensible, pero nada más. Su sencilla imaginación no penetra en el porvenir, ni su razón alcanza á comprender la inmensidad de la desgracia que les rodea.


Aquel verano, de triste recordación, fué el cadáver de un año sin igual en los anales de Castilla, que dejó en la más triste orfandad á millares de seres, dignos de mejor suerte, si es que ésta la merecen las privaciones y el trabajo.

Cumpliéronse al fin los pronósticos de los más pesimistas. ¡No se abrieron los portillos de las eras!... Ni un solo grano entró en las paneras de Villatorcida, y los desocupados villatorcidenses se preguntaban unos á otros: pero ¿qué va á ser esto? ¿Adónde vamos á parar, Dios de misericordia? Si hoy no tenemos nada, ¿qué va á ser de nosotros en el invierno? ¿Qué de los infelices y arrui-

nados labradores que no puedan sembrar ni sostener sus labranzas? ¿Y qué de los trabajadores del campo y de los pobres que viven de la caridad? Y nadie daba contestación á estas preguntas que estaban en todos los labios, y nadie tampoco se desconsolaba y abatía en razón de la intensidad de la desgracia, porque el cadáver estaba con ellos, le veían, le tocaban. Comprendían, sí, que allí faltaba el ser, la vida, la esencia, el aliento del alma, lo que consuela, lo que anima, lo que fortalece; pero aún quedaban las fuerzas de la propia flaqueza, aún quedaba un soplo de vida en los corazones lacerados, aún tenían con ellos el cadáver.

Cadáver que anuncia la muerte de una dilatada región, y para cuyas exequias ¡bochornoso es decirlo! no tuvo España entera ni siquiera un hacha funeraria, ni los encargados de regir sus destinos dos cuartos para un responso; bien es verdad que hicieron la merced de suspender el cobro *de los gastos* del funeral hasta el año siguiente, en que los exigieron juntamente con los del *cabo de año*.

Aquí sí que podemos decir, parodiando al poeta: ¡Dios mío, qué solos se quedan los vivos cuando les faltan los consuelos de la caridad!





## XII



EN aquel Septiembre, del que la nación española conserva indeleble recuerdo en su historia, cuyos acontecimientos políticos se grabaron á fuego en la memoria de todos los españoles, porque fueron como el escabel para alcanzar el deseado y jamás conseguido adelanto social, tal como estaba en la mente de todo buen español, convirtiéndose más tarde en palanca de codiciosos y vividores aquella fuerza regeneradora que como fresco rocío venía á vivificar y robustecer el endeble tallo del árbol de la libertad, condenado á vivir siempre empobrecido y aniquilado; en aquel Septiembre, repetimos, comenzaron á sentirse con intensidad increíble y pavorosa los horrores del hambre, de esa terrible negación, de esa amenaza constante á nuestra debilidad ó dejadez, que consume y ago-

bía todas las energías, y á su presencia los infelices campesinos, los mártires del trabajo, los desheredados de la fortuna huían despavoridos, debilitados y macilentos, sin vigor en el cuerpo ni alientos en el alma, del hogar frío y sin pan y de la tierra ingrata, á las comarcas gallegas y á las grandes poblaciones para pasear de puerta en puerta y de lugar en lugar sus esqueletos, muchos de los cuales hallaron el descanso eterno en olvidada sepultura y en regiones y lugares apartados y desconocidos, llevando á aquélla, en fúnebre cortejo, el eco del último suspiro, desgarrador y doloroso, como única despedida á los seres queridos que quedaban en el mundo siguiendo idéntico calvario.

Muchos de los que se quedaron, de los que no se atrevieron ó no contaron con fuerzas bastantes para hacer tan triste peregrinación, iban viviendo al calor de la fiebre que les devoraba las entrañas, tendidos sobre el duro suelo á las puertas de sus casas ó royendo tronchos de berza ó el pedazo de pan duro en algún rincón, ó lo que es aún más horrible, compartiendo con los cerdos y las aves de corral los miserables despojos que hallaban rebuscando entre el cieno de las calles.

Entretanto, el varón ilustre de Villatorcida, el magnánimo D. Frutos, el amigo de los pobres, haciendo de tripas corazón á causa de tantos desastres como se le venían encima, cuidándose más de la miseria general que de sus propias desdichas, apelaba á todos los medios para salvar á



tantos desgraciados de una muerte segura, ó cuando menos para aliviar en lo posible los desastrosos efectos del hambre.

Y llegó á tanto su celo en este punto que, habiendo sabido que muchas familias, unas por vergüenza y otras por imposibilidad física, perecían de hambre en sus casas, repartió entre ellas cantidades en dinero para que atendieran á los gastos de primera necesidad y multiplicó la limosna á su puerta de una manera increíble, siendo su esposa y su hija las encargadas de repartirla entre la inmensa avalancha de hambrientos que se la disputaban.

Y no le apenaba tanto el tener que pedir dinero á préstamo y á muy crecido interés sobre buenas hipotecas, para esto como para todos los enormes gastos de su casa, como el ver que no podía conseguir su deseo de calmar en parte los estragos de la general miseria, porque los pobres se multiplicaban de una manera pasmosa.

Á su mujer y á su hija no se les ocultaba que aquello constituía una sangría abierta que podía, en poquísimo tiempo, dar al traste con todo, ¿y qué? Lo esencial era satisfacer los nobles impulsos de sus almas generosas. Lo esencial era mitigar el hambre al débil niño, al achacoso anciano, al joven vigoroso que se sentían desfallecer y morir por instantes. ¿Podían tener alientos para verlos perecer y no alargarles un pedazo de pan? Pues en este deplorable extremo se hallaban la mayoría de ellos, por lo que no es de extrañar



que en aquella casa, siempre abierta para el menesteroso, hubiese constantemente una sola voluntad y una mano dispuesta á socorrerle. Pero el mal iba en aumento, y si hoy llamaban á su puerta los necesitados de Villatorcida, mañana iban otros tantos de paso, y al otro día muchos más, y siempre creciendo, con increíble asombro, aquellas huestes de la miseria y del dolor.

Un día en que, como todos los demás, estaban D.<sup>a</sup> Ramona y su hija ocupadas en la santa tarea de distribuir la limosna, como vierán que no alcanzaba, ni con mucho, para todos, rogaron á los favorecidos que dieran de lo recibido lo que buenamente quisieran á los otros. Hubo algunos que, por buena voluntad que tuvieran, no pudieron responder al ruego de su amada protectora, porque tan pronto como la dádiva cayó en sus manos, desapareció entre el castañeteo estridente de sus ociosas mandíbulas. Mas ¡oh rarezas de la vida humana! ni uno solo de los que conservaban algo desoyó el ruego de D.<sup>a</sup> Ramona, y con la mayor solicitud repartieron, empapados en lágrimas, los mendrugos que les quedaban. ¡Inaudito ejemplo de generosidad y desprendimiento!

Viendo esto la dueña de la casa, corrió presurosa á la cocina, tomó de la lumbre el frugal puchero, que estaba dispuesto y condimentado para la comida del mediodía, y repartió su contenido entre los más necesitados. Lo que faltó en abundancia, rebosó en lágrimas de reconocimiento, y

aquellas lágrimas, últimos jugos de los corazones despedazados y de los ojos sumidos por el dolor, fueron el mejor testimonio de la hartura de aquellos espíritus, dispuestos con resignación heroica, á traspasar los umbrales de esta vida transitoria, con la esperanza de alcanzar otra más dichosa.

Lloraban también Carmen y su madre y lloraban sin consuelo, unidas en estrecho abrazo á los inocentes niños que les pedían pan, no con esos artificiosos modales con que suelen pedir una limosna los niños pobres de las grandes poblaciones, sino con ese acento inexplicable, con ese anhelo purísimo del niño inocente acostumbrado á ver satisfecho su deseo en la alacena de su cocina ó en el arca repleta, y que no espera verse desairado, porque siente una necesidad natural á la que no está acostumbrado y espera que se la satisfarán aquellas buenas señoras, como se la ha satisfecho siempre su madre á la primera petición... ¡Pobres criaturas!...







## XIII



RENTE Á los estragos del hambre y de la miseria general y tantas y tan repetidas escenas de dolor, unidas á las no menos tristes que ella se forjaba en su imaginación previendo el desastroso fin de sus haciendas, la salud de D.<sup>a</sup> Ramona se iba quebrantando, y aun cuando á ella no le parecía cosa de cuidado, les tenía con mucho á D. Frutos y á Carmen, porque conocían su temperamento excitable, procurando por todos los medios apartarla de aquellas graves y penosas ocupaciones.

Inútiles fueron cuantos ruegos y protestas emplearon para hacerla desistir; mas viendo que nada conseguían y que empeoraba por instantes, avisaron al médico, el cual la prohibió en absoluto cuanto pudiera emocionarla ó disgustarla, por-

que no eran solos los nervios los que padecían, como creían D. Frutos y Carmen, y aun ella misma, sino el corazón, y esta enfermedad, que al presente afectaba una forma ligera, podía, de un momento á otro, revestir otra más grave, por lo que la aconsejó una vida completamente tranquila, de campo, á ser posible, con abandono absoluto de aquellas enojosas y tristes ocupaciones, que eran ó podían constituirse en principal factor del mal.

—Ya lo oyes, Ramona—le dijo D. Frutos,—por lo visto no es nada lo que tienes; pero si sigues haciendo tonterías llegarás á poner en grave riesgo tu salud.

—¡Ah! Sin duda alguna—se apresuró á contestar el médico;—pero no creo yo que nos haya de dar ese disgusto.

—Mire usted, D. Darío—que éste era el nombre del médico,—yo no puedo remediarlo; es muy difícil que pueda separarme de estas pobres gentes. Si es una compasión ver á tantos desgraciados pidiendo más con los ojos que con los labios, porque los más de ellos no pueden echar el habla del cuerpo, una limosna por amor de Dios, y volverles la espalda. Yo no puedo hacer eso.

—Pues es absolutamente preciso—añadió el médico.

—Y además—continuó D.<sup>a</sup> Ramona aparentando no fiarse en las palabras de éste,—yo procuro consolarles, y esto, unido á la limosna, si no les engorda, al menos fortalece su espíritu, reanima

sus fuerzas y calma en algunos la desesperación.

—Todo eso está bien y es muy laudable—repuso D. Darío—en quien puede hacerlo; ahí tiene usted á Carmen que puede suplirla á usted y es fuerte como un roble, tan equilibrada de humores como espléndida en generosidad y belleza.

Carmen se ruborizó notablemente, y el médico, encarándose con ella, continuó:

—Es mucha fortuna, Carmen, reunir y compendiar salud y hermosura. ¿Para qué quieren más los pobres que los consuelos que usted les da? ¡Quién pudiera recibirlos como ellos! Créame usted, desearía ser un miserable por tener el placer de que usted me diera, con la limosna, un refrigerio para el espíritu, que bien lo necesito en su presencia.

Esto ya era el colmo de la tontería y de las inconveniencias.

D. Frutos y D.<sup>a</sup> Ramona cambiaron una mirada de inteligencia, como diciendo:

—¿Adónde irá á parar este necio ensartando disparates?

Carmen se hizo la distraída y todos callaron, silencio que fué interpretado por el médico en su verdadero significado, lo cual le aturdió y ya no sabía qué hacer ni por dónde tomar nuevamente el hilo de la conversación. Y como así no habían de estarse eternamente, continuó D.<sup>a</sup> Ramona diciendo:

—Es verdaderamente triste, qué digo triste, horrible, dolorosísimo, insufrible, si ustedes quie-

ren, presenciar las desgarradoras escenas del hambre; pero es altamente consolador y satisfactorio mitigar sus espantosos horrores y presenciar los rasgos de gratitud y generosidad de los desgraciados. Yo bien sé, por otra parte, que mi limosna no basta, ni con mucho, á remediarlos; pero si todos hiciéramos lo mismo que algunos ahitos de riquezas, ó por lo menos bien acomodados, que no dan al pobre más que lo preciso para ir cubriendo el expediente, para ir saliendo del paso de la manera más cómoda y barata, á estas feshas muchos infelices hubieran perecido en Villatorcida, y esto es una iniquidad imperdonable.

El médico, que ya se había serenado y sabía adónde se dirigían las acusaciones de D.<sup>a</sup> Ramona, le contestó diciendo:

—Y no es lo peor, aun con ser malo, que no den, sino que alardean de lo que tienen y cuentan á todo el mundo, con el posible disimulo, el dinero que hay en su arca y las fanegas de trigo de sus graneros.

—Francamente, y dejando á un lado esas miserias y ruindades—continuó D. Frutos,—yo no conocía á mi país, yo no podía suponer que ante semejante calamidad los hombres se cruzaran de brazos y se dejaran morir de hambre sin exhalar una queja ni un reproche, y éste es el mayor elogio que se puede hacer de ésta hidalga y noble tierra, aunque se me figura y confieso con pena que no han de durar mucho estas costumbres, basadas en los antiguos moldes sociales. Temo

que esta revolución traiga gérmenes viciados de otros países y desnaturalice esta especie de Arcadía miserable en que vivimos; y éste sería un mal muy grave aquí, en donde todos vivimos del terruño, porque, no teniendo otra cosa, como las malas cosechas son tan frecuentes, han sido y han de ser siempre muchas las necesidades, y éstas engendran en el hombre aleccionado por malas doctrinas hábitos de robo y bandidaje. ¡Dios nos tenga de su mano!

—Pero todo eso ocurrirá—repuso el médico—suponiendo, como usted acaba de indicar, que la revolución no ha de traer cosa buena en pos de sí, y yo creo, por el contrario, que éste es un paso más en el camino del progreso.

—No soy enemigo del tan cacareado progreso, antes lo deseo con toda mi alma; pero ¡si viera usted cuánto se ha hablado ya de libertad, de progreso, de felicidad pública, y cuántas dinastías se han derrocado en este siglo y fines del anterior, y cuánta sangre ha costado esta palabrería, y cuán escasos han sido los beneficios obtenidos! Usted lo habrá estudiado, pero yo, que soy más viejo, lo he visto, lo he presenciado como quien dice, y me he convencido de que estos grandes pasos no pueden darse sin sacar algún miembro mutilado ó roto. Para mí las revoluciones en las ideas han de ser lentas y pacíficas, y han de venir por sus pasos contados; y creo más: creo que ellas solas se imponen y se abren camino cuando les llega su turno, sin necesidad de apelar á recursos de fuerza.



—Sí, pero si no hay una mano firme que las dirija...

—Desengañese usted, D. Darío; ésa siempre la hay cuando es necesario que la haya, y ahora se me figura á mí que á esa mano no la guía una voluntad recta y una razón robusta y sana, tal vez por lo mismo que se alza fuera de ocasión. Lo siento—repito—por este desgraciado país, que vive, hasta la fecha, resignado con su suerte y con su ignorancia. Si antes no le educan, nos exponemos á que pierda sus virtudes al clamor de sus derechos mal comprendidos. Y darle éstos sin enseñarle antes cuanto debe saber para ejercerlos, como se va haciendo, es volcar las leyes del sentido común, es trastornarlo todo, es corromper al pueblo y envilecerle. Además, es tan extenso el camino de las libertades, que, puestos en él, no nos cansamos de recorrer distancias, y cuanto más nos dan más queremos, y á veces atosiga el mejor manjar. No hay nada más útil que no desear y conformarse con lo que se tiene.

El médico estaba admirado de la experiencia y buen juicio de su interlocutor, el cual continuó:

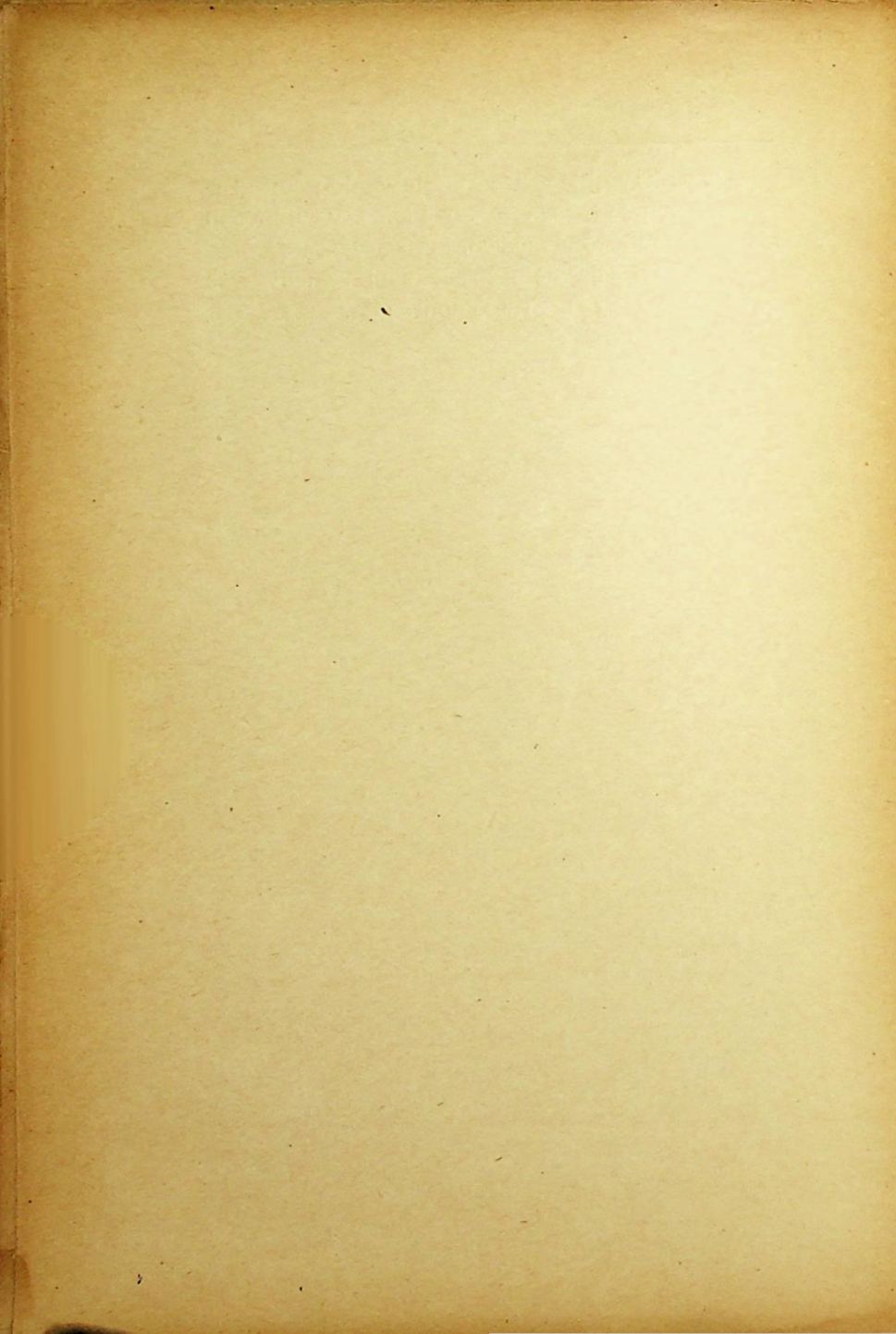
—Visto bajo otro punto de vista, claro está que traerá sus beneficios, eso no hay que dudarlo, y poco á poco y tropezando se puede llegar á Roma; pero por el pronto bien estábamos así, con nuestra tranquila estrechez, si no hubiera venido este latigazo, esta miseria, que nos ha hecho á muchos ronchas incurables y acabará con no pocos infelices.

---

—Pues hay quien dice que ha venido con mucha oportunidad para matar vicios y vivir con cuenta—contestó el médico.

—Sí, y no deja de ser eficaz el remedio—se apresuró á decir D. Frutos sonriendo.







## XIV



pesar de cuanto D. Frutos y el médico le dijeron, D.<sup>a</sup> Ramona no desistió de su honrada, caritativa y temeraria ocupación, y eso que el cuadro del hambre, que todos los días se presentaba ante su vista, era superior en color y verdad á aquel que pinta en el sexto canto de su *Mosquera* el gran poeta Villaviciosa diciendo:

Eran todos sus miembros carcomidos,  
marchitos, tristes, sin color y yertos,  
de la pobreza y desnudez vestidos,  
en ansia vivos, en aspecto muertos;  
en dos cavernas lóbregas metidos  
los ojos, y los huesos descubiertos,  
las cuerdas encogidas, y las venas  
vacías de sangre y de flaqueza llenas.

Salió el médico de la casa de Los Hidalgos admirado de la educación y buen juicio de sus mo-

radores, y, más que admirado, absorbo de la incomparable belleza de la hija de D. Frutos, y, más que absorbo, asústado de su torpeza y poco comedimiento ante gentes tan bien criadas, y todo por falta de experiencia y escaso conocimiento del mundo, aunque este mundo fuese el limitado de una aldea, y de aquella familia, á la que casi por primera vez visitaba, porque aún no hacía cuatro meses que estaba en el pueblo y el respeto le había vedado entrar en aquella casa con la franqueza con que lo hacía en casi todas las demás, respeto debido principalmente á su ingénita torpeza para hablar con mujeres, sobre todo si eran jóvenes y de cierta distinción, porque dirigirles la palabra y soltar un disparate era una misma cosa, y todo por cobardía, por falta de trato social, por atolondramiento, por... Lo cierto era que siempre metía la pata, y en esta ocasión lo sentía doblemente, porque después de ser Carmen una señorita fina y en extremo delicada, estaba el retintín que él sentía por ella, causa principal de su desatentada conducta; pero le gustaba tanto que, sin poder remediarlo, tenía que confesar que sólo aqué'la sin igual mujer podía hacerle venturoso. Y como le había impresionado tan profundamente, juzgaba él que á ésta solamente podía querer, y que si ella no le correspondía... adiós mundo, adiós ilusiones, adiós esperanzas placenteras. Y creyó por un momento que sus sueños de amor tendrían el apetecido fin que soñaba; pero más tarde, cuando el fuego de los

momentáneos entusiasmos fué templándose al frío de la razón serena, se acordó de quién era él: un pobre médico, hijo de un carretero de tierra de Medina, que en fuerza de trabajo y privaciones le había dado la carrera, en la que, á decir verdad, no hizo prodigios de estudiante ni pensaba hacerlos después; que su primer partido fué en un lugar cerca de Ledesma, de donde tuvo que salir por el descontento general, aunque él creía que no había motivo para tanto; que solicitó otros muchos, y al fin consiguió el de Villatorcida, que siempre estuvo asistido por cirujanos ramplones, y venía á producir de ocho á nueve mil reales al año; que no era tampoco una buena figura, ni mediana siquiera; que su aspecto exterior era de hombre insignificante, de poco más que mediana estatura, rechoncho, de cabeza abultada, ojos grandes, verdosos y sin expresión, nariz larga y carnosa, labios gruesos, color moreno y naciente bigote negro, esponjoso y trasudando.

Cuando terminó de hacer este largo catálogo de sus prendas personales y las puso frente á las que él creía que poseía La Hidalga, fué cuando se apagaron los fuegos de su fantasía, viniendo la fría razón á calmar sus ímpetus amorosos.

Un poco le animaba y sostenía el buen concepto que tenían de él en el lugar en el poco tiempo que llevaba allí. Por el pronto, á dos ó tres pulmoniacos los había salvado sin echar mano á la lanceta, cosa punto menos que imposible y milagrosa para aquellas gentes, que siempre habían

visto á los cirujanos dejar exangües á los enfermos para combatir la enfermedad, y después, cuando las viruelas, tifus é intermitentes se enseñorearon del país, porque el hambre trajo en pos de sí todo este acompañamiento, se le morían pocos, y sobre todo era atento y cuidadoso con los enfermos y recetaba mucho. Los boticarios no le podían ver ni en pintura.

Por todas estas circunstancias y por la no menos evidente de la situación un poco crítica, según oía en todas las conversaciones, de la casa de Los Hidalgos, venía á deducir como última consecuencia que no sería una idea descabellada la declaración de su atrevido pensamiento á la hermosa Carmen.

De todas maneras, esta idea era preciso madurarla mucho, y sabe Dios cuándo y cómo se atrevería él, tan pacato y desaliñado, á llevarla á debido efecto.





## XV



GENERALMENTE, cuando tememos ó nos ocurre una desgracia, allá en el fondo de nuestro pensamiento existe la pesadilla, el presentimiento, la creencia muchas veces de que con ella han de venir otras nuevas á aumentar la dosis de nuestra mala fortuna, y generalmente no nos equivocamos; de aquí la gran aceptación que tiene aquel refrán que dice: *Bien venido seas mal, si vienes solo.*

Los infelices labradores de Tierra de Campos, después de estar pasando la mayor calamidad y miseria, después de perder totalmente la cosecha, tocaron otra consecuencia, otro nuevo mal que vino á acibarar su inmensa desgracia.

El otoño lluvioso y apacible es señal inequívoca de buena sementera, y siendo ésta buena, raras veces no es abundante la recolección. Pues bien,



el otoño del año 1868 fué el mejor conocido hasta la fecha, y esto, que generalmente presta alientos y esperanzas, fué en este fatídico año motivo de nuevas penas, porque á la de no haber cogido nada se unía la de no poder sembrar porque no había ni un solo grano en las paneras. ¡Y esto ocurría cuando todo hacía creer que la nueva cosecha podría remunerar en gran parte las pérdidas sufridas! ¿Podía imaginarse mayor tormento? ¿Cabe situación más horrible y desesperante?

Mas como para todo hay remedio en este mundo si no es para la muerte, también le hubo para este nuevo mal, porque los ricos, los hombres adinerados, los usureros, abrieron sus bolsillos repletos al infeliz labrador, ofreciéndole á manos llenas cuanto necesitara, asegurando con buenas hipotecas y un interés jamás previsto en la legislación de ningún pueblo aquellas dádivas, ejemplo inaudito muchas veces de escandalosa rapacidad que no precisamos aquí por no remover tanta inmundicia, ni tratamos este punto como merece ser estudiado por no despertar la indignación del lector honrado.

Sólo diremos en descargo de la nuestra que aquel inhumano tributo, aquella expoliación amparada por un espíritu de mercantilismo repugnante y cruel, desarrollado de modo incomprensible en plena civilización, si es que civilización y progreso significan algo más grande y transcendental que la unión de los pueblos por las leyes mercantiles, costó raudales de llanto, raudales que

han ido á extinguirse y secarse en el brillo de charoladas carretelas y lujosos trenes, mientras que los desdichados campesinos sudan y sudan para abrillantar más y más con los jugos sagrados del trabajo los dorados camarines de esos miserables que devuelven al pobre los despojos de su mesa, seguros de que esta dádiva ha de aplacar en su conciencia los remordimientos ó por lo menos ha de proporcionarles, juntamente con su opulencia, un puesto *honroso* en la brillante sociedad de nuestros días.

¿Y quién dejaba los campos yermos con tan buena coyuntura?

Podía el crecido interés del dinero tomado á préstamo obligar mañana á abandonar las propiedades, á perderlas para siempre. Pero ¿no era una esperanza la buena sementera? Y aun cuando no lo fuera, ¿podía existir mayor dolor ni más negro porvenir que el que les esperaba si no sembraban?

Por esto, todos, con muy contadas excepciones, se dispusieron á hacerlo, aunque tarde y con daño, porque en tanto que se proveyeron del trigo necesario, arraigaron en la tierra las malas hierbas que empozoñaron las simientes, y esto trajo, como consecuencia, una merma de gran consideración en medio de la general abundancia del año 69.

Añádase á esto que la carencia de trigo trajo en pos de sí la carestía, de modo que la mayoría de los labradores que necesitaron comprarlo para

sembrar y comer pasaron por este nuevo ahogo, y estrujados y oprimidos de esta suerte, les fué imposible á los más levantarse con tan pesada carga.

D. Frutos, el rico, el acaudalado propietario, labrador con ocho pares de mulas, se vió en la necesidad de hipotecar la mayor parte de sus haciendas, siendo de todo punto imposible que los rendimientos de la labranza pudieran cubrir los crecidos réditos y menos los enormes gastos de la casa. Y esto no se le ocultaba á él, ni la ruina irremediable y próxima, porque aun cuando quisiera vender parte de sus bienes para zafarse de acreedores sin entrañas, no le daban por ellos la cuarta parte de su valor, porque los terrenos llegaron á un estado de depreciación asombroso, y los que compraban se prometían negocios colosales, porque era de esperar que en fecha no lejána volvieran á restablecerse los precios ordinarios.

¿No había motivos para volverse loco?

D.<sup>a</sup> Ramona, que veía entrar dinero en su casa en cantidades enormes, dinero que parecía maldito, porque volvía á salir con facilidad pasmosa, decía á su marido en los paroxismos de la desesperación y ocupando un asiento frente á él en la mesa del despacho:

—Véndelo todo, Frutos, véndelo y paga á los usureros. Mira que esos vampiros no nos van á dejar ni pan que llevar á la boca; mira que nos lo consumen todo; véndelo, que es mil veces pre-

ferible quedarnos sin nada, antes de pisar una sola la antesala de esos mercaderes que riegan sus jardines con lágrimas y tienen por prólogo de sus fiestas los últimos ecos del dolor, riéndose á la postre de nuestra pobreza, si es que no la atribuyen á dejadez ó abandono, llamándonos *perdidos* desde el dorado pedestal labrado por sus desmedidas ambiciones. Esto es inaguantable, Frutos, yo no puedo resistirlo...—y cayó sobre los brazos de su esposo anegada en llanto y sumida en inmenso desconsuelo.

—¿Y qué quieres, hija mía, qué quieres?—le contestó D. Frutos con amarga expresión.—Al menos por ahora no podemos prescindir de ellos, porque aun cuando vendiéramos cuanto tenemos no alcanzaría para pagarles; andando el tiempo, quizá muy pronto, volverá á restablecerse el valor de la propiedad, y entonces se podrá vender y pagar á todos; pero entre tanto tenemos que resignarnos á pasar por esas horcas caudinas, quitando el sombrero y doblando la cerviz, porque el cielo nos ha privado de lo necesario, ante esas potestades engendradas por las desmedidas ambiciones de los hombres.

—Según eso, ¿no hay manera de salir de entre las garras de esas fieras?.. Pues era lo que me faltaba, Frutos. ¿Conque es decir que no queda otro camino que el de la más completa ruina? ¡Pero, Dios mío, si parece increíble! Si fué ayer, no hace seguramente un año que me decías que cuánta felicidad la nuestra, y qué porvenir el de

nuestra hija tan envidiable. ¡Y de la noche á la mañana todo se ha desvanecido, todo se ha deshecho como un castillo de naipes! Porque esas esperanzas que tú tienes de que vendrán tiempos mejores y podrás recobrar lo perdido, son ilusiones, Frutos, ilusiones. Yo ya no cuento con nada... Y no lo siento por mí, bien lo sabe Dios, sino por Carmen, que es el único aliento de mi vida. ¿Qué va á ser de ella? Me horroriza de pensarlo, ¡ay de mí!...

Y se deshacía en lágrimas la infeliz señora, en tanto que su esposo la contemplaba sin pronunciar una palabra.

—¡Ay de mí—proseguía,—qué espantoso acabamiento me tenía reservado la negra fortuna! Pero Dios es misericordioso y velará por Carmen. ¡Es tan buena!... Para mí nada pido, con todo me conformo y á todo me resigno, á pesar del fallo despiadado y cruel del mundo que ya presiento, porque parece que le veo escrito con letras de fuego que me queman el corazón en todas las miradas y en todos los semblantes. Porque allí donde haya hombres que nos conozcan habrá una sonrisa burlona, un gesto despreciativo, un desdén absoluto y mortal hacia *los perdidos* que no supieron conservar sus haciendas, ó cuando menos, Frutos, un rasgo de lástima y conmiseración que, si es digno de ser agradecido, produce tanto daño como la más cruel diatriba. Y todo esto viene en daño de la pobre Carmen... Mándala venir, Frutos, quiero verla, me consuelo con

estrecharla entre mis brazos, mándala venir... Me siento mal... muy mal... yo creo que me va á dar algo... Dios mío...—y cayó desplomada en el asiento, con la mirada fija en su marido y el semblante lívido y amaratado, presa de horrible y mortal accidente.

D. Frutos, aterrado por lo inesperado del ataque, no sabía qué hacer, hasta que á los pocos momentos, convencido de la gravedad, comenzó á gritar y á lamentarse, á cuyos gritos y lamentos acudió Carmen sobresaltada, la cual, al enterarse de la situación en que estaba su madre, cayó desplomada sobre el pavimento.

Tras ella llegaron los criados y luego gente de la calle y, por último, el médico, aturdido, sin saber por dónde principiar ni qué hacer al ver la actitud poco tranquilizadora de D.<sup>a</sup> Ramona, que no daba señales aparentes de vida.

Le tomó el pulso, le puso la mano sobre el corazón, y mirándola fijamente unos momentos, dijo con voz apenas perceptible:

—Está muerta...

D. Frutos, con los brazos cruzados sobre el pecho presenciaba aquel reconocimiento en actitud resignada, y cuando oyó de labios del médico el fatídico ultimátum, se arrimó á la pared y lloró como un niño, sin desesperarse ni descomponerse, pero muy abatido y falto de alientos.

A Carmen la sacaron de allí algunas mujeres y la llevaron al lecho, donde al poco rato volvió en sí preguntando por su madre.

Primero le dijeron que el accidente era grave, y poco á poco fué sabiendo toda la magnitud de la desgracia por boca de Deza, que fué el encargado por el médico de hacerla tan terrible como inesperada y triste revelación.





## XVI



A inesperada muerte de D.<sup>a</sup> Ramona clavó un puñal en el corazón de su esposo y desconcertó por completo los planes que aún abrigaba de regenerar su capital, aunque de una manera tardía, costosa é incompleta, suficiente á satisfacer las necesidades de la casa y á restablecer la perdida tranquilidad.

Pero este golpe, el más certero y terrible que sobre él podía descargar la adversa suerte, concluyó por anonadarle en términos que ya no pensó más que en dejarse arrastrar á merced de los acontecimientos, sin oponer la menor resistencia, hasta donde Dios ó su negra fortuna fuesen servidos llevarle.

No le faltaban, en medio de la general indiferencia, amigos leales, entre ellos Julián Deza, que procurasen hacerle más llevadera la carga de sus



desdichas, si es que cuando el hombre cae al peso de su cruz sirven de algo los Cirineos que de buena voluntad procuraran aliviarle el peso.

No le faltaban tampoco los consuelos de su hija, que si en los primeros momentos se dejó arrastrar por un vivísimo sentimiento de amor filial hasta los arrebatos de la desesperación, viendo á su padre tan falto de energías y fortaleza, ocultó en lo más profundo de su corazón las penas y procuró, por cuantos medios pudo, aliviar las de su padre, luchando siempre con el poder avasallador de la desgracia, que hacía infructuosas y estériles las más sanas intenciones.

Sin embargo, no cejaba en su empeño de llevar al ánimo de su atribulado padre el convencimiento de que todavía le quedaban ó debían quedarle fuerzas bastantes para vencer en parte el presente malestar y, en último término, se encastillaba en la idea de su propia fortaleza, en el valor de sí misma, demostrando con argumentos para ella incontrastables, que los dolores purifican y dan vigor al espíritu siempre que hay virtud bastante para soportarles, y que no caben méritos en lo humano si no hay penosos obstáculos que vencer.

Su padre admiraba aquella grandeza de alma, aquella admirable serenidad de espíritu; pero conocía también la inexperiencia, la falta de conocimiento del mundo, la inocencia casi infantil que revelaban aquellos arranques generosos.

Todo esto visto por el prisma de los diez y nueve años era santo, hermoso y consolador; pero

mirado al través de los desengaños y de las duras lecciones de la experiencia, visto por el prisma de la fría razón desnuda de entusiasmos, que era lo verdaderamente práctico y positivo, ya era otra cosa.

Descartando de las humanas miserias el dolo, la traición, el olvido, el irritante desprecio, la sarcástica burla ó el cruel abandono, bien podían soportar los dolores y las penas; ya era practicable lo que su hija le proponía y aconsejaba á todas horas; pero puesto enfrente de tanta vileza no podía menos de sentir mortificaciones angustiosas, alzándose en su espíritu pasiones capaces de contrarrestar el poderoso influjo de las que le venían de fuera. Cada cosa engendra su semejante. Procuraría ahogarlas dentro de su pecho, eso sí, pero no podía contener su indignación, y pagaría en la misma moneda que recibía cuando no pudiera defenderse en otra forma más noble. Tenía derecho á la consideración y al respeto general y pisoteaban y maltrataban su derecho: ¿no había de defenderlo? Si nuestra vida es defendible ante el enemigo que nos hiere, ¿qué menos podremos hacer por nuestro honor?

Lo peor era que no había fuerzas bastantes para resistir la lucha, aun contando con todas las armas posibles, y de aquí su vencimiento y el que dijera á su hija que ella aún podía luchar, mientras que él había perdido la batalla, si es que no se hallaba fuera de combate, por lo que no podía pensar en victorias, sino en martirios.

En tanto que en casa de D. Frutos se sentían tan negras pesadumbres, en la de Barriguera todo era satisfacción y contento.

La fama de Camilo como hombre forzado y valentón se extendía de manera prodigiosa por todo el país, ponderando todos al hercúleo mozo de Villatorcida, á la vez que los asuntos caseros marchaban en prosperidad no menos admirable, haciéndose todo el mundo lenguas del aumento considerable que de día en día iba tomando el capital de Barriguera, llegando muchos á afirmar que bajo la capa tosca del labriego se ocultaba una inteligencia superior y mil veces mayor que la del Hidalgo, á quien habían tenido por listo, y no era, por todas las señales, más que un pobre hombre.

Halagado Camilo por las brisas dulces de la adulación, y orgulloso de poseer tan raras y estimables cualidades, que, unidas á la creciente riqueza de su padre, le elevaban cada día quince codos sobre el nivel natural, fué cambiando de modo de pensar. Ya no podía mirarse al tosco vestido de labrador sin sentirse avergonzado de llevarlo; ya se figuraba que debía transformarse, por consecuencia de su posición envidiable y desahogada, en algo que le identificara con el importante papel que en adelante había de representar en el mundo. En una palabra, ya era hora de dar un paso en el camino del señorío, porque daba vergüenza tener tantas peluconas y estar hecho un *méndigo*, como el último perillán.

Para salir de aquel vulgar ropaje era preciso hacer un esfuerzo, salir de Villatorcida, donde no se vendía, ni bueno ni malo, una cuarta de paño. Alguno que otro pañero solía ir por allí, pero llevaban lo peor, lo que nadie quería, caro y malo, y de esto se habían abastecido hasta entonces, gastando mucho y vistiendo mal. ¿No se vestía el Hidalgo en Valladolid? ¿Qué razón había para que él no hiciese lo mismo?

Y así lo dijo á su padre, el que, después de algunos rodeos y perífrasis encaminadas á demostrar lo costoso é inoportuno del viaje, tuvo que ceder, en vista de las razones que le dió Camilo. Y como Nicolasa necesitara también algún arreglo, acordaron ir los dos, viendo de paso lo que no habían visto jamás, ni ellos ni casi ningún vecino de Villatorcida: la capital de Castilla.

Entonces no era ésta la mitad de lo que es hoy, porque, aparte la casa del Americano, la de Concha, el palacio de Ortiz Vega y el teatro de Calderón, todo lo demás era raquíto, antiguo y feo. Esto no obstante, á Camilo y á su hermana les pareció de perlas y suntuosas y enormes las casas de tres pisos cuajadas de balcones. Pero donde llegó al pasmo su admiración fué en la calle de la Platería, tirada á cordel y toda igual, sin discrepar una casa de otra una línea, de tal modo que parecían una sola con muchas puertas y balcones. ¡Quién había de creer que en tan pocos años había de sufrir Valladolid un cambio tan radical y completo!

A la paralización mercantil que trajeron en pos de sí las quiebras sucedió una reacción poderosa, y primero los trigueros, y después el comercio en general, y más tarde la industria, han colocado á Valladolid á la altura de las primeras plazas mercantiles y fabriles de España.

Como consecuencia, los capitalistas emplearon gran parte de sus riquezas en construir suntuosas casas y se abrieron vías tan magníficas como las calles de la Constitución, Alfonso XII, Regalado y Miguel Iscar, ésta en memoria del inolvidable alcalde de este nombre, que dotó á Valladolid del hermoso paseo del Campo Grande, envidia de los más ponderados verjeles andaluces, transformándose la antigua acera de Recoletos, que era un bardal de sucias paredes que comenzaba en el Hospital General, en cuyo solar se asienta la monumental casa de los Mantillas, y continuaba hasta las barracas de la estación del Norte, sustituidas hoy por un magnífico palacio, en una suntuosa barriada de ostentosas casas que hace á Valladolid digna antesala de la corte.

Sin embargo, para lo que habían visto Camilo y su hermana, el vetusto Valladolid de antaño era una hermosura, y el teatro de Calderón, primero y gigantesco paso en el camino de las reformas, lo no soñado ni previsto por aquellos dos zafios aldeanos. Cuando se vieron en la cazuela y desde ella se asomaron y vieron y contemplaron á su sabor el grandioso teatro, Camilo se descubrió y Nicolasa hizo la señal de la cruz, y eso que no

eran, Camilo sobre todo, muy dados á grandes entusiasmos. Tan pequeños eran, que éste, después que vió la función, recordando aquellas personas tan principales y distinguidas que ocupaban palcos y butacas, se sintió mortificado y ya anhelaba volverse al pueblo, donde era él, ó había de ser en adelante, el único y principal señor. Y como todo lo veía por este prisma, nada le agradaba ya; tanto, que cuando veía un señorito, y esto ocurría con bastante frecuencia, se reía de él con su hermana y ponderaba la excesiva miseria que tendría en su casa para salir en público tan runflante y acicalado.

Nicolasa no estaba en absoluto conforme con las apreciaciones de su hermano; pero éste, discurrendo siempre á su manera, no comprendía que, salvo muy contadas excepciones, pudieran gastar mucho en la calle y comer decentemente la mayoría de aquellos señoritos de sombrero reluciente. La mayor parte tenían que ser c... tintas; porque era lo que él decía á su hermana:

—Si nosotros, siendo ricos, no podemos hacer esos excesos, ¿cómo es posible que aquí haiga tantos que los hagan, cuando sabes tú que el dinero y la santidad andan por las nubes? ¡Aunque no conociéramos el mundo!

Por último, después de abreviar en lo posible la estancia en Valladolid, haciendo las compras al galope, se le antojó á Nicolasa ir á ver la estación del ferrocarril antes de regresar al pueblo.

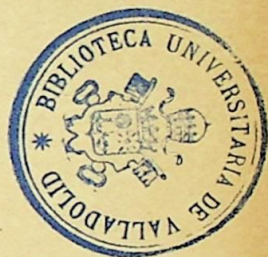
Camilo se enfadó, amenazándola con abando-

narla y volverse solo si no desistía de semejante bobada; pero aquélla de tal manera rogó é imploró de su hermano este favor, que logró convencerle, y allá se fueron en ocasión que salía un correo para Madrid. ¡Qué infierno, cielo santo! Silbó la locomotora, y Camilo se puso de un brinco en la puerta del andén, en tanto que Nicolasa dió un grito más penetrante, si cabe, que el silbido de la locomotora. Pero viendo uno y otra que aquello que les había asustado lo veían todos los que lo presenciaron como la cosa más natural, hicieron de tripas corazón, y desde lejos presenciaron asombrados la salida del tren, que se movía perezoso entre bocanadas de humo y movimientos de trepidación que hacían retremblar el suelo que pisaban.

Cuando le vieron lejos, con todo el séquito de vagones á la espalda, le pareció á Camilo una fiera colosal que, con la melena encrespada y dando resoplidos tremebundos, corría despavorida á ocultarse en los cercanos montes. Y agitado por las impresiones que acababa de recibir, dijo á su hermana:

— Á nadie tengo miedo, Nicolasa, porque bien sabe Dios y tol mundo quién soy; pero si me mandaran entrar ahí—señalando al tren que se alejaba,—primero moro.

— Dices bien, Camilo, y yo pa mí tengo—repuso su hermana,—que esto es obra del mismísimo Satanás y no pué dar de sí cosa buena.



## XVII



As hubieran visto por gusto de Nicolasa, porque es lo que ella decía:

—Pa una vez que me toca, quiero enterarme bien de todo y poder dar idea de ello si viene al caso.

Pero nada, no hubo manera de conseguir un día más, lo que Nicolasa no le hubiera perdonado jamás á no ser por lo muy contenta que volvía con sus compras. Y así y todo, tan pronto como llegó á casa, dijo á su padre que no pensara en volver á mandarla á ninguna parte con su hermano, porque era tan burro que la había llenado de disgustos y zozobras. Bastaba que ella deseara una cosa para que él se obstinara en hacer todo lo contrario.

El se disculpó diciendo que era una pazguato-



na que todo la entretenía y embobaba, sobre todo los escaparates de las tiendas, cosa que á él le reventaba, por aquello de que lo que no has de comer déjalo cocer.

Pero como las compras estaban todavía en el baúl, cortaron el impertinente altercado para enseñárselas á su padre, advirtiéndole Nicolasa antes de abrir aquél que habían elegido en todo de lo mejor y muy barato, porque en Valladolid, sabiendo comprar, arreglaban mucho los géneros.

Complacidísimo quedó Barriguera, tanto de que sus hijos vieran á Valladolid, cosa que él no había podido lograr jamás, conformándose con visitar, de vez en cuando, la corte de D.<sup>a</sup> Urraca, capital de su provincia, como con las mercancías, que eran, en efecto, buenas, y sobre todo muy superiores á lo que allí se gastaba por entonces entre los de su pelaje.

Sin embargo, algo se amortiguaron sus entusiasmos con la rendición de cuentas, por donde pudo colegir que el comercio de la ciudad no era tan barato como á Nicolasa le había parecido, y si no se extinguieron por completo, fué porque sin habérselo comunicado á sus hijos tenía en proyecto la boda de Camilo con una guapa moza de un lugar cercano, labradora como él y más rica por añadidura, y como los gastos que le estaban haciendo los hijos en un viaje tan costoso no era cosa de hacerlos sin alguna utilidad, aprovechó su ausencia para concertar la boda con el padre de la novia, que era un antiguo amigo suyo, y

como los chicos habían de verse y tratarse, preciso era que el novio se presentara con la decencia debida, y Nicolasa no menos emperejilada si se daba el caso de que el proyecto pasara á ser un hecho consumado; de aquí que hiciera con relativo gusto el desembolso.

Mas como ya lo preciso y urgente era que á Camilo se le abreviara el equipo lo más pronto posible, avisaron inmediatamente á un sastre para que allí, en la propia casa de Barriguera, cortara y confeccionara los trajes, capa y demás zarandajas. Camilo, impaciente, no bien tuvo uno terminado, preparó su mula y se fué á buen andar al pueblo de su novia.

Parecía otro el valiente mozo, con su capa fina, con embozos de astracán jaspeado de color pimiento en fondo negro, sombrero flexible tirando á chocolate, con muchas abolladuras en la copa, hechas de propósito; larga americana muy ceñida de cintura, algo estrecha y corta de mangas; pantalón rayado con trabillas de badana; corbata de pañuelo de vivos colores y camisa muy planchada, larga de puños y ancha y mal escotada de cuello.

Con todos estos adherentes y con la pintura que su padre le había hecho de la familia de la novia y de la novia misma, llegó á la puerta de ésta reventando de orgullo al pensar que para él estaba reservada aquella moza, la más rica del lugar, porque si había en él otros capitales mayores, habían de ser distribuídos entre varios here-

deros, mientras que ella no tenía quien le disputara ni un palmo de tierra, puesto que era única; por lo tanto, su hijuela era la más limpia y positiva en el lugar.

La casa tenía corral delantero y grandes puertas carreteras en mediano uso, á la entrada. Ante ellas se apeó Camilo de su mula, y abriéndolas al menor esfuerzo, penetró en el largo corralón llevando del diestro la caballería, la cual, muy espantadiza de suyo y algo asombrada por la novedad del sitio, se plantó en firme con las orejas levantadas y el cuello erguido, no habiendo posibilidad de hacerle adelantar un solo paso.

Convencido de esto Camilo, se puso furioso y comenzó á darle patadas y metidos en las verijas, á maldecir de cuanto Dios crió y á dar bandazos y hocicones, porque la mula brincaba con las caricias de su amo que era un alabar á Dios.

En esta situación, con el reluciente y flamante sombrero echado atrás y el pelo caído sobre las cejas en largos y deshilados mechones, le vieron los de la casa, que salieron al oír el alboroto, y tanto más se admiraron cuando sospecharon, por todas las señales, que aquel mozo debía ser el hijo del señor Basilio, á quien ya esperaban de un día á otro.

El padre de la novia trató de calmarle y de acariciar á la mula, pero con tan mala suerte que por muy poco le divide de una coz, lo que exasperó á Camilo, comenzando de nuevo y con más bríos á dar sobre ella, hasta que el ani-

mal dió asimismo á correr y con el amo en tierra, el cual, por no abandonar el ramal con que la sujetaba, se dejó arrastrar buen trecho por las piedras no muy limpias del corral, dando un susto mayúsculo á los dueños de la casa.

Cuando se levantó del suelo y se miró la ropa, se le cayó la cara de vergüenza y le dió rabia de verse hecho un cochino en presencia de la novia; pero se rehizo bien pronto acordándose de lo poco que importa el traje cuando sobran pesetas para comprar otro, y muy sereno se dirigió al zaguán de la casa, donde le esperaba la novia y sus padres, á los cuales saludó uno por uno, en el mismo tono y con las mismas palabras, sin reparar en que, con solo al primero que hubiera preguntado por la familia, debió enterarse de su estado satisfactorio, si es que no se conformaba con verlos buenos y contentos á su lado.

A la novia no se atrevió sin duda á darle la mano, pero mientras la saludaba, por no tenerla ociosa, se rascaba la cabeza, en tanto que ella se ruborizaba y bajaba los ojos con cierto disimulo.

Acabados los saludos, el padre de la novia dijo á Camilo que, por el cariterio, y porque ya le estaban esperando, debía ser, sin duda alguna, el hijo del señor Basilio.

—Pa servir á usté—contestó el susodicho.

—Yo luego le saqué por la pinta—continuó la mujer de aquél,—porque se paece mucho á su madre, que en paz descanse. Asín era al simen tuyo, hijo, mu roja y mu guapa... Conque, pasa

pa dentro y acepíllate, porque te has puesto hecho un bendito Cristo. ¡Ave María Purísima, sí da miedo verte! Tú, Celedonia—dijo á su hija,— saca asientos aquí pal portal, que estamos mejor, y traí el cepillo, y después das una vuelta por la cocina, que ya sabes que aquello no se puede descuidar.

Celedonia, que se había quedado cruzada de brazos en el vestíbulo, obedeció rápidamente, yéndose, pisando recio y dando puntapiés á los vestidos, á cumplir el mandato de su madre.

—¿Y qué tal por allá? ¿Qué tal tu padre? Como tiene tan buenas espaldas, no le asustará la calamidad que tenemos encima, ¿eh?—continuó el padre de Celedonia.

—Á él, como asustarle, no le asusta cosa mayor—le contestó Camilo;—pero algunos ya tienen ropón pa rato.

—Y muchos pa siempre, hijo, muchos pa siempre, porque es mayor el daño que lo que se piensa—dijo la señora Juana, que así se llamaba la madre de Celedonia.

—Allá hay uno que llamamos El Hidalgo, no sé sí ustedes le conocerán...

—Pos no le hemos de conocer, hombre—contestó rápidamente la señora Juana.—Es un señor mu bueno y mu llanote ¡y rico! por añadidura... Hace poco se supo aquí la muerte de D.<sup>a</sup> Ramona, que era una santa, según dicen, la pobre señora.

—Pos se murió, si no mienten malas lenguas—

objetó Camilo,—porque la cosa iba de mal á peor; conque carculen ustedes qué bueno andaré el negocio... Nada, que me paece, y allá no se oye otra cosa, que de esta emperrada no le queda ni cera en los oídos, como suele decirse.

—¡Calla, hombre! ¿tú qué dices? Que no andaba bien, ya se había oído por aquí, pero que...

—Pos yo no sabía nada, Gregorio—dijo admirada la señora Juana á su marido.

—Sí, mujer, sí; que andaba atrasau lo sabía Dios y tol mundo, pero á ese extremo...—y cogiendo el cepillo que traía Celedonia y alargándoselo á Camilo, le dijo:

—Toma, hombre, toma, y acepíllate, que da miedo verte.

Mas como viese Camilo que Celedonia se disponía á marcharse, le dijo:

—Mira, Celedonia, mejor era que me acepillaras tú, porque yo no sirvo, mayormente, pa estas cosas, y si alguna vez lo has de hacer por nescidá, bueno es que vayas deprendiendo.

—Anda, mujer, anda, tiene razón... ¿Cómo es tu gracia?

—Camilo, pa servir á usted.

—Tiene razón Camilo—le dijo su madre—y límpiale con esmero, que falta tiene de cepillo. ¡Jesús Señor, cómo se ha puesto!... Mira, hijo, con los animales se consigue más por bien que por mal; eso ya lo sabrás tú, que estarás cansado de andar con ellos, porque, según me he dicho Gregorio, andas á la labranza; y no te pese aun-

que tengas más pesetas que el mundo entero, porque así es como se gana de comer, y si no mírate en el ejemplo de D. Frutos y de otros, que sin tener tanto como él andan á viga derecha, y verás qué pelo tienen. Este—señalando á su marido—no es porquẽ yo lo diga, però ha trabajado mucho en este mundo; él á arar, á sembrar, á desgavillar en el verano, á podar las viñas, á todo, hijo, á todo, y siempre á la vista de los criados, que no se les puede abaldonar un momento. Y por eso tenemos cuatro cuartos... ¿Quién me quitaba á mí de tener criada, y estar mi hija y yo como dos reinas, vamos á ver? Pues aquí nos tienes esclavas del negocio... Y si se terciara también sabemos componernos y salir á la calle como la mejor, porque no quita lo uno á lo otro... Vamos, hombre, ahora ya te se puede mirar; pero ¡cómo estabas, Dios bendito! Mira, hija, tú vete á la cocina como te dije y mira á ver si los pucheros están en regla. Yo no me arrimo á la lumbre, porque me pongo mala en seguida. Esta se encarga de ello y casi de todo, porque es lo que yo digo á Gregorio, los viejos á descansar, que buena falta nos hace ya la tranquilidad y que trabajen los jóvenes, que pa ellos trabajan.

—Y ésa es la fija—dijo Camilo—mirando de reojo á Celedonia, que iba echando nieblas en dirección á la cocina.

—Y aunque no es de la conversación—dijo el señor Gregorio, fijando los codos sobre las rodi-

llas y mirando atentamente á Camilo,—ahora ¿en qué te ocupas?

—Casi, casi puedo decirle á usted que en nada, porque como la sementera está terminada ya... Sí voy á las viñas y podo un rato por aquello de no andar rascando esquinas por el lugar, y á la vuelta recojo el ganadico cuando viene del prau, porque en casa tan pronto como se concluye la sementera se despide á los mozos, y yo me las arreglo con un muchacho pa los quehaceres de la labranza.

—¿El campo le tendréis superior?...

—Hay de todo; el que sembró temprano tiene unos trigos que pasman; pero los infelices que andivieron tarde tienen más yerba que trigo.

—Eso sucede aquí tamién, pero me se figura que como el tiempo ayude, aun lo más malo ha de arreglarse mucho.

Y estando en estas y otras conversaciones parecidas llegó Celedonia á avisarles para comer.

La mesa estaba dispuesta en la cocina, al lado de la lumbre y á lo largo de un gran escaño, como es costumbre en todas ó casi todas las casas labradoras, si se exceptúan las más principales que suelen tener una pieza para comedor.

Camilo ya se iba impacientando, porque después de hablar de muchas cosas, aún no había recaído la conversación sobre el asunto principal, que era el que él trataba de poner en claro; así que, tan pronto como se sentó á la mesa, invitó á Celedonia á que se sentara á su lado. Esta



se puso muy colorada y le dió las gracias tímida-mente, pero sin aceptar la invitación ni separarse de la lumbre donde hervían las viandas.

—Esa no se sienta jamás á la mesa—le dijo la señora Juana, muy complaciente;— ya comerá después; ahora que nos asista á nosotros.

—Es que yo tenía que decirles á ustedes dos palabras, aunque de sobra saben á lo que vengo, y quisiera que me las escuchara aquí, sentada—indicando el taburete que tenía al lado,—porque pa ella son principalmente.

—¡Ay, hijo!—repuso la señora Juana.—La tenemos tan bién enseñada que en estos particulares lo que hagan sus padres da por hecho. ¿Nos verdá, Gregorio?

—Y podía no hacerlo así, cuando no miramos más que el bien suyo.

—Pos en ese caso yo vengo á que me den el sí ú el no, pa saber á qué atenerme; conque cuanti más antes, mejor, y si es pa bien pa no gastar mucho tiempo, porque lo que se ha de hacer tarde es mejor hacerlo luego.

—Ya sabe tu padre lo que le dije, y lo mismo te digo á ti: que nosotros somos gustosos en ello; ahoralo que importa es que seáis trabajadores y honraus, y viváis como Dios manda, que es lo principal.

—Mira, hijo—continuó la señora Juana atajando á su marido,—si fueras de luengas tierras y no conociésemos á toda tu familia, como la conocemos, y no supiésemos que sois labradores hon-

raus, como nosotros, no nos faltarían reparillos que poner, porque Celedonia no es pera podrida; pero entre los de nuestra clase debe haber franqueza, y si la cosa conviene, como en el caso presente, cuanto antes mejor, porque, como dice el refrán, «amores largos, barajas nuevas».

Antes de salir Camilo de la casa de su novia acordaron el día en que había de ir su padre para arreglar la boda, y hecho esto se despidió de todos, y, por último, tomó de la mano á su prometida, diciéndola:

—Vamos, sal á despedirme, mujer, y vamos juntos á por la mula.

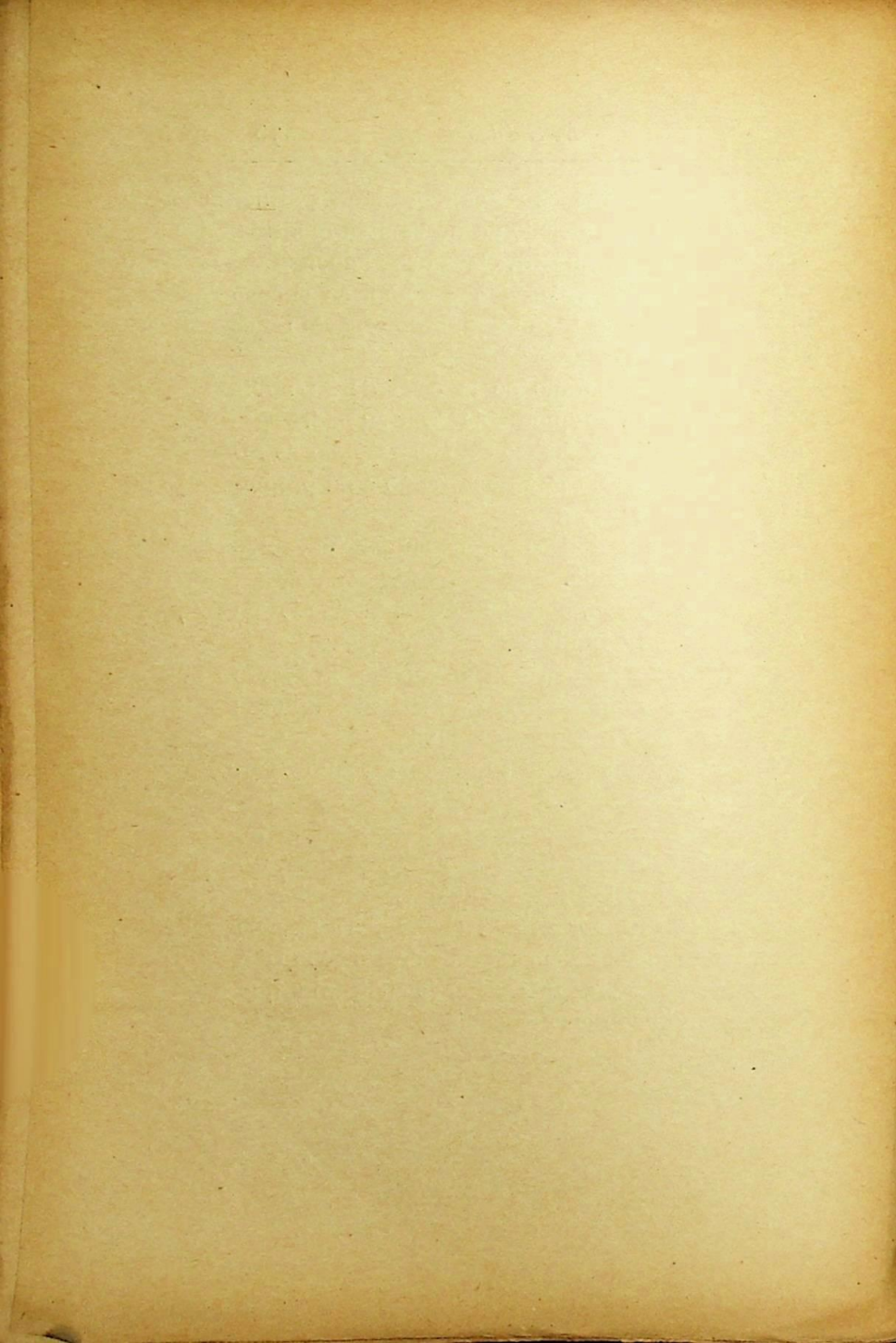
Y allá se fueron, corral adelante, hablando en voz baja y muy juntitos.

Cuando ya se acercaban al establo, la señora Juana, que les miraba embobada desde la puerta de la casa, dijo á su marido:

—Anda, hombre, saca tú la mula, y que esperen ellos afuera...

Obedeció con toda presteza el señor Gregorio, teniéndola del ramal, hasta que un ¡ay! doloroso exhalado por Celedonia, seguido de un golpe en la espalda dado por ésta á Camilo, llamándole bruto con mucha zalamería mientras se chupaba los dedos de la mano derecha, le indicaron que habían terminado las despedidas.







## XVIII



AMBIÉN las penas tienen fin, unas veces con nuevas alegrías, porque de este continuo tejer y destejer se compone la urdimbre de la vida humana, y otras con la muerte, que es el más dichoso fin del desgraciado que sufre sin esperanzas.

Las de muchos, en aquel año aciago, fueron renaciendo y avivándose con las de la nueva cosecha, que prometía ser abundantísima, lo cual servía á otros de nuevo dogal, porque ya no esperaban por ninguna parte el feliz término de sus males, como ocurría al desgraciado D. Frutos, el cual, en una mañana apacible del mes de Febrero del año 69, en la que con su fiel criado Miguel marchaba á campo traviesa por los frondosos y húmedos sembrados en dirección de algunas tierras bajas, que era preciso desaguar, por-

que, efecto de las grandes lluvias, los arroyos y el río se habían desbordado, convirtiéndolas en grandes lagunas, decíale á su acompañante viendo en él reflejada la tristeza de su amo y señor:

—¿A que no aciertas, Miguel, lo que voy pensando?

—Qué sé yo, señor, pero, por la muestra, no debe ser nada güeno, quíe icirse, en nada agradable, porque siempre le veo á usted tan triste y apesadumbrau que me da pena, y... vamos, á mí me se figura, si es por lo que yo sospecho, que no es pa tanto, ¡coiro! Con que á ver si me equivoco, y va usted pensando en algo que nos alegre un poco.

—Así debía de ser, porque sólo con ver los campos tan hermosos, era cosa de desechar tristezas, olvidar el pasado, no acordarse del presente y pensar sólo en el porvenir, porque en él están las esperanzas.

—Pos esa cuenta es la mía, señor, y por eso dije antes lo que dije.

—La tuya sí será, y te saldrá la prueba á pedir de boca, de seguro; pero la mía, Miguel, es más complicada, y temo, y no me equivoco, que me ha de salir fallida. Y en esto venía pensando precisamente, en que tú tienes motivos hasta para alegrarte, y contigo otros muchos, mientras que yo no veo por ninguna parte una sombra de consuelo. Convencido de mi situación, en extremo apurada, abrigo la idea, porque las cosas se caen del lado á que se inclinan, de que ni aun

esta apariencia de ser lo que siempre fuí he de poder conservar, y acabaré mis días en medio de la general indiferencia, pobre y solo, que es donde fatalmente voy empujado por mi suerte. Es decir—y se limpiaba las lágrimas que en abundancia se agolpaban á sus ojos,—solo, no, si es que Dios no quiere que, apuradas las heces, me beba también el cáliz, porque tengo á mi hija, á Carmen...

—Y á mí, ¡recoiro! y á mí—decía Miguel haciendo unos pucherós que ahogaban la voz en su garganta;—y intres que yo viva y pueda trabajar, no tema usted nada, señor, de esas cosas que dice, y no se deje usted agobiar por la tristeza, que Dios es Dios y El sabe lo que ha de hacer de nosotros, y El abrirá camino, no le dé á usted cuidau. Y, sobre todo, algo es algo; y si lo que vemos presentau viene con bien, beneficio es pa todos.

—Para mí ninguno, Miguel, y ahí está el daño mayor, y de ahí el que yo no vea más que negruras por todas partes, porque ni aun eso me salva de la ruina, y pensando en ello deduzco sus naturales consecuencias, y por eso te digo que el que fué y casi puede decir que es hoy una persona apreciable, distinguida y respetada, será mañana un ente olvidado de la memoria de las gentes y un juguete más de la vanidad de los necios, que son muchos. Hasta hoy he callado; á nadie, aparte de mi hija, he comunicado mi sentir; pero ya no puedo con la carga, Miguel, y parece como

que se me alivia el peso de ella con hacerte estas confiancias.

—Y á mí puede usted decírmelo todo y desahogarse sin incominiente; y dígame usted con franqueza si yo puedo remediarle en lo más mínimo, ¡recoiro! porque me tiro de cabeza al río si en eso consiste. Pero eso que dice de verse despreciado por todos, es una herejía, señor. Yo no digo que no haiga algún mal intencionado, porque nunca faltan; pero ¿cómo han de olvidar todos su güeno corazón y los muchos beneficios que usted ha hecho? ¡Pos güeno estaría que le golvieran la espalda! Tamien había que decir que era mejor ser perro dañado que hombre de bien.

—Pues mira, doloroso me es decirlo, pero ya estoy tocando esas consecuencias; ya noto cierto disimulado desvío en muchos, y ya me voy convenciendo de que el mundo está plagado de ingratos.

—Malditásiá, yo no sé de qué sirve en este mundo ser güeno y honrado, porque en faltando el dinero...

—Por eso pido la muerte, Miguel, y si no la busco es por la pobre Carmen; ¿qué va á ser de ella?

Al llegar á este punto los dos callaron. Ya no podían hablar. Les ahogaba el llanto.

Para colmo de males, Carmen estaba pasando por una de esas fases dolorosísimas y angustiosas que ponen á prueba el corazón más fuerte; porque, á la pérdida de su madre, de repente, sin la me-

nor preparación para un dolor tan mortificante, sin el abrazo postrero, sin el consuelo de tener con quién llorarla, puesto que sola se contemplaba la pobre y sola estaba en realidad, porque su padre no era más que una pena viva, un dolor, algo que presagiaba aniquilamientos y miserias, sombras y muerte, con augurios de prontas é incalculables desgracias y profecías luctuosas que adivinaba en él, cuando no se las ponía de manifiesto por no aumentar su martirio, hay que agregar otra pena mayor, un dolor más vivo, más agudo, mucho más cruel, todo lo horrible que se pueda suponer en una criatura que amaba á sus padres con delirio, por cariño y por deber, y veía ó creía ver un olvido prematuro del que vivía para el muerto. ¡Oh! Esto era verdaderamente espantoso.

Por el pronto no se explicaba ella el motivo de aquel injustificado olvido, y lo creyó más aparente que real, entendiendo que lo haría su padre para hacerla á ella más llevadera la pérdida de su madre querida; pero ahondando más y más en el asunto, y sobre todo viéndole constantemente preocupadísimo y apesadumbrado por las pérdidas materiales, sacó en consecuencia que sólo éstas le quitaban el sueño y le traían en continua zozobra y acabarían por aniquilarle y quitarle la vida.

—¡Ah, padre mío!—exclamaba en la soledad de su alcoba, mal envuelta entre las ropas del lecho, que, efecto de la agitación de toda una noche de insomnio, tenía revueltas y desordenadas.—Lo



estoy viendo y no acierto á comprenderlo; me parece mentira que tales cavilaciones borren de tu memoria un recuerdo immaculado. ¡Y á esas pequeñeces había yo de posponer la memoria de mi madre! Dios mío—continuaba pensando,—deseo ser pobre, muy pobre, la misma miseria si esto es preciso, para conservar en mi corazón el fuego de los santos recuerdos. Si me queda una lágrima para regar con ella la tumba de mi madre, seré la mujer más dichosa de la tierra.

Y lloraba y se consumía de pesar la desdichada, sin atreverse á decir á su padre:—¿Por qué te dejas llevar, si tienes un buen discurso, con tal violencia de las cosas terrenas, olvidando las más santas? ¿Por qué no te acuerdas y no me hablas de mi madre? ¿Por qué la has olvidado tan pronto queriéndola tanto? ¿Por qué?

¡Pobre Carmen! ¡Cuántas noches pasó batallando sobre el mismo tema, para venir á parar, á vuelta de mil rodeos, en disculpar á su padre en lo humanamente posible, porque no podía pensar mal de él, porque era bueno!

El mundo, con sus rastrerías, bajezas y miserias, tenía la culpa de todo. Sin embargo, ella, para disuadirle de aquellas ideas y hacerle pensar como manda la ley de Dios, le repetía á todas horas su desinterés, su abnegación, su poca aprensión por todo aquello que á él le tenía tan sorbido el seso.

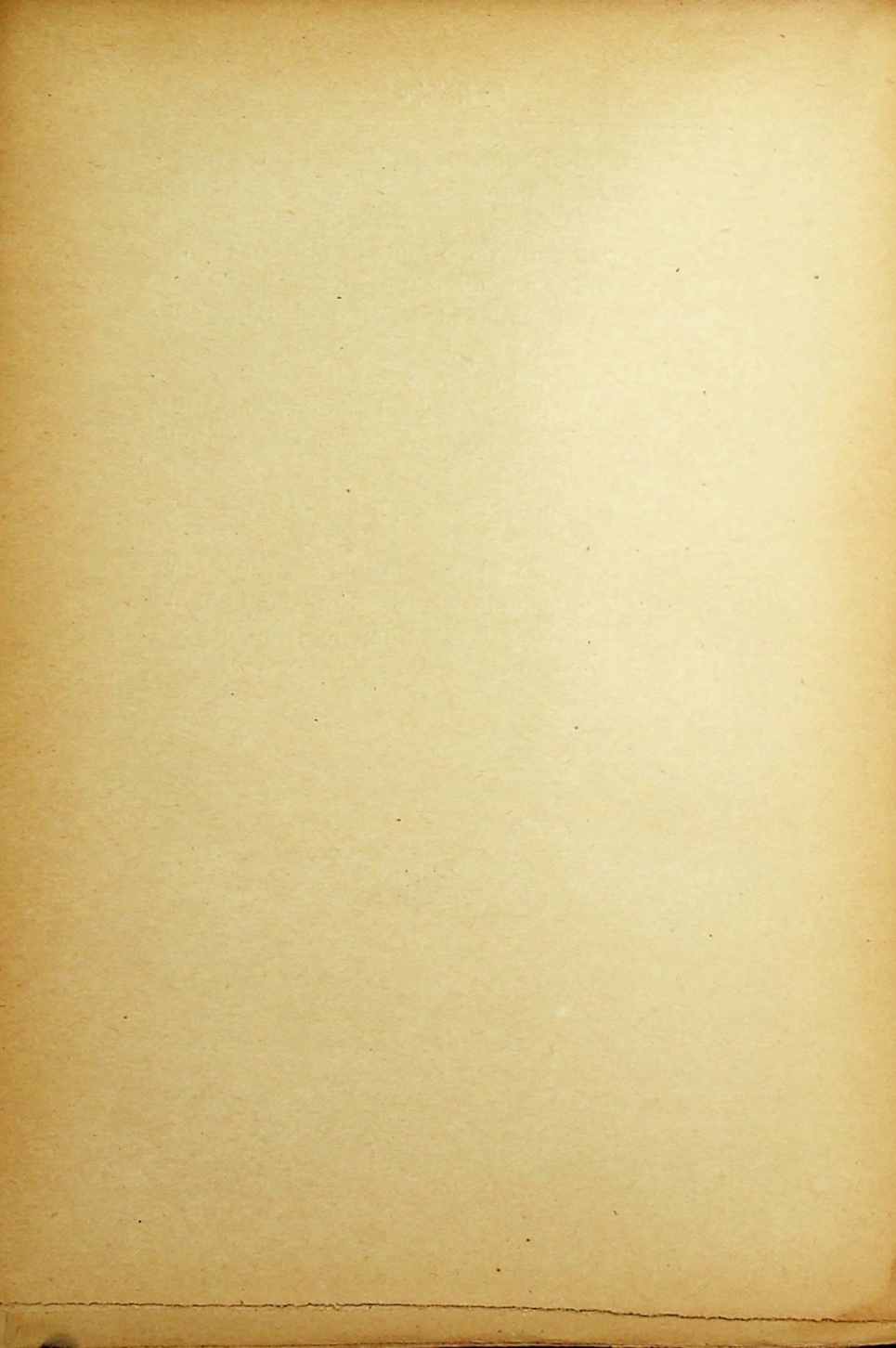
Lo malo era que su padre lo tomaba en diverso sentido y llegaba á dudar de las buenas cualida-

des de su hija como mujer de su casa, porque, según él, era imposible poseerlas y ver con calma la pérdida total de todo aquello que constituía ó formaba parte muy importante de su bienestar.

Él no sabía, no adivinaba que el exceso de celo suyo era la causa de aquel desdén absoluto por parte de Carmen, desdén que engendraba en D. Frutos, por natural consecuencia, cierto desaliento que se iba traduciendo en desvío para la infeliz, desvío que no podía atribuir ella á falta de cariño, se hubiera muerto si tal cree, sino á las constantes preocupaciones que le tenían perturbado el juicio.

Y el padre por un lado y la hija por otro, acaso sin motivos debidamente justificados, amontonaban nuevas tristezas sobre las no pequeñas que les atormentaban.







## XIX



UNTUALMENTE asistieron Barriguera y su hijo á la casa de la novia el día señalado para la celebración de los contratos matrimoniales, en la que fueron recibidos con el júbilo y la satisfacción consiguiente al acto que iba á realizarse, aunque de suyo escabroso por lo expuesto que es, entre cierta clase de gentes, á contingencias y trastornos esto del dar y el recibir.

De una y otra parte se habían hecho cálculos, se habían designado cantidades y se había revuelto y manoseado el asunto y meditado mucho, para ir sobre seguro y no dejarse sorprender, y ninguna de las dos se quedaba corta en lo que había de aportar la otra, porque no era cosa de ir por lana y volver trasquilados.

Á vuelta de muchas conversaciones indiferen-

tes, salió á cuento la que motivaba aquella reunión, por boca de Barriguera, que se persuadió de que si él no se resuelve á romper el carámbano, están en el pantano siglos enteros.

Como preludeo ó preámbulo, sin duda mientras pensaba la mejor manera de romper á hablar, se echó hacia atrás en el asiento, hizo luego una raya muy pronunciada entre la unión de dos ladrillos con la contera de la cachuba, trató de limpiar la broza de los bordes con el pie, volvió á hacer otra en dirección vertical á la primera, levantó, por último, el formidable bastón á buena altura, y al apretar hacia abajo y dar con él un golpe en seco sobre el viejo enladrillado de la cocina, rompió á hablar diciendo al señor Gregorio y á su mujer:

—Conque, vamos á ver, Gregorio, y tú, Juana, porque el tiempo se marcha, y yo tengo muchas ocupaciones, ¿qué hacemos de los chicos? Porque casarse es fácil y bueno; lo malo y lo difícil son las obligaciones que el matrimonio acarrea; esto lo sabéis vosotros también como yo. Pa ellos, hoy por hoy, con poco tienen bastante, pero hay que mirar el más allá, y proporcionarles medios pa que vayan haciendo algo, si es que saben vivir... y si no que lo malroten... que tras ellos dan. En fin, ésta es mi opinión; ahora vosotros diréis lo que sos acomode.

—¡Pchs!... Nosotros, por lo que toca á la muchacha—contestó el señor Gregorio, cruzando las piernas, apoyando el codo derecho sobre la pier-

na correspondiente, y el dedo índice tocando el labio inferior,—la daremos lo que precise; no será mucho—y miraba á su mujer,—porque entuavía no somos viejos y podemos necesitarlo. ¿No es verdad, Juana?

—Y tanto—contestó la interpelada,—porque de menos nos hizo Dios, como dijo el otro; pero se la dará lo que sea de razón.

—No, Juana, no—objetó el señor Basilio.—Yo, pa mí, creo que lo mejor y más conveniente es fijar cantidades, porque, no ocurrirá nada, pero se dan casos. ¿No creés tú, Gregorio, que lo escrito se lee y se respeta siempre, intres que las palabras las lleva el aire? Digo, si sos parece, porque, en caso, el daño sería pa los muchachos.

—Tiene usted razón—se apresuró á contestar la señora Juana,—y después los disgustos quien los pasa somos nosotros, señor Basilio; pero yo creo que entre personas formales la palabra es la mejor escritura; en fin, ¿qué va usted á dar á su hijo? Porque asín podemos ir adelantando algo y acabar cuanti más antes.

Al terminar la señora Juana esta relación, miró con gran disimulo á su marido, se levantó del asiento, apoyando ambas manos en sus rodillas, para, con más facilidad, enderezar su obesa humanidad, y llamó á su hija, que estaba en el portal hablando con Camilo, para decirle que fuera por unos vasos de vino y los mantecados que ya tenía preparados, para obsequiar á los forasteros.

Protestó Barriguera, diciendo que nunca toma-

ba nada entre hora. Volvió á insistir la señora Juana, llegando entretanto Celedonia con una bandeja repleta de mantecados, y, quieras ó no, tuvo que tomar uno Barriguera. Camilo no se hizo de rogar, y tomó otro á la primera invitación, comiendo la mitad de un bocado, y la otra mitad se la alargó á su novia, con cuya fineza se aturdió ésta de tal manera que no sabía si tomarla ó rehusarla; pero Camilo, previendo, sin duda, que iba á hacer lo último, se la llevó él mismo á la boca, en tanto que decía la señora Juana:

—Anda, mujer, acétala; ¿qué tiene de particular? y trae pacá la otra bandeja, anda luego,—volviendo al minuto Celedonia con la bandeja llena de vasos de vino.

Nuevas instancias de la señora Juana, á las que no opuso el menor reparo Barriguera. Paladeó el sorbo un buen rato, y terminó diciendo:

—Bueno es el vino. ¿Es de tu cosecha, Gregorio?

—Y entuavía le tengo mejor—contestó éste,—solamente que por no encetar una cuba que tengo reservada pa la venta, estamos bebiendo de otro poco que me sobró del que hago todos los años pa los mozos, y no me gusta echar agua en el vino; pero ésta—indicando á su mujer—se empeña en bautizarlo, y no sé por qué no se pierde la mitá las veces.

—Pues, mira, tiene buen bocau—y cogió de nuevo el vaso y volvió á echar otro pisco labis.

—Si es lo que yo le digo, señor Basilio, y toda



mi matanza es ésa. «No seas bobo, que los criados no están á ponerte rico, que si te lo pudían consumir todo en una semana, no tardaban un mes». Pero ¿á qué están ellos, vamos á ver? A llenar la andorga y trabajar lo menos posible. Porque ¿no sabe de sobra que si no se está siempre encima de ellos no hacen cosa de provecho?...

—Sí, mujer, pero pa mandarles con libertad hay que mantenerlos como Dios manda. «Al fraile ni darle ni quitarle»—contestó el señor Gregorio.

—Y eso se hace, Gregorio, pero no les vamos á dar un vino como bálsamo pa que sea en perjuicio suyo... ¿Es malo este vino? ¿No lo bebemos nosotros?... Mire usted, yo estoy mejor por un vino como éste, que por esos que con un vaso zumba la cabeza.

—En mi pueblo—continuó Barriguera—no hay ninguno que llegue á éste. Allí tenemos medianos vinos; es verdá que nos esmeramos poco en ellos, porque la riqueza principal la tenemos en el terreno blanco.

—¡Ay, hijo! Pues aquí algunos agujeros tapa el vino—dijo la señora Juana.

—Conque vamos á ver, que se hace tarde—dijo Barriguera al ver que ninguno se disponía á volver sobre el interrumpido tema que les había reunido,—porque veo que no acabaremos nunca al paso que llevamos, Gregorio...

—Usted dirá, señor Basilio.

—Vaya, pues yo al chico le doy la hijuela de



su madre, Q. E. P. D., si se exceptúa la era, el palomar, que también era de ella, una tierra que es la que tengo pa garbanzos por ser la única que los da de buena cochura, y... la parte de la casa que habito, que no voy á dársela á él y quedarme yo en la calle, como podéis conocer.

El señor Gregorio no hacía más que mirar á su mujer, que meneaba la cabeza en sentido negativo.

Cuando concluyó de hablar Barriguera, les dijo:

—¿Qué vos parece, estáis conformes?

—¡Pts!—contestó el señor Gregorio después de una breve pausa y sin dejar de mirar á su mujer.—Como no sabemos á lo que asciende la hijuela de su madre... no podemos decir si es mucho ú poco. ¿Qué valdrá, poco más ó poco menos, reducida á dinero?

—Hombre, este año... poco más de nada, porque ya sabéis que con un pan se compra una tierra; pero en años normales bien valdrá alrededor de treinta mil riales.

—¿Y de ahí quita usted las fincas que ha dicho antes?

—¿Y qué vale eso?

Vuelta á mirar el señor Gregorio á su mujer y ésta á menear la cabeza, haciendo gestos de mal reprimido disgusto.

—Pos en ese caso no pasemos más adelante—dijo poniéndose de pie el señor Gregorio.—Eso se lo doy yo á mi hija pa alfileres.

—Y es la pura verdá—continuó su mujer;—si eso no es nada, señor Basilio.

—Es que yo no quiero ofrecer mucho y luego no darlo, como hacen otros; quizás mañana ú otro día les dé doble ó triple, si viene al caso.

—Eso tampoco está bien—contestó como una escopeta la señora Juana.—Lo que se ha de dar tarde, darlo luego, y no tienen que agradecerlo tantas veces.

—Bueno... pos en ese caso, vosotros diréis lo que vais á dar á la muchacha.

—To lo que podamos—se adelantó á contestar Juana.—A nosotros que nos quede pa vivir, y lo demás es suyo. ¿Pa quién trabajamos más que pa ella y en quién tenemos puestos los cinco sentidos? Y si quié usté que se escriban estas palabras, no hay más que avisar al secretario y que tire un papel, y Cristo con todos.

—Bien, mujer, bien, pues yo aumento en doble la cantidad dicha, y ya está hecho—contestó Barriguera.—Con más tres mil riales pa que compre las galas Celedonia. Y no hablemos más de ello, y mi palabra es palabra y creo que la vuestra no ha de serlo menos. Si al fin y al cabo todo ha ser pa ellos... Es verdá que yo tengo otra hija y tengo que mirar por ella lo mismo que por éste; pero pa los dos a ser, como comprenderéis, porque yo no he de llevarlo allá cuando me muera. Conque lo mismo me da dárselo un poco antes que un poco después.

Y vuelta á llamar la señora Juana á Celedonia,

que estaba charlando con Camilo, para que diera otra *corra* de dulces y vinos, y ya todos, en buena paz y compañía, tomaron aquel refrigerio, sellando con él el feliz término de los deseos de todos. Y por último, después de muchos y fervientes votos por la felicidad de los novios, se despidieron los forasteros, con harto sentimiento de Camilo y Celedonia, que ya se querían como si toda la vida hubieran estado juntos.





## XX



ARECE una aberración, un contrasentido, que en aquel año de luto y miserias pudiera haber algún ser en la triste y desolada comarca de Campos que sintiera satisfacciones en medio de tantas penas; pero como nunca ni la buena ni la mala fortuna son repartidas por igual, y generalmente lo que á unos daña á los otros favorece, no faltaron algunos que, bien por su previsión y constante ahorro, ó bien porque se les presentara ocasión de hacer un buen negocio sin escrúpulos de conciencia, lo cierto es que subieron algunos donde no soñaban siquiera, en tanto que muchos se hundían para siempre en los abismos de la miseria.

Entre los primeros se contaba el señor Basilio García, y su satisfacción no tenía límites, por cuanto ya se creía, y era en realidad, el primer

capitalista de Villatorcida. Y si Héctor al tomar á Troya, Alejandro al vencer á los persas y Napoleón al conquistar la Europa tuvieron motivos para sentirse halagados por las suaves caricias de la vanidad, no menores los tenía Barriguera, puesto que para él no había más Troyas, ni más Rubicones, ni más Europas que los estrechos límites de su aldea, en la que quedaba desde luego constituido por obra y gracia de su propio esfuerzo, en único y principal señor.

Así como, por una razón contraria, D. Frutos González, descendiente de muchas generaciones ilustres, heredero de pingües riquezas, hidalgo por herencia, noble por educación y tan bueno como los mejores Guzmanes, pierde con sus haciendas el brillo de sus blasones, y con ellos se van, en oscuro torbellino, aquel don de gentes, aquella principalidad, aquel sentir delicado y aquel querer de su alma, siempre dispuesta á perdonar ofensas y á sembrar beneficios por todas partes.

Como es consiguiente, y á pesar del mal estado de los ánimos, la noticia de que Camilo tenía novia corrió con la velocidad del rayo por todas las bocas; y si se hablaba de algo que no fuera de las propias desdichas, de la boda era y de que la novia era rica, muy rica, y muy guapa y buena moza.

Y en esto último no exageraban del todo, porque si no era Celedonia una hermosura propiamente hablando, tal vez fuera debido al descuido de sí misma, por efecto de sus ocupaciones, traje

y costumbres; y eso que era aseada y limpia como los chorros del oro. Alta y esbelta, aunque sin arrogancia y gentileza, y buena á carta cabal, pero sin bríos en el alma para los grandes afectos. En una palabra, archisuperior para Camilo, que ya esperaba el día de la boda sin paciencia.

Y aun quando lo que se espera tarda, llegó el tan deseado día y pasó, y con él otro no menos deseado, que fué el de la tornaboda ó sacamisa, en el pueblo del novio, en el propio Villatorcida, donde éste se alzó sobre el pedestal de la dicha, embriagado de placer al presentar á su mujer, cuajada de flecos y abalorios, ante los atónitos villatorcidenses, que no sabían qué admirar más, si el buen gusto y la sutil estrategia de Camilo para alcanzar el cariño de aquella buena moza, ó las galas que la adornaban, porque sobre la falda del vestido de seda, verde oscuro, caían graciosamente los flecos del pañolón de Manila color canario, y sobre éste, bien prendida encima de una montaña de pelo negro peinado en lucientes bucles, la graciosa mantilla de rocador, de terciopelo y seda con broches dorados, que daba envidia. ¿Tendría motivos Camilo para sentirse orgulloso? Pues añádase á esto que él había llegado al colmo de las satisfacciones en punto al deseado señorío. Porque se presentó con *bimba* (con sombrero hongo engomado), traje negro de americana, chaleco escotado, camisa bordada, con grandes gemelos de oro en la pechera y en la bocamanga, reloj y cadena del mismo metal y botas de charol.

Y por si esto fuera poco, la casa de Barriguera rebosando abundancia para obsequiar á todos los convidados, que fueron muchos de una y otra parte, porque en estos particulares no quería ser menos que los padres de la novia, que en la boda habían tirado la casa por la ventana.

Uno de los convidados fué el médico, D. Darío que se divirtió y bailó muy poco, siendo así que con menos motivo había sido siempre el alma y principal factor en otras funciones. Pero no podía remediarlo. Le entristecía pensar que, valiendo él doscientas veces más que el novio, no ocupara cuando menos su lugar, debiendo ser tan feliz y más que él al lado de aquella mujer, que si no era absolutamente la que él pretendía, podía suplirlo saltando por encima de algunos inconvenientes de escasa monta. Mas esto no tenía remedio y era preciso pensar en buscarlo por otro lado, por donde él lo encontraba casi sin pensar en ello; ¡ya lo creo que lo encontraba! y tan eficaz como podía desearlo, sin inconvenientes ni cortapisas ni nada que no fuera un puro contento, una inmensa satisfacción.

Pero ¿quién era él para merecer tanto? Hé aquí la dificultad, hé aquí el insuperable abismo que siempre le salía al paso en cuanto comenzaba á andar por donde le llevaba su deseo. Y puesto á sus bordes, exclamaba:

—¿Fué pequeño el que tuvo que salvar Camilo para alcanzar el cariño de la que ya es su mujer? El toso, zafio, hasta mal educado. Ella fina, gra-



ciosa, amable y toda una buena moza y, sin embargo... Pues qué, ¿hay tanta diferencia de Carmen á mí? Si no la hay, ¿por qué no me atrevo á cruzar el abismo? ¿Por qué no hago lo que Camilo, que es un zote y tiene una mujer envidiable? Porque soy yo más zote que él; porque en tratándose de mujeres, soy hombre perdido. No hago ni digo en su presencia más que disparates y sandeces y acaban siempre por reírse de mí y despreciarme. Y hacen bien, yo me tengo la culpa. Y lo raro del caso es que cuando estoy solo hago unos discursos y pienso unas cosas tan oportunas y tan bien razonadas, que encalabrarían el corazón más insensible y serían capaces de volver loca á una estatua. Voy á la práctica y la estatua soy yo; estatua de pedernal, que echa chispas en cuanto lo tocan y en la apariencia está frío. Así estoy ahora, y yo no puedo resistir este fuego que me abrasa el corazón. Me da envidia este hombre y su mujer me hace desear á la que amo con toda mi alma. Pues salga el sol por Antequera, mañana mismo digo á Carmen que la adoro y que yo no puedo vivir así.

Y como lo pensó lo hizo; pero llegó á la casa de D. Frutos tímido y azorado como un colegial. Llamó, preguntó por éste á los criados y le dijeron que no estaba allí.

—Pues veré á la señorita, si no hay inconveniente—repuso.

Y no le hubo, y entró en la habitación de Carmen más aturdido que un palomino, y después de



saludarla y sentarse por invitación de ésta, no se le ocurrió otra cosa que sacar el pañuelo y limpiarse el sudor que á torrentes brotaba por todos los poros de su cuerpo y le asfixiaba.

Carmen no reparó en esto. ¿Cómo había de suponer lo que aquel hombre se proponía en aquel momento?

Así que comenzó por decirle con la mayor naturalidad:

—Ya le echábamos á usted de menos, D. Darío. ¡Tanto tiempo sin verle por esta casa, ahora que tan necesitados estamos de compañía agradable y buena! Mi papá me dice que de vez en cuando le ve á usted por ahí y conversan un rato, y yo mil veces le he repetido que cómo no vendría usted á vernos ahora que no salimos de casa, especialmente yo, que, como usted sabe, hago vida retirada. ¡Si viera usted cómo consuela un rato de agradable conversación con una persona que nos merezca aprecio cuando las penas nos ahogan! ¡Si viera usted qué triste es verse sola, acostumbrada á la dulce compañía de una madre cariñosa y buena! ¡Usted no sabe lo que es esto!

Al concluir de hablar, dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas de nácar sonrosado.

—No llore usted, Carmen—la dijo el médico.—Es preciso resignarse. Todos los días ocu re que... pero... es claro, como... precisamente para usted su mamá era... En fin, qué le hemos de hacer... No tiene remedio... y además...

—Ya sé yo que no le tiene, D. Darío, y preci-

samente por eso lloro, sufro y me desespero; es decir, desesperarme, no, Dios me libre; además, que nada conseguiría con ello; pero es muy grande mi desventura y á veces no sé lo que digo.

—No me extraña, Carmen, no me extraña, porque... hay circunstancias en la vida que... Y D. Frutos, ¿dónde anda?

—Á paseo salió; no sé por dónde habrá ido. ¿Necesitaba usted verle? ¿Venía usted en su busca?

—Sí... venía... Pero es lo mismo.

—¡Ay! Pues que vayan á llamarle, que no se habrá ido muy lejos. Permítame usted salir á avisar á una de las chicas...

—No se moleste usted, no es preciso que...—se apresuró á contestar D. Darío.—Ya le veré, ya hablaremos más tarde, no faltaba más...

Aquí se cortó el diálogo, y en este punto volvió D. Darío á sudar con más fuerza que antes, y tanto y de tal manera crecía su aturdimiento que ya se imaginaba que se le iba á aniquilar el pensamiento en presencia de Carmen, cuando ésta volvió á preguntarle:

—¿Tiene usted muchos enfermos, D. Darío?

—Muchos, sí señora, muchos. Es posible que pasen de sesenta.

—¡Qué atrocidad, parece increíble! ¡Qué año éste, por todas partes surgen calamidades y desgracias!

—No lo extrañe usted, Carmen; el cortejo del hambre son las pestes. Y aquí tenemos de todo, viruelas, intermitentes, tifus... Y gracias á que

hasta ahora, aunque son muchos los casos, son pocas las defunciones.

—Eso tendremos que agradecer á Dios y á usted—le dijo Carmen.

—Á Dios solamente, Carmen, porque, la verdad, yo no me explico, no siendo por un milagro, cómo salvan muchos infelices, porque les sorprende la enfermedad en un estado de extenuación tal que, vamos, no viéndolo, no se puede creer.

—Y lo malo es—replicó Carmen en tono amargo—que la cosa va de mal á peor, porque las necesidades aumentan y el remedio está lejos.

—No tan lejos, porque ya estamos en fines de Abril, y en el mes que viene ya salen algunas labores, se hacen algunos trabajos y se va, mal que rabiando, entreteniéndolo la necesidad, y vamos viviendo, mal, naturalmente; pero peor sería no vislumbrar el puerto en medio de la tormenta. ¿No es así, Carmen?

—¡Oh! ¡Eso sería espantoso, ya lo creo!

Al llegar á este punto de la conversación el médico se puso pálido como la cera. Ya no sudaba; era frío lo que sentía, un frío que le calaba hasta los huesos, produciéndole un temblor convulsivo que le hizo perder de nuevo la serenidad. Pero la ocasión era crítica, el momento oportuno y desperdiciarle equivalía á una derrota; no, adelante y que saliera lo que Dios y su insulsa cobardía quisieran.

Y comenzó el ataque asiéndose al hilo que

había dejado suelto su interlocutora, diciendo:

—Y si yo le dijera á usted que eso me ocurre á mí, si yo le dijera que navego en un mar sin orillas y que voy agotando las fuerzas, ¿qué diría usted?

—Que no me imaginaba siquiera que fuera usted tan desgraciado.

—Pues lo soy, Carmen, lo soy, créame usted, porque yo paso hambre, y ahogos, y congojas, y... no sé lo que paso, lo que no se explica, porque no hay manera fácil de decir ciertas cosas.

Carmen ya iba comprendiendo lo que el médico quería decirle, como también la manera aparatosa, poco hábil é inoportuna de expresarse; pero aunque le había tratado poco, ya le conocía algo, y procuró cortar aquella brusca acometida, diciéndole:

—¿Y quién sabe allá en el fondo de cada cual lo que pasa, ni qué nos importa, además? ¡Calcule usted si yo podría quejarme! Pero como sé que nadie remedia mis penas, y lo más que consigo con manifestárselas á los demás es hacerles sufrir, yo sola me las paso, porque á mí sola tocaron en el reparto.

—Es que las mías son de tal naturaleza que ya creo que me muero si no las conoce quien yo deseo.

—¡Ave María! ¿Pues tiene usted más que referírselas á quien usted desea que las conozca?... Es bien sencillo.

—No tanto como á usted le parece, porque la

dificultad no estriba precisamente en referirlas, sino en que sean escuchadas con la atención que merecen.

—A eso se expone usted...

—Ya lo sé, y de ahí nacen mis temores y desasosiegos.

—Pues resígnese usted á callar, si comprende que pueden relizarse sus temores.

—Es que si callo reviento, Carmen.

—¡Jesús, hombre, qué rarezas le ocurren á usted! Francamente, me hace usted reir aun contra mi voluntad.

La impasibilidad de Carmen iba enfriando poco á poco los entusiasmos del médico, el cual conocía su situación desairada y ridícula, y bien sabe Dios que si hubiera podido remediarlo al llegar á este punto, no pasa de él aunque le hubieran quemado vivo. Pero, colocado en él, ¿podía retroceder ya ó quedarse en el pantano? Era forzoso terminar la jornada, aunque al fin de ella, cuando ya se viera molido y estropeado, se encontrara con que había equivocado el camino. Y sacando fuerzas de flaqueza, con un atolondramiento muy común en él en casos análogos, habló de esta manera:

—Mire usted, Carmen, es tal mi condición, que si ahora se pudiera dar el imposible de que usted fuera hombre, me vería usted á mí ser un hombre también; pero es usted mujer, y hermosa por añadidura, y con un talento y una discreción admirables: ¿qué tiene de extraño, pues, que yo me

aturda en su presencia y pase á sus ojos por pusilánime, ó tal vez por ridículo ó tonto? Ahora bien, por no pasar por ninguna de estas cosas, desearía asimismo que se diera otro imposible, el de que cuanto acabo de decirle pudiera ser ahogado de nuevo en mí, sin dejar el menor rastro en su memoria.

—Pero, hombre, va usted á hacerme creer que ha perdido el juicio con tantos imposibles, extravagancias y locuras como se le van ocurriendo. ¿A qué viene todo eso, ni qué motivos hay para que usted hable así, vamos á ver?

—¿No lo ha adivinado usted, Carmen?

—¿Ahora salimos con que he de convertirme yo en un ser sobrenatural y ultramundano? Yo no adivino nada, ni puedo saber lo que usted piensa si usted no me lo dice.

—Pues bien, Carmen, lo diré... No puedo menos de decírselo, aunque nada consiga con ello... Yo la amo á usted con toda mi alma.

—Acabáramos, hombre. ¿Y para eso necesitaba usted meterse en tan intrincados laberintos y hablar de imposibles y de qué sé yo cuántas cosas más que no he podido comprender?

—Bueno, pues tenga usted por no dicho aquello que no sea pertinente al caso.

—Sí, con lo cual tocamos en otro imposible, ¿verdad...? ¡Ja, ja, ja!... No sé cómo me río, Dios mío. ¿Si será por hacer yo también algún imposible? ¡Ja, ja, ja, ja!...

El pobre médico se puso más encarnado que

un tomate; le zumbaban los oídos y creyó que le iba á dar algo; pero así como el náufrago, más por instinto que por razón, se agarra á cuantos objetos encuentra á mano, así estén en el fondo de las aguas, de la propia manera él procuró dar cima, fin y remate al asunto que tantos sudores y congojas le originaba, y continuó diciendo:

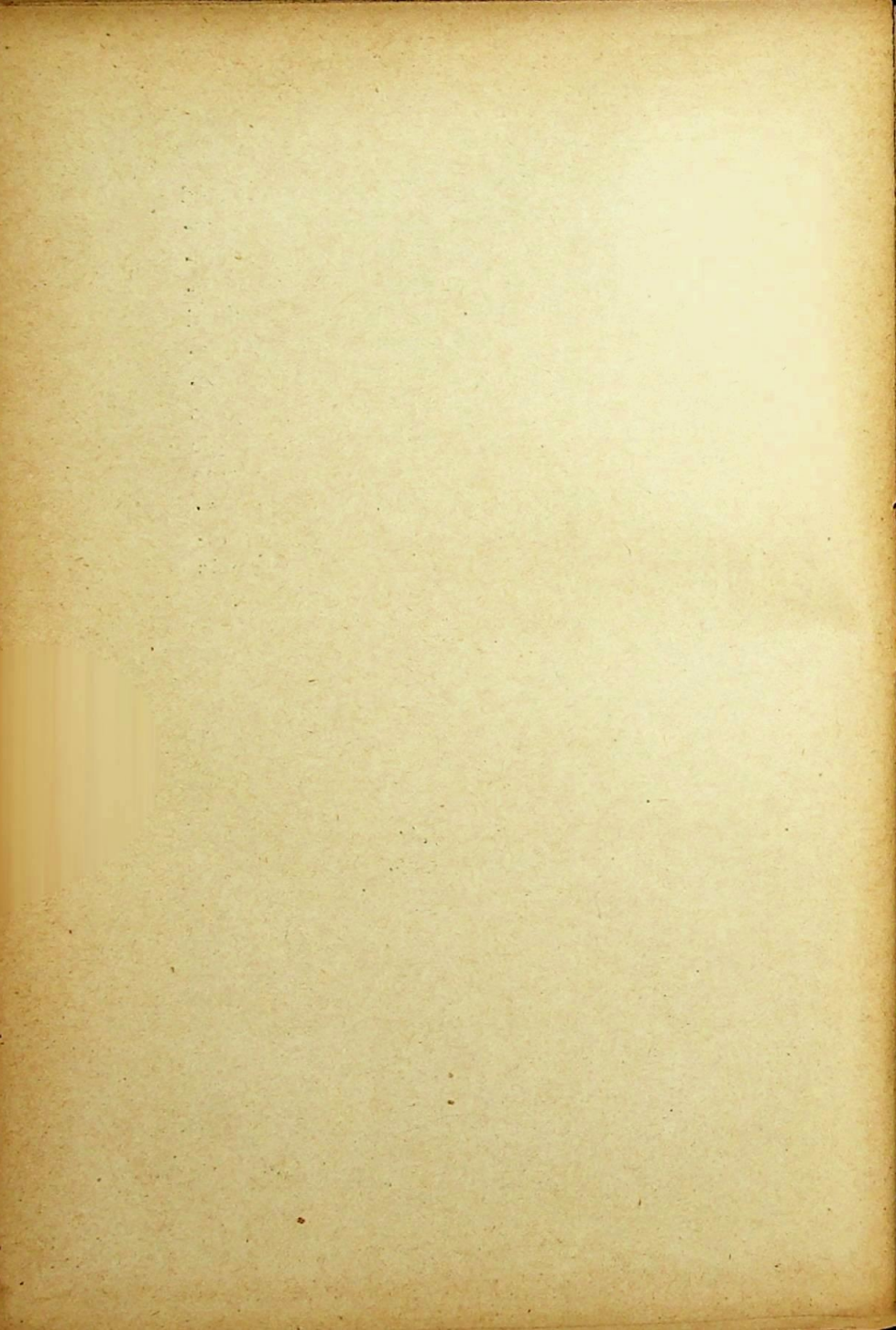
—Nunca creí salir airoso en mi pretensión, si se tenía en cuenta la manera de exponerla, porque para esto no valgo un maravedí. Fiado en su buen juicio, creí que la forma era lo de menos. Riase usted de ella y maltrate cuanto quiera mi torpeza; pero crea firmemente que debajo de ese ropaje de palabras desaliñadas hay un fondo de pasión y cariño que usted interpretará como mejor le parezca, pero seguramente no merecen la burla y el desdén con que usted me trata.

—D. Darío, es usted incorregible. No sé cómo calificarle, pero creo que no me equivoco si digo que es usted un niño pequeño. Jamás he visto nada semejante. ¿Yo burlarme de usted? ¡Ave María! ¿Tengo yo la culpa de que usted sea como es? ¿No reconoce usted mismo su poca pericia para hablar con mujeres? ¿Pues qué cosa más natural que yo al oírle pase por todas las sensaciones que en mi espíritu producen sus palabras? Esto lo más que prueba es mi atención á ellas, unido á demostraciones de franca cordialidad al escucharlas, lo cual no amengua en un ápice la consideración que por el fondo que revelan me merecen. Y por otra parte, si se tratara de un

asunto de otra índole, santo y bueno que usted tomara á burla la risa que usted mismo me provoca; pero en éste... parece que tenemos cierto derecho las mujeres á reir las insulseces de los hombres, en justa compensación de nuestra debilidad y escaso mérito para los asuntos serios y trascendentales de la vida. Pero no por esto vaya usted á creer que yo me burlo, no. Lo que hago es seguirle á usted el humor y estimar en lo que vale su cariño hacia mí, si es verdadero, doliéndome mucho de no poder corresponder á él como merece, porque, por ahora al menos, no puedo ofrecer á usted más que una franca amistad y la más leal protesta de mi agradecimiento.









## XXI

**H**AY volcanes que se apagan solos, en tanto que otros abrasarían las fuentes del Nilo si sus líquidos cristales pudieran penetrar por sus cráteres incandescentes.

La pasión del médico, toda fuego, se aniquiló al primer soplo de la indiferencia glacial de Carmen.

Las ilusiones que momentos antes le hacían esperar un resultado favorable, se desvanecieron ante una realidad abrumadora que le persuadía de su loca y temeraria aventura, enseñándole de paso que no basta un buen deseo para conseguir un fin, sino que es preciso que aquél vaya bien dirigido y ordenado, única manera de poder alcanzar un buen éxito. Lo cual quiere decir que con malos procedimientos no se pueden lograr

buenos resultados. Y los procedimientos del médico ni él mismo quería recordarlos, por torpes, necios y poco acomodados al carácter de un hombre serio.

Si á esto se añade la superioridad en que tenía á Carmen sobre sí mismo, superioridad que había alcanzado á su vista imponderable altura después de lo ocurrido, se comprenderá cuán fácil le sería apagar los fuegos de su volcánica pasión.

En el corazón de Carmen, de suyo compasivo, despertó aquella entrevista en los primeros momentos un sentimiento de lástima hacia aquel hombre que en nada la había interesado, porque no veía nada en él capaz de mover sus afectos si no era por el lado de la compasión. Por lo demás, en cuanto salió de su casa no volvió á pensar en nada de cuanto la había manifestado, porque hay seres que no nos interesan ni para bien ni para mal: pasan á nuestro lado, nos saludan y nos colman de atenciones y no nos damos cuenta de que han pasado, de que nos han saludado ó de que nos han hecho una deferencia; y es porque estos seres parece que llevan un sello en su cara que va pregonando su insignificancia. Y esto no se puede remediar, es instintivo, espontáneo; no llegan á cautivar nuestra atención, y, por lo tanto, ni les ofendemos, ni se dan por agraviados, ni hay motivos por eso para que nos creamos mal educados, ni acusa mal corazón nuestro proceda. Son piedrecitas que apartamos cuando las encontramos al paso.

Carmen encontró aquella piedrecita en su camino y la separó con el pie, y al dar el paso siguiente, ya no se acordaba de la piedrecita.

En cambio, en el pueblo ¡no se levantó mala polvareda!

La noticia de que La Hidalga había dado calabazas al médico corrió con la velocidad del rayo por Villatorcida. ¿Por quién se supo? Es cosa que no se ha podido averiguar. Es de suponer que se enteraran de todo las criadas de Carmen y ellas diesen la noticia, porque el médico no había de propalarla, y no hay por qué poner en duda que Carmen es completamente imposible que tal cosa hiciera. Lo cierto es que se supo hasta con detalles, y todo el mundo lo comentó á su sabor, conviniendo casi todos en que La Hidalga había perdido el juicio despreciando tan buena coyuntura.

Algunos, entre ellos los Barrigueras, se rieron mucho, tomando á fatuidad y á poco sentido práctico tal determinación.

—¿Qué espera esa tonta?—decía Camilo en el pórtico de la iglesia ante un corro de amigos que le escuchaban con marcadas muestras de agrado.—¿Que va á venir algún duqueó príncés á pretenderla? ¡Vamos, hombre, eso es ya to lo que se pué ver! Yo que el médico también me acuerdo de ella, ¡como no me acordara! ¡Un hombre como él que sabe ganarlo y tiene el pan asegurau! Al cabo no hay diferencia que digamos...

—Yo, cuando lo supe—dijo otro de los del

corro, bajito y regordete, con sombrero blanco de alas muy abarquilladas y metido hasta las cejas,—créete, hombre, que no pude por menos de reirme. En cambio mi mujer, quē es tan fatua como la que más, decía que, aunque el médico es un buen acomodo, ella no lo es menos, porque si pierde las riquezas le queda la hermosura...

—Riete de esas bobadas, Gervasio—se apresuró á contestarle Camilo,—porque con la guapura no se come, y el que más y el que menos, viendo que no hay ochavos, se guiña en esas pamplinas...

—No, pos el médico no pensaría como tú por cuanto la pretendía—dijo otro cincuentón que se aproximó á los del corro móvido por la curiosidad.—Y no sería pa cosa de juego, porque entre personas así debe haber formalidá, me paece á mí.

—Porque el médico es un infeliz, pa que usté lo sepa—contestó Camilo levantando la voz y metiéndose en medio del córro,—porque ha oído hablar de La Hidalga como si no hubiá más que ver; y el mal está en que como á él tiene engañaus á muchos que no saben de la misa la media; pero mu pronto se ha de ver el resultau que da esa casa. Eso pa quien lo sabe como yo.

—Me paece á mí—le contestó el cincuentón arrugando el entrecejo—que tú sabes más de la cuenta... Tamién sé yo que tú la pretendiste y te dió las calabazas más grandes que ha llevau hombre nacido. Esto es pa que veas que todos

sabemos algo. Y también sabemos que revientas de orgullo porque tiene tu padre cuatro cuartos, y no te haces cargo de que otros, sin tener un maravedís, valen doscientas veces más que tú y toda tu casta junta, parlador embustero.

—Ya veremos si valen ú no valen—contestó Camilo bastante sofocado.

—¡Pos no ha de valer, hombre, no ha de valer! No, si valdrás tú más, que no sabes otra cosa que decir barbaridades!

A esto contestó Camilo una atrocidad, yéndose al cincuentón en ademán amenazador; pero se interpusieron los otros, y después de llenarse uno á otro de insultos y voces, se disolvió el grupo, marchando cada cual por su lado.

Camilo tenía de éstas á cada paso, y sin embargo, no desmerecía en el concepto general en razón de su brutalidad; al contrario, tenía muchos adeptos, y si la mayoría de ellos conocía del pie que cojeaba, no por eso dejaban de estimarle, porque es lo que ellos decían: «Tiene un aquel y un atraitivo...»

¡Mayor disparate!...

Julián Deza, tan pronto como llegaron á sus oídos las noticias que corrían por el lugar, se fué á ver á D. Frutos con ánimo de enterarse y saber á ciencia cierta la verdad de lo ocurrido, y proponer, si venía á mano, lo más conveniente, porque tenía confianza para obrar así, porque siempre, como ya se ha dicho, fué tratado con franqueza y cariño por aquella familia.

D. Frutos no sabía nada, extrañándole que fuera cierto lo que Julián decía, cuando Carmen jamás había tenido secretos para él y no le había hablado de tal cosa.

—Pues esta vez, la pícara—díjole Julián—ha cambiado de modo de pensar, porque no hay duda en que el hecho es cierto; lo que puede ocurrir es que no le haya dado la importancia que á mi juicio tiene, y habrá tomado á broma ese asunto, para ella de grandísimo interés. Y si es cierto, como creo, que le ha desairado, ¿no cree usted que ha cometido una ligereza? A mí, desde luego puede usted creer que el mismísimo Preste Juan me parece poca cosa para merecer á Carmen; pero dadas las circunstancias... y teniendo en cuenta que el médico no es por ningún concepto despreciable, siento que no vengan á un arreglo con el que ambos habían de ir ganando mucho.

A D. Frutos se le desgarraba el corazón fibra á fibra á cada palabra de Deza, porque conocía al médico mejor que él, con todos los detalles de su humilde y descuidada educación, y presentía que en hombre de tan pocos alientos no se podían basar grandes esperanzas, y en una palabra, y sin querer ofenderle, porque valía su hija, pobre y todo, doscientas veces más que aquel medicucho que rodando rodando había ido á parar á Villatorcida sin otros positivos títulos que el que ostentaba de matasanos de aldea.

—¿Y cómo has sabido tú eso?—preguntó á

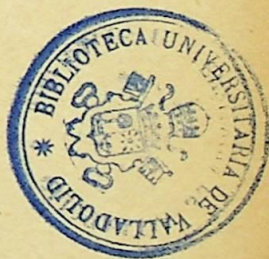
Deza, aturdido por el inesperado escopetazo que acababa de darle.

—Porque me lo han dicho todos; si no se habla de otra cosa...

—¿Y qué dicen?

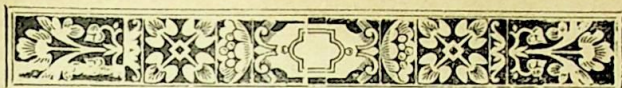
—Poco más ó menos, lo que acabo de decirle á usted. Esa es la opinión general, y francamente, yo tengo deseos de ver á Carmen para...

—No, no la veas, y sobre todo, no le hables de ese asunto de ninguna manera. Te lo prohíbo terminantemente. Si tú no has conocido el daño que la puedes originar, yo sí, que soy su padre y la conozco mejor que tú y sé lo que puede perjudicarla y ofenderla.









## XXII



Los más sabrosos y exquisitos manjares resultan insípidos y á veces repugnantes á un paladar vulgar, y también ocurre que el oído que no ha pasado de esta condición escuche con más atención una ronda de mozalbetes de aldea que la más delicada romanza. Todo es cuestión de mira, de punto de vista.

Deza y D. Frutos veían el asunto por muy distintos prismas. No hay que decir que tanto uno como otro deseaban lo mejor y más conveniente, y, sin embargo, mediaba un abismo entre los dos pareceres.

El de Julián Deza se basaba en la utilidad, porque no conocía otros móviles. El de D. Frutos campaba por los espacios ideales; tenía de sublime y grande toda la grandeza y sublimidad de los sen-

timientos y de las ideas de Carmen. Aquél, cuando vió á D. Frutos reconvenirle con ceño adusto, le tomó por un orgulloso, por una fortaleza soberbia que, al desmoronarse, producía mucho ruido y mucho polvo, polvo y ruido que se disiparían bien pronto en los espacios; pero le tuvo lástima y le perdonó de todo corazón aquel rasgo de altivez trasnochada, sintiendo haber puesto el dedo en una llaga que él no conocía.

En cambio D. Frutos tomó á Deza por la personificación de la más estúpida ignorancia, eco fiel de la ignorancia general; pero esto no fué obstáculo para que á él le causara muy profunda sensación.

Cuando se marchó Deza, fué desde la cocina, que era donde habían estado hablando, en busca de su hija, porque de pronto sintió un profundo malestar, recorriendo una por una todas las habitaciones del piso bajo, que eran las de uso ordinario, y Carmen no parecía por ninguna parte, ni las criadas tampoco, y por último se acostó, porque cada vez se sentía peor, en la idea de que Carmen no tardaría en volver.

Pero el malestar crecía, las ansias le devoraban y un frío intenso se apoderó de él.

—¡Carmen...—decía de vez en cuando.—Carmen... que me muero, hija mía... que me siento muy mal...

Carmen, que sabía que su padre quedaba en la cocina hablando con Deza, se fué con sus dos criadas á la ermita, á rezar un rato por su madre

y á distraer sus penas y á respirar á la caída de la tarde el viento perfumado de los frondosos sembrados que ya comenzaban á espigar con una lozanía y un vigor pocas veces conocidos, sintiendo en lo íntimo de su alma, después de muchos días de continuo penar, goces inefables. Porque la tarde era espléndida. Una de esas tardes del mes de Mayo en que la naturaleza se recrea y ufana con sus más primorosas galas, y cantan la alondra y la codorniz y se abren los pétalos de las florecillas y mil suertes de colores matizan los campos, y el viento se encalma y el sol adormece y el cielo ostenta un puro azul con arreboles sonrosados, y todo es armonía y luz y colores y vida y magnificencias.

Carmen dejó el camino ancho, llano y espacioso que conducía á la ermita y entró por los bosques de trigo, que no otra cosa eran aquellos campos tantas veces sedientos y agostados, y comenzó á cortar flores, ayudándola las criadas, que corrían como cabras monteses en dirección de la flor que veían más cerca, arrebatándosela la una á la otra y deshojándola y no haciendo cosa de provecho.

Teniendo que reconvenir las su ama para que no resultara estéril su propósito de hacer dos ramos para la Virgen bendita, como los hizo, muy grandes y muy bonitos, combinando amapolas, manzanilla, amarillas y espigas de trigo.

Al llegar ante la Virgen, que era su consuelo y su esperanza, besó los ramos de flores, los regó

con sus lágrimas y los colocó en el altar, pidiendo arrodillada ante la imagen sagrada el descanso venturoso y eterno para su madre amada y fortaleza y resignación para su padre. Para ella, nada. Lo que Dios quisiera concederle.

Cuando salió de la ermita se ocultaba el sol tras las lejanas cumbres que separan el Vierzo de Galicia, que, efecto de la distancia, más bien que molas gigantescas, semejabán gasas ondulantes de color plumizo ó densas nieblas que se confundían en las lejanías del horizonte con anchas fajas de nubes cárdenas y plateadas que daban al cuadro tonos y relieves admirables.

Aun cuando la ermita no estaba lejos, temió Carmen llegar de noche á casa é intimó á las criadas, que no se cansaban de correr, reir y alborotar, que apresurasen el paso, porque los mozos llegarían de un momento á otro, si no habían llegado ya, y había que darles de cenar y sacar pienso para el ganado, no contando con que su padre podía pasar mal rato no sabiendo dónde estaban á aquellas horas.

Lo primero que hizo al llegar á casa fué buscarle por todas partes, en la cocina, que fué donde le dejó hablando con Deza, en el comedor, en el despacho de la sala, para darle cuenta de su excursión; pero D. Frutos no parecía, con lo cual llegó á impacientarse primero y á llorar después cuando se convenció de que eran inútiles sus pesquisas, porque ni las vecinas, ni los mozos ni nadie le había visto. A los pocos momentos llegó

Deza y tampoco supo dar razón de él, puesto que le había dejado en la cocina cuando se marchó y no había vuelto hasta aquel momento; pero no comprendía que pudiese ocurrirle nada grave, como Carmen temía. Pero se dió á buscarle, volviendo á los pocos instantes á decirle que estaba acostado porque se había sentido algo malo.

Volo Carmen á la alcoba, limpiándose las lágrimas, y acercándose á la cabecera de la cama con solícito afán, preguntó á su padre qué era lo que sentía y si hacía mucho tiempo que se había acostado.

—Mucho, hija mía, mucho, un siglo... y solo, y viéndome morir de angustia, porque yo no sé que pueda haber nada peor que esto. Primero vómitos, frío y agonías mortales (cuidado cómo pisáis ahí, porque estará el suelo perdido), y ahora se me saltan las sienes y siento mucho calor y un dolor en este lado izquierdo que no me deja respirar. ¿Dónde te fuiste, hija mía, sin decirme nada?

—Á la ermita, papá, con las criadas, á hacer una visita á la Virgen Santísima. ¡Ya tanto tiempo que no la veía!... Pero debí avisártelo, ¿verdad? ¡Como te vi tan entretenido hablando con Deza, y pensaba volver en seguida!... ¿Por qué no has llamado? ¿No nos has sentido? ¡Buen susto me has dado!...

—¿Por qué, hija mía?

—Porque te hemos buscado y no parecías por ninguna parte...

—Ya pregunté por ti cuando me acosté. ¡Me sentía tan mal!... Pero después pasó aquello, y aunque no he estado bien, me parece que me quedé dormido, y quizá lo estuviera cuando tú llegaste.

—¿Avisamos al médico, papá? ¿No lo crees conveniente? Tú verás. Yo creo que debe avisársele.

—Sí. ¿Por qué no? Y cuanto antes, mejor. No me siento bien.

Á los pocos momentos estaba D. Darío á la cabecera de la cama, pulsando y cansando á preguntas al enfermo, para aconsejarle, por último, mucha quietud, algún caldo que otro, poca ó ninguna conversación, y hasta la mañana, que le vería temprano para recetar, si lo creía necesario.

Carmen no perdía una palabra ni un gesto del médico, y tal era el sobresalto en que la había puesto la inesperada enfermedad de su padre, que salió tras de aquél, cuando se despidió, preguntándole por su estado.

—No es muy satisfactorio que digamos—le contestó, sin atreverse á mirarla cara á cara.— Tiene bastante fiebre, y noto alguna irregularidad en la respiración. Esto, unido al dolorcillo que siente en el costado, me hace sospechar la presentación de la pulmonía; pero por ahora no puedo precisarlo.

—¡Ay, Dios mío! Según eso, mi papá está muy grave... ¡Una pulmonía!...—dijo Carmen alarmada.

— No se altere usted, Carmen; porque si no so-

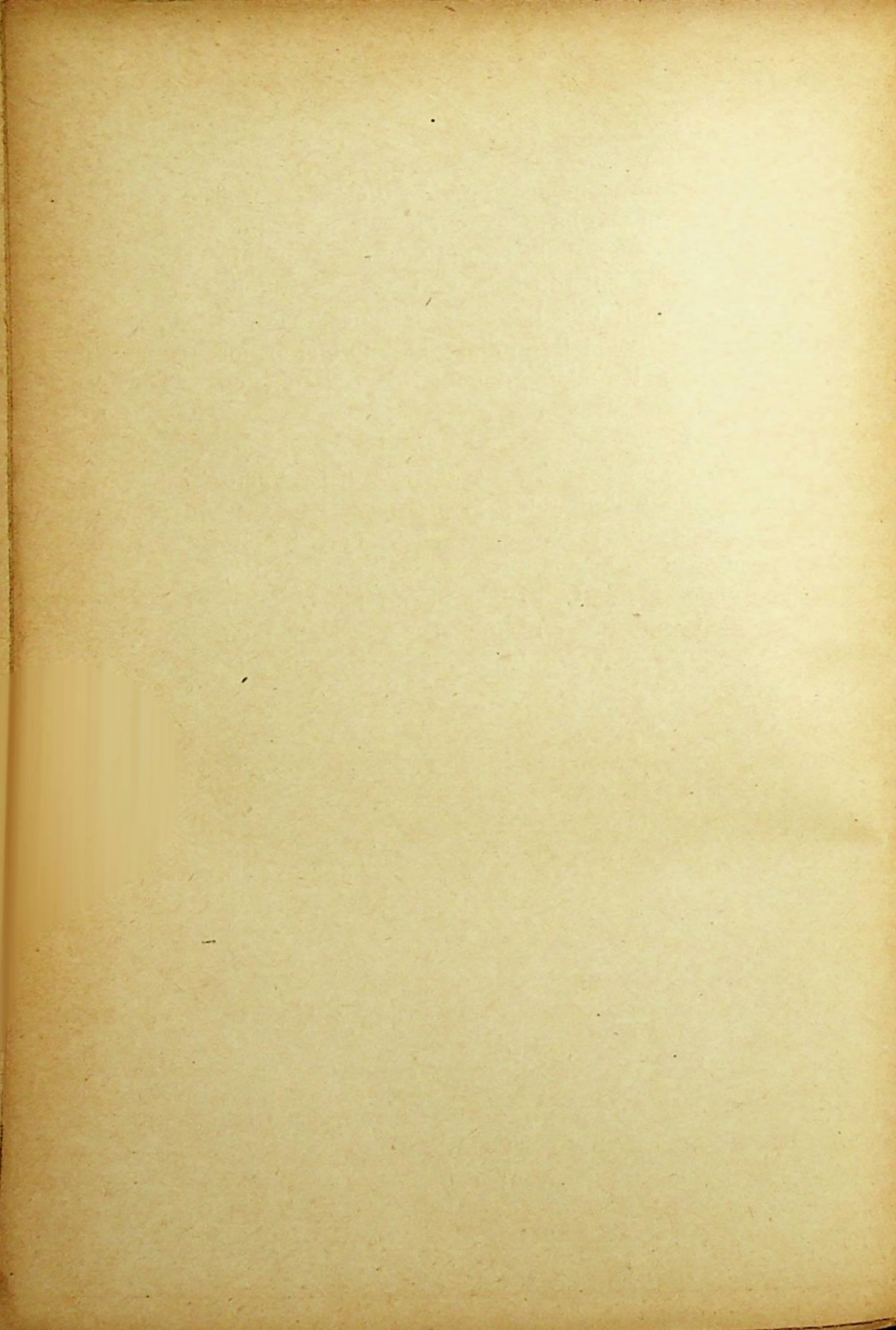
breviene otra complicación, la pulmonía por sí sola creo que no ha de comprometer la vida del enfermo. Además, tenemos muy estudiada y muy conocida esa enfermedad, y no abandonándola, es muy difícil una terminación funesta. Por el pronto, esté usted tranquila, y si notan el menor síntoma de alteración en el enfermo, avísenme en seguida.

Con lo que acababa de decirle el médico, Carmen quedó en un estado de relativa calma; pero temiendo el peligro y tras él la desgracia.

Deza se fué á cenar, poco satisfecho de las explicaciones del médico. No acertaba á explicarlo, pero veía algo en D. Frutos que no le agradaba. Por de pronto, las precauciones no estaban de más. Volvería en seguida á pasar la noche á la cabecera del enfermo.









## XXIII



UANDO volvió Deza, el enfermo estaba más inquieto y desasosegado.

Pidió agua y le alargó el vaso, que apuró con avidez, diciendo al devolverle en voz apenas perceptible:

—¡Me siento abrasar!... ¡Yo me quemó! ¡Qué infierno es éste, Dios mío!

Y echaba la ropa hacia atrás, quedándose descubierta de medio cuerpo arriba.

—Tápese usted, D. Frutos, tápese usted, que el frío puede perjudicarle—le decía Deza poniendo por obra el consejo.

—No, que me ahogo... Dejadme... Carmen... hija mía... ¿no me oyes?... Esos infames...

Y pretendía tirarse de la cama.

Carmen, con el brazo extendido, la mano apoyada en el respaldo trasero de aquélla y la mira-

da fija en su padre, parecía la estatua del dolor. En sus ojos, humedecidos por las lágrimas, expresión fiel de su pena, se adivinaba la ternura de su alma y la resignación de la mártir que caminaba al sacrificio con tranquilidad increíble.

—¡Coiro, coiro!—exclamaba Miguel, como hablando consigo mismo, cruzando los brazos y meneando la cabeza en medio de la sala contigua á la alcoba del enfermo, después de contemplar el cuadro que acabamos de describir.—El amo se muere... Y pa mí, le mata la tífis, porque tiene los labios torraus y deliria mucho... Pero si estaba ahogau, y si no es de esta enfermedad, se hubiá muerto de otra y pronto... Eso pa quien lo sabe como yo. Hace pal caso un año que no es vida la suya, y too por su hija, por la señorita Carmen... ¡Pobrecilla!... Y eso que de poco acá paece que no se hacían tantos mimos; pero ¿quererse?... Lo mesmo que siempre... más si á mano viene, ¿qué duda tiene eso? Yo, la verdá, había pensau pa mis adrentos que el amo acababa por golverse loco; pero ¡miá por dónde se nos marcha! Porque es lo que él decía: «Pa vivir así, Miguel, y ver mañana ú otro día á mi hija en la neseidad y no poder remediársela, es mejor morirse». ¡Ya lo creo! ¡Tenía razón el amo!... Porque yo soy mu pobre y de pobre no salgo mas que me arrastren; pero ¡recoiro... unos señores como ellos!... Cuántas veces, hablando con los compañeros, me han contestau que semos de la mesma madera! ¡Naturalmente que semos; pero va mucha diferencia de un san-

to á una peana, y no hay deficultá en que sean de la misma madera ambas cosas!

No bien acabó Miguel de hacer este soliloquio, cuando el enfermo volvió á forcejear de nuevo y á decir en voz alta y descompasada:

—¡Ingratos!... ¡No puedo consentirlo!... ¡Es una expoliación!... ¡Carmen llora!... ¡Carmen se muere!.. ¿No lo véis?... ¿Y así y todo pretendéis el despojo, imbéciles? ¡Oh!... ¡me habéis maniatadol ¡Me habéis dejado indefenso! ¡Ah, perros!... ¡Con qué placer celebráis mi derrota y vuestro triunfo inicuo!... ¡Hija mía, esos lobos hambrientos se llevan en jirones tus vestidos!... ¿Los ves?... ¡Arrójalos de aquí á latigazos!...

Y golpeaba las ropas del lecho presa de horrible y letal delirio.

Volando mandó Deza á Miguel que fuese á llamar al médico, porque el estado de D. Frutos le infundía serios temores, y á pesar de lo avanzado de la hora, pues ya era bien corrida la medianoche, volando vino también el médico. Pulsó al enfermo, le miró la lengua, examinó detenidamente los residuos, volvió de nuevo á tomarle el pulso al propio tiempo que interrogaba á los que estaban á su cuidado, hizo un gesto de contrariedad en vista de los informes que le dieron, y por último, pidió á Carmen, que estaba en la misma actitud que conoce el lector, un tintero y un pedazo de papel blanco; se le dió esto, extendió la receta y dijo:

—Esto hace falta luego. ¡Qué lástima que no

tengamos botica en Villatorcida! Pero, en fin, qué le vamos á hacer; que vayan por ello á escape.

No bien acabó de decirlo, ya tenía Miguel el caballo á la puerta con una manta sobre el lomo. Tomó la receta y un canastillo que le dió uno de los criados con una botella dentro, metió ambas cosas en la alforja, echó ésta sobre la manta del caballo, montó en él de un brinco, y partió como una exhalación en busca de la salud de su amo á la capital del partido, distante como cosa de una legua.

Entre tanto al enfermo se le veía empeorar por instantes, y á falta de los que esperaban, le propinó el médico remedios caseros, que Carmen preparaba conforme con las instrucciones de aquél, aplicándolos ella misma. Pero viendo la ineficacia de ellos y la gravedad creciente de la enfermedad, dijo al médico:

—Yo me figuro que esto no va á tener remedio, D. Darío. Mi papá se muere... Pero yo deseo agotar todos los recursos, apelar á todos los medios conocidos, hacer, en una palabra, todo lo humanamente posible en obsequio suyo. Bien se me alcanza que usted hará cuanto sepa y pueda, y quizá más que otro alguno, pero es una satisfacción y un consuelo y hasta un deber mío lo que he pensado, que es avisar otros médicos, á los que usted crea mejores.

—Me parece bien—le contestó el médico;—ya pensaba yo también indicárselo á usted, porque la cosa va de mal en peor. La enfermedad es gra-

vísima y el estado del enfermo poco á propósito para resistirla. Esto no quiere decir que necesariamente haya de tener una terminación fatal, no; pero desde luego puedo decirle á usted que se trata de una pulmonía aguda complicada con fiebre tifoidea. Uno de los casos más comprometidos para la ciencia. Esto es lo que yo creo, sin perjuicio de lo que opinen mis compañeros, y quiera Dios que no vean en el enfermo tan alarmantes síntomas como yo veo. De modo que, si han de venir, cuanto antes, mejor.

El médico tenía completa seguridad en su pronóstico, si Dios no hacía un milagro, por lo que deseaba que á D. Frutos le vieran otros médicos, tanto como podría desearlo Carmen, aunque por bien distintos motivos. Esta, como es consiguiente, por propia tranquilidad, por satisfacer un anhelo justísimo y una remota esperanza. Aquél, por complacencia del amor propio, porque Carmen se apercibiera, siquiera remotamente, de sus méritos profesionales.

Avisaron á dos, los mejores del contorno, que llegaron al día siguiente á media mañana, y celebraron consulta con el de cabecera, á presencia de Julián Deza y de Carmen.

D. Darío principió á hablar, explicando la historia de la enfermedad un tanto premioso y aturdido; pero sin duda porque ésta no le daba campo para hacer un discurso en regla, se espació por los de la patología y terapéutica, haciendo de pe á pa una historia completa tanto de la pul-

monía como del tifus, explanando minuciosamente cuantos conocimientos había podido adquirir en libros de ambas enfermedades, y los medios, ineficaces en aquel caso, de combatirlas, concluyendo por pronosticar un desenlace funesto. Y para terminar, dijo:

—Ésta es mi humilde opinión, que lealmente expongo á la consideración de mis dignísimos compañeros, esperando de sus autorizados labios una franca manifestación de sus apreciaciones, para con ella ilustrar mi entendimiento, á fin de proceder con todo el tino posible patológica y terapéuticamente. He dicho.

Los compañeros expresaron las suyas con brevedad, conformándose con el diagnóstico y plan curativo, sin meterse en dibujos, rodeos ni rimbombancias, y menos ante personas legas en materias científicas.

Contra la creencia del médico, Carmen no estaba para fijarse en tonterías, y tanto peor para él si lo hubiera hecho.

Lo que hizo, tan pronto como terminaron de hablar, fué rogarles que le dijeran la verdad desnuda, por amarga que fuera, y aunque con rodeos y cortapisas le dieron á entender que D. Frutos se moría sin remedio, lo cual ocurrió al tercer día de caer enfermo.



## XXIV



A muerte de D. Frutos fué generalmente sentida en todo el país y con ella llegaron las alabanzas. Tarde recibió el premio de sus virtudes, pero no fué poco si logró merecerlo, que en esta vida miserable no se suele conceder antes lo que en buena justicia no se debe hasta el fin de ella.

Carmen fué la que quedó en la más triste orfandad y en una de esas situaciones que no son para descritas, porque sólo pasando por ellas se comprenden; si tratamos de narrarlas palidecen, pierden su natural vigor, se esteriliza entre los puntos de la pluma lo más esencial de ellas. Y lo mismo nos ocurre con los grandes aunque transitorios goces de la vida humana, que son las grandes penalidades y miserias que esta vida encierra. Lo más sublime de estos fondos del alma, de estas sensaciones profundas, tenemos que figu-

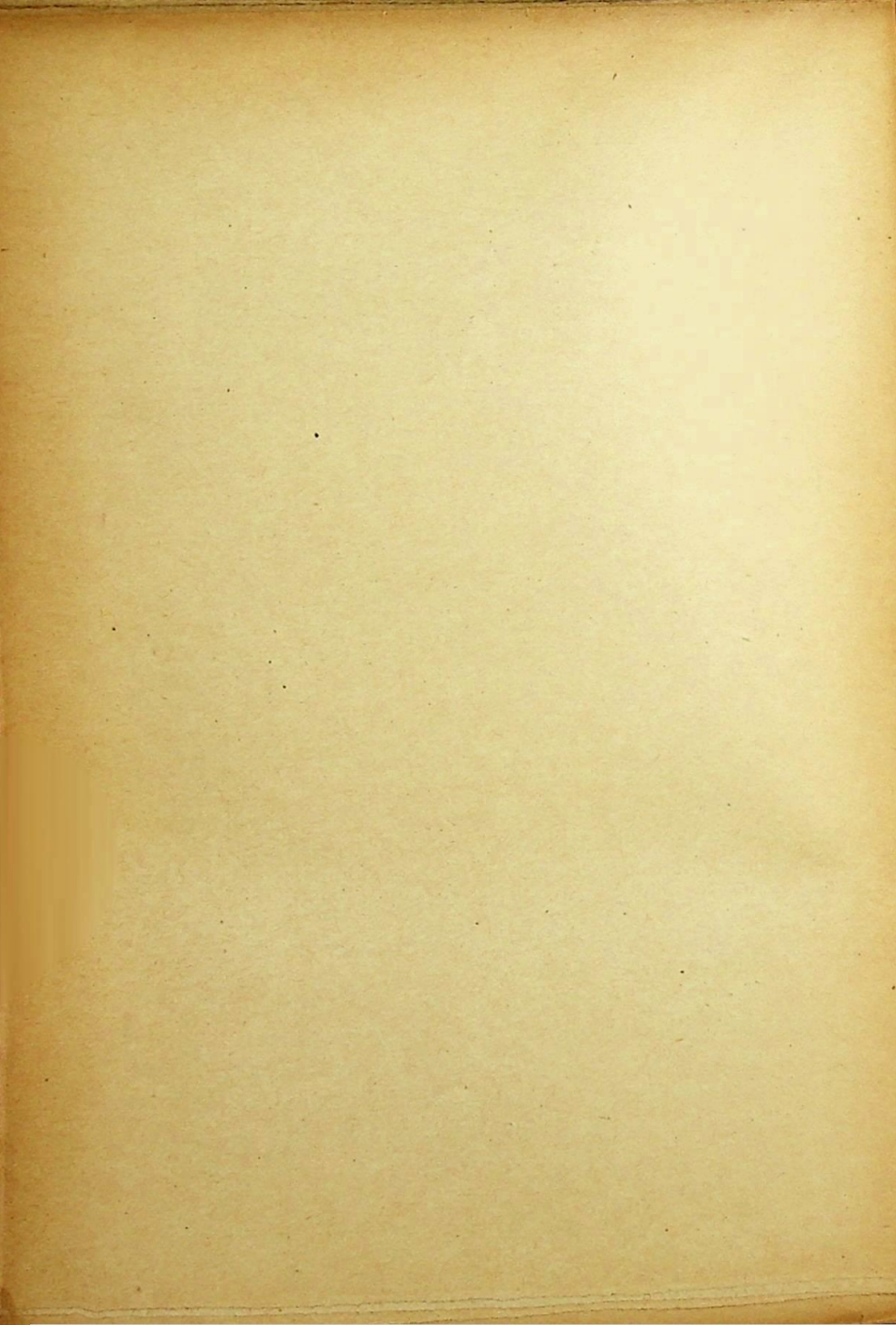


rárnoslos en nuestra imaginación en conformidad con nuestra manera de sentirlos.

El lector atento ya conoce á Carmen, ya sabe cómo se educó y los reveses que á cada momento ha sufrido; pues hágase cargo de cuál podía ser su situación á la muerte de su padre, y ésta será la más viva expresión que podemos dar á aquel tristísimo y sombrío cuadro, en el que sólo se destacaba en primer término una sola figura. Todas las demás, y en gran número, se perdían en los fondos oscuros de la lejana perspectiva. Amigos de la esfera social en que había vivido, tan solícitos el día de la desgracia para consolar y prometer como dispuestos á olvidar al siguiente sus promesas. Otros que no podían ofrecer más que atenciones baratas, ofrecimientos que no cuestan dinero y si á mano viene le producen. Unos pocos que sacrificarían, por lo menos en los primeros momentos, parte de su bienestar por prestar algún consuelo y alivio al que sufre, y... de buena gana dejaríamos en el tintero á los últimos, á esos desdichados que gozan con las ajenas desgracias, y que, si alguna vez consuelan, es porque ocultan cautelosamente su perversidad y ofrecen con aparente buen deseo lo que niegan resueltamente si se les pide. Estos son indignos de figurar en el cuadro que se describe, si no es para dar mayor realce á la figura de primera magnitud. Pero pasaron aquellos primeros días en que las gentes acompañaban á Carmen; mas ¡ay!... no se fueron con ellos los pesares.

Estos se aferraban más y más á su corazón cuanto más sola se encontraba. ¡Soledad horrible que ponía á prueba todas las energías de su espíritu! Soledad que le hacía recordar con abrumadora pena su niñez alegre, su juventud dichosa al lado de sus padres, rodeada de todas las comodidades apetecibles en un lugar como el suyo; mimada y querida de todos, admirada de muchos y deseada por los jóvenes más distinguidos de la comarca. Y colocada en el indeciso crepúsculo, mirando atrás, veía un día primaveral que se perdía en un horizonte lejano, con su sol esplendente, su cielo purísimo, sus arroyos cristalinos, sus campos lozanos, sus jardines floridos: día de músicas alegres, de melodías sublimes, de armonías inenarrables y de imponderables placeres... Mirando adelante, se oscurecía su mirada en una noche triste, tormentosa, preñada de horribles misterios... Y ya se creía envuelta en sus sombras siniestras y terroríficas, cruzando selvas, áridos desiertos y abismos insondables, hasta dar con su propia sepultura en medio del silencio y de la indiferencia universal. ¡Oh! ¡Qué imponente desconuelo! No. Esto no era posible; á este punto de sus cavilaciones no podía llegar sin retroceder aterrorizada.

Por último, renacía la calma en su atribulado espíritu, pidiendo á Dios y á sus propias fuerzas la energía necesaria para vencer sin sentir desfallecimiento, que es de almas pequeñas colmar fácilmente la medida de las penas.





## XXV



QUEDARON todos los asuntos de la casa, con la imprevista muerte de D. Frutos, en un estado de lamentable desorden, tanto por las muchas deudas que gravaban sobre el capital, como por el abandono en que tenía éste, efecto del natural disgusto, y como ni su mujer ni él pudieron testar, se encontraba la huérfana con dos abintestatos, nuevo inconveniente que venía á hacer más apurada y difícil la situación.

Claro está que Carmen no se había parado á reflexionar esto, ni podía sospechar que tuviera la menor importancia, hasta que un día, á los pocos de morir D. Frutos, le entregó el alguacil del juzgado una esquela cerrada que decía:

«Señora: Después de saludar á usted en compañía de las personas de su mayor agrado, paso á

decirla que por uno de los acreedores de su papá de usted (Q. E. P. D.) se acude á mi autoridad pa que proceda como mejor convenga en justicia, á fin de averiguar si su papá testó ú no testó, y en este último caso, prevenir las sustracciones ú ocultaciones que puedan sobrevenir al capital hasta hacerle el efectivo pago; y como pa todo esto yo tengo que personarme en su casa de usted, entrar en todas las averiguaciones impertinentes del caso, y por último, ordenar que todos los bienes pasen á poder de su ameenistrador, porque todo esto dispone la ley, sigún dice el secretario, me veo en el compromiso, como juez de paz, de hacerlo mañana mismo; pero no he querido darla este escopetazo sin avisarla y enterarla de todo pa que sepa á qué atenerse y no reciba un disgusto cuando me vea ordenar y mandar lo que no haría nunca si no fuera obligado por la vestidura del cargo que represento, gracias á los empeños de su papá de usted, que eran muchos. Yo siento, señorita, verme en esta obligación y por eso doy este paso suterráneamente, rogándole que rompa esta esquela tan pronto como la haiga leído y se dé por enterada de su contenido por lo que pueda tronar, porque en estos casos delicaos hay que andar con pies de plomo, que no es cosa de que por hacer un favor se reciba un prejuicio. Con este miedo no he creído conveniente personarme yo mismo en su casa por no dar que sospechar al vecindario. Y con esto no canso más, y si como autoridad estoy maniatau, como hombre puede

mandar á su voluntá á este su fiel servidor, que lo es: El juez de paz, ATANASIO RODRÍGUEZ.»

No comprendía Carmen el motivo ni la razón que obligaba á la autoridad á tomar determinación tan fuerte, ni había oído ni visto jamás ni se imaginaba siquiera que en las casas pacíficas y honradas fuera necesaria tal intervención, lo cual la alarmó mucho, porque al contemplarse sola y desamparada, resignada á soportar las irreparables pérdidas sufridas y las de sus haciendas, que ya daba por perdidas también, cruzó por su imaginación la idea de perder la tranquilidad, el apacible sosiego, la calma bienhechora que poco á poco iba endulzando sus penas, viéndose quizá arrojada de su propia casa por un mandato judicial, idea que jamás había cruzado por su mente. ¿Cómo podía creer ella que las deudas contraídas por su padre pudieran tener tanto alcance, ni menos que los despiadados acreedores habían de arrojarla de su casa, la casa solariega, vinculada en la familia desde su fundación, en la que había nacido ella y todos sus paternos ascendientes, en la que le enseñaron sus padres con amor y ternura á balbucir la primera palabra, á rezar las primeras cristianas oraciones, donde había corrido jugueteando de niña y donde aprendió á ser mujer, donde se mantenían vivos todos sus recuerdos, sus ilusiones, sus esperanzas perdidas, pero enterradas allí y conservadas al santo fuego del hogar; donde conservaba aún recuerdos materiales de su niñez y de su juventud grabados

en los muros, en las habitaciones, en los rincones todos; donde á cualquier parte que volviera la vista veía algo suyo, tan suyo como su alma, si es que su alma no se difundía y formaba parte de todo aquello? ¡Oh! Esta idea, triste como el pensamiento del náufrago, la descorazonaba, la mataba, la enloquecía.

Todo lo había perdido ya; pero aún conservaba santas reliquias que guardaba con amor. Perder éstas, valía tanto como perder la vida entre congojas.

Por otra parte, pensaba la pobre en que tal hipótesis no cabía en cabeza humana, en que no podía menos de ser una locura, en que era imposible perderlo todo, absolutamente todo, y verse en la calle, en el arroyo...

Esto era demasiado, hasta absurdo, increíble.

No podía tener tanto alcance aquel aviso que la hacía el representante de la justicia. Pero al fin... ¿qué sabía ella?

Con objeto de cerciorarse y conocer á fondo la verdad, se acordó de la única persona que podía orientarla en aquel mar de mortales dudas, del amigo Julián Deza, y mandó á llamarle inmediatamente.

Tan pronto como llegó, y sin darle lugar á que se sentara, le alargó la esquila del juez, que leyó con marcadas muestras de extrañeza.

—Vamos á ver—le dijo Carmen tan pronto como le vió terminarla,—¿qué opinas de esto? porque á mí me parece que es muy grave.

—Sí—contestó aquél,—y sobre todo muy duro. ¡No parece sino que no tienes con qué pagarles! ¡Cochinos!... En fin... no tiene remedio, y si se empeñan en ello, te darán disgustos, porque esto implica, á más de una desconfianza inusitada y salvaje, gastos y pérdidas para tí de gran consideración.

—¿Y qué he de hacer?— le contestó Carmen mirándole atentamente, como si de él esperase algún rayo de luz que alumbrara las tinieblas de su espíritu atribulado.

—Lo primero, guardar en lugar seguro cuanto puedas recoger en dinero, alhajas, muebles de valor, etc., porque aun cuando yo creo que en fincas y efectos de labranza ha de haber de sobra para pagar á todo el mundo, bien pudiera ocurrir lo contrario, y en ese caso, eso más perdías, y más vale que lo pierdan ellos que tú.

—¡Ah! No, de ninguna manera, Julián. Antes mil veces la miseria que ocultar lo que legalmente no me pertenezca. Yo deseaba saber si podía salvar algo después de pagar religiosamente todas las deudas; si aún podía contar con esta casa para albergue y con estos santos recuerdos que hay en ella por consuelo: mas si todo esto no bastara, ahí están mis ropas, mis propias joyas, todo. Hacer lo contrario sería ofender la santa memoria de mis padres y mi honrado nombre.

—Pues en ese caso, Carmen—repuso Deza con visibles muestras de contrariedad—no hay más que abrir las puertas y dejar obrar á la justicia,



porque yo no puedo decirte ahora, sin examinar detenidamente la documentación, hasta dónde puede alcanzar la responsabilidad. Y para esto ya no hay tiempo, y aun cuando le hubiera, no se podría precisar con exactitud ni con aproximación siquiera, porque depende, en gran parte, del valor de las fincas que, por desgracia, en años y casos como éste suele ser muy escaso.

—Pues que sea lo que Dios quiera—decía Carmen limpiándose las lágrimas que en abundancia brotaban de sus ojos enrojecidos por el llanto.— Ahí lo tienen todo; pero te pido por favor que vengas por aquí y presencias todas las operaciones, porque yo no cuento con fuerzas para tanto. ¿No me han de dejar, Julián, un rincón en esta casa para llorar? Es el único recurso que me queda en el mundo; supongo que no han de negármele también.

—Por Dios, Carmen, tranquilízate. Yo vendré y lo presenciare todo, tomaré tus asuntos como cosa propia, y ya verás cómo se arregla de manera que te quede por lo menos bastante para ir viviendo. ¡No faltaba más! Dios aprieta, pero no ahoga.

—Y siendo así, ¿á qué esas operaciones judiciales tan enojosas y deprimentes? ¿A qué esa intervención en todos mis bienes para ponerlos á cubierto de una sustracción, como dice el juez? ¡Dios mío, qué ley tan inicua, que coloca al mismo nivel al malvado y hombre de bien!

—Tú, ahora, Carmen, todo lo ves por el lado

odioso, y no me extraña; pero si te fijas, comprenderás la justicia del procedimiento, y sobre todo la necesidad de emplearle. Las leyes son iguales para todos (por lo menos ése es su espíritu) y no pueden ser de otra manera; la diferencia está en las personas, y ésta han de establecerla las personas mismas, las honradas y buenas haciendo lo que tú propones, y las que no lo son buscando subterfugios y rodeos, que siempre suele haberlos para burlar la ley y la justicia. Precisamente ese proceder tuyo, que, si he de serte franco, me pareció, por el pronto, demasiado escrupuloso, patentiza la nobleza de tu alma y la honradez de tus propósitos. ¡En este apuro quisiera yo ver á muchos que blasonan de honrados! Al fin, procuraremos evitar que esto suceda, y al efecto se me ocurre una idea. Tú dices que estás dispuesta á pagar á todo el mundo, ¿no es eso? ¿Que quieres, por decirlo así, hacer liquidación general de todos tus bienes?

—Sí, Julián, eso es lo que deseo, y si me queda algo, con ello viviré como Dios me dé á entender; pero sabré que es mío y que no debo nada á nadie, y por este lado tendré tranquilidad y sosiego, que es lo que me falta ahora.

—Pues en ese caso voy á hablar yo mismo con el juez y á rogarle que suspenda todo procedimiento, y mañana mismo yo me encargo de comunicar á todos los acreedores el acuerdo para que se presenten á recibir el importe de sus créditos respectivos. Y si después de intentar esto particular-

mente no me diera el resultado que se desea, consultaría al juez de primera instancia lo que se había de hacer, y de una manera ó de otra, confía en que ha de terminarse pronto este enojoso asunto.

Y se terminó efectivamente, pero ¿cómo? Justipreciando los frutos pendientes y dando un valor á las fincas verdaderamente escandaloso por lo ínfimo.

De otra manera no había avenencia posible.

Algunos acreedores poco escrupulosos se quedaban con ellas por la tasación; otras muchas se vendían para pagar á los que deseaban cobrar en metálico sus créditos. ¡Buena ganga le cayó con esto á Barriguera! La mayor parte de las fincas él las compró.

¡Daba vergüenza conocer el precio! Pero era lo que él decía: «Si las había de comprar otro, mejor era que quedaran en manos conocidas y del mismo lugar».

Reventaba de orgullo al verse dueño de la mejor parte de la heredad de D. Frutos. Jamás había soñado satisfacción semejante en medio de sus groseras ambiciones.

A la huérfana le quedó la casa con todo el ajuar, algunas viñas y unas pocas tierras de las peores, con lo cual quedó relativamente tranquila, que bien puede proporcionar un poco de tranquilidad el verse libre de la fiera ambición de algunos hombres.

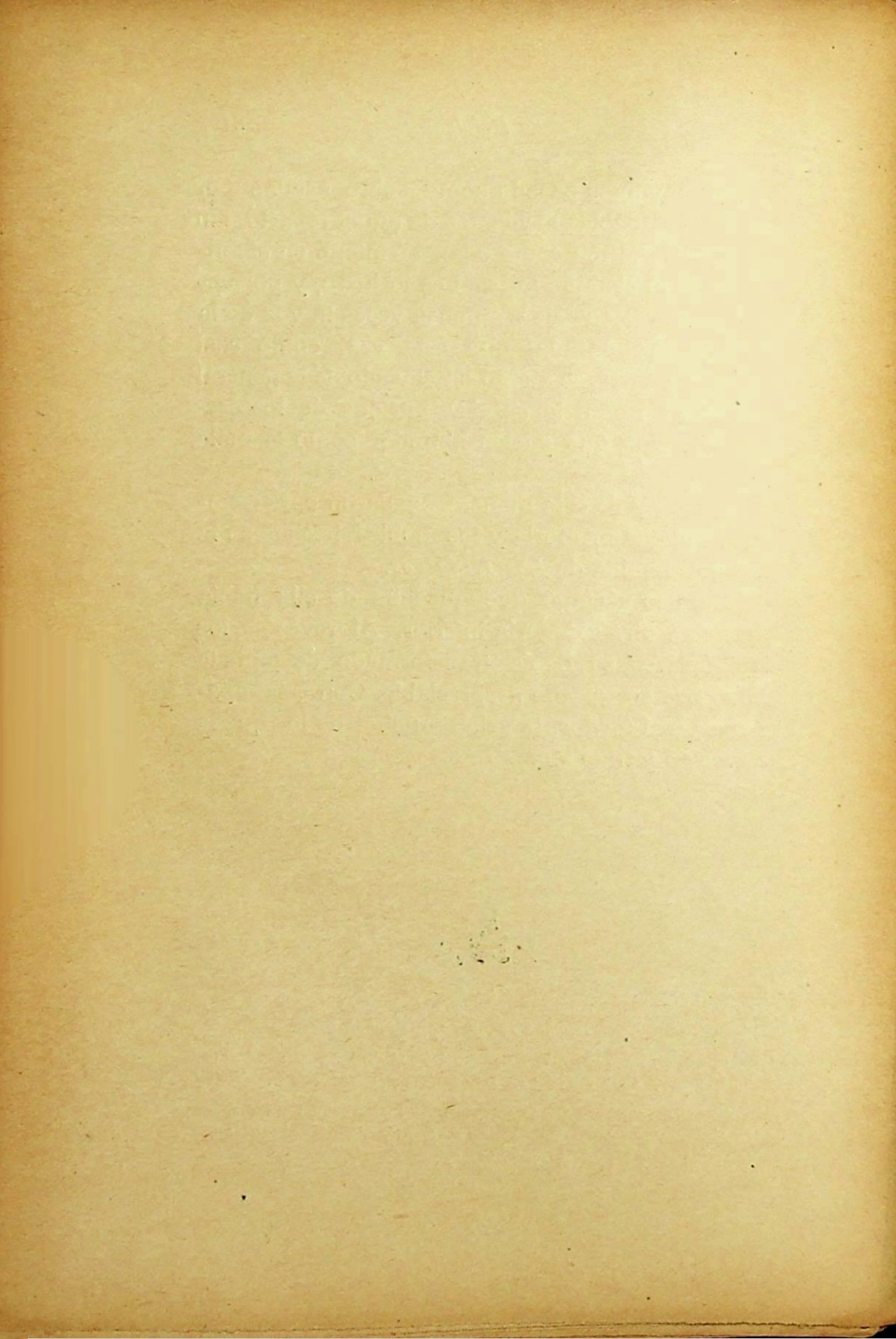
Seguramente nos agradecerá el honrado lector

el que hayamos pasado como sobre ascuas por los desagradables incidentes de aquel reparto, tan legal en la forma como odioso é inicuo en el fondo, que no siempre lo legal es lo justo, y por encima de la ley se alza muchas veces la voz de la conciencia honrada, que esta vez, como casi siempre ocurre, se ahogó en el vacío de la general indiferencia ó en la sonrisa burlona de los des preocupados, que suelen abundar como la mala yerba.

Y aquí, y de esta manera, acabaron para siempre la buena memoria y los nobles hechos de la antigua familia de *Los Hidalgos*.

El único vástago que quedaba de ella había pasado á otra categoría inferior. Al revés de los lepidópteros, se había transformado de pintada mariposa en gusano despreciable. Con estas apariencias, al menos, la veían muchos de los que la conocían y trataban.







## XXVI



OTRO asunto quedaba por ventilar y resolver en la casa de Los Hidalgos, que aunque de escasa importancia en la apariencia, no dejaba de ser penoso y delicado, por lo que Carmen lo iba alargando todo lo posible hasta que las circunstancias impusieran una franca y decisiva resolución, la cual fué tomada por quien debía tomarla, á falta de la persona principalmente interesada.

Ya no podía Miguel soportar en silencio un gravamen que los demás compañeros veían como la cosa más natural, por lo que se decidió, á pesar del mal rato que le esperaba, á decir á su ama con entera franqueza que ya muchos días los criados, él inclusive, nó hacían cosa de provecho, y que, á su entender, estaban comiendo un pan que no ganaban.

—Porque mire usted, señorita,—le dijo,—las cosas claras: si yo comprendiese que los compañeros llevaban un punto de razón, no diría esta boca es mía, porque, en que digan que soy un zalamero lamberón, entoavía no ha llegau el día en que me tilden con el dedo pa echarme en cara cosa ninguna, y menos por meterme en camisa de once varas, como dijo el otro. Pero si veo en concencia que una cosa está mal hecha, reviento si callo, ¡recoiro! porque ésa es mi obligación.

—¿Pues qué dicen los demás, Miguel?—le preguntó Carmen, vivamente interesada en saberlo.

—Lo que no pué icirse en justicia, señorita; porque la ven á usted ahogada por las penas, y entuavía tiran de la cuerda, ¡recoiro! Esto mesmo es lo que me ha obligau á dar este paso, porque no sé qué me da oirles hablar asín, y porque comprendo que esto ya debía usted haberlo hecho antes y no tenía yo nesecidá de verme en este caso; aunque si he de decir la verdá, tanto se me da por ellos como por el mundo entero cuando las cosas no marchan por el camino reuto, poque no se pué resistir sin perder la pacencia que se estén con los brazos cruzaus todo el santo día de Dios, y encima digan que tiene usted la obligación de mantenerlés y pagarles hasta que entremos en el verano, que ése es el ajuste, y que tiene usted que cumplirlo. Y que si no tiene usted dinero, que lo busque... y lo que me callo, porque... vergüenza da decirlo. Vamos, ¿le paece á usted la cosa fina, ¡rec iro! Y déles usted, ó su papá, que pal caso es



lo mismo, pa matar el hambre tal año á la familia, que si no es por ustedes andarían y andaríamos como otros infelices han andau y andan, si no les ha consumido la miseria, de puerta en puerta hechos unos méndigos de la caridá. ¿Hace esto güenas tripas, señorita?

—No, Miguel, no las hace, y francamente, me extraña que tan mal se porten conmigo. No esperaba yo eso... En fin, díles que por consideraciones que no merecen no les despedía el mismo día que dejé de necesitarles, y que ya me había propuesto tenerles en mi casa hasta el verano; pero, una vez conocidas sus pobres intenciones, esta noche misma recibirán la cuenta. Tú... estarás aquí los pocos días que restan hasta comenzar las labores de verano. Después... tomas la determinación que te convenga, Miguel, porque en mi casa ya comprenderás que no puedes continuar.

Carmen se sentía vivamente emoeionada y Miguel rompió á llorar como un niño, exclamando entre hipos y pucheros:

—Yo no sé qué motivos tendrá usted pa despedirme, señorita Carmen, porque si son respetive á faltas de cariño, ¡recoiro! bien sabe Dios y tol mundo cómo la he querido y la quiero, que no porque me vaiga de esta casa he de guardarla rencor, eso nunca, y el coiro me lleve si no salgo de ella atragantau. Ahora, si son de otro carácter, güeno sería que usted los manifestase pa saber en qué había podiu delinquir, porque semos tan zoquetes, señorita, que á lo mejor acometemos



una barbaridá ú cosa por el estilo sin conocer lo que hacemos ni...

—No, Miguel, no, si no es eso—le dijo Carmen limpiándose las lágrimas,—ni tú debías suponerlo tampoco. ¿Pues no comprendes que en la situación que me encuentro no puedo tener más que un solo criado, y ése de bastante menos soldada que tú puedas ganar?

—¡Ah, recoiro! ¿Y ésa es la causa que motiva el que yo me vaiga de esta casa? ¿Y por una cosa tan desinificante había yo de golverla la espalda? Vamos, ya veo que no conoce usté á Miguel el mayoral, señorita Carmen, porque si le conociera no le clavara tan certero puñal en metá de las entrañas...

—Te conozco demasiado, Miguel, pero no quiero ni puedo consentir que pierdas el pan de tus hijos.

—Poco ú mucho, con lo que usté pueda darme se conformarán, señorita, á cambio de lo que tienen recibido de más, y por poco que sea habrá bastante, que tamién ellos son agradecidos y engordan con un güen querer, y el que yo la tengo á usté no me permite abaldonarla por nada del mundo, y sepa usté que yo lo mesmo soy pa un barrido que pa un fregau, y si no hay más que sopas, con sopas me conformo, y en lo tocante al arreglo de la labranza, déjela usted de mi cuenta, que el que tuvo á su cargo ocho pares de mulas que no rodaban mejores en toa Tierra de Campos, no ha de ser manco pal arreglo de uno solo.

—En cuanto á eso—replicó Carmen—no abri-

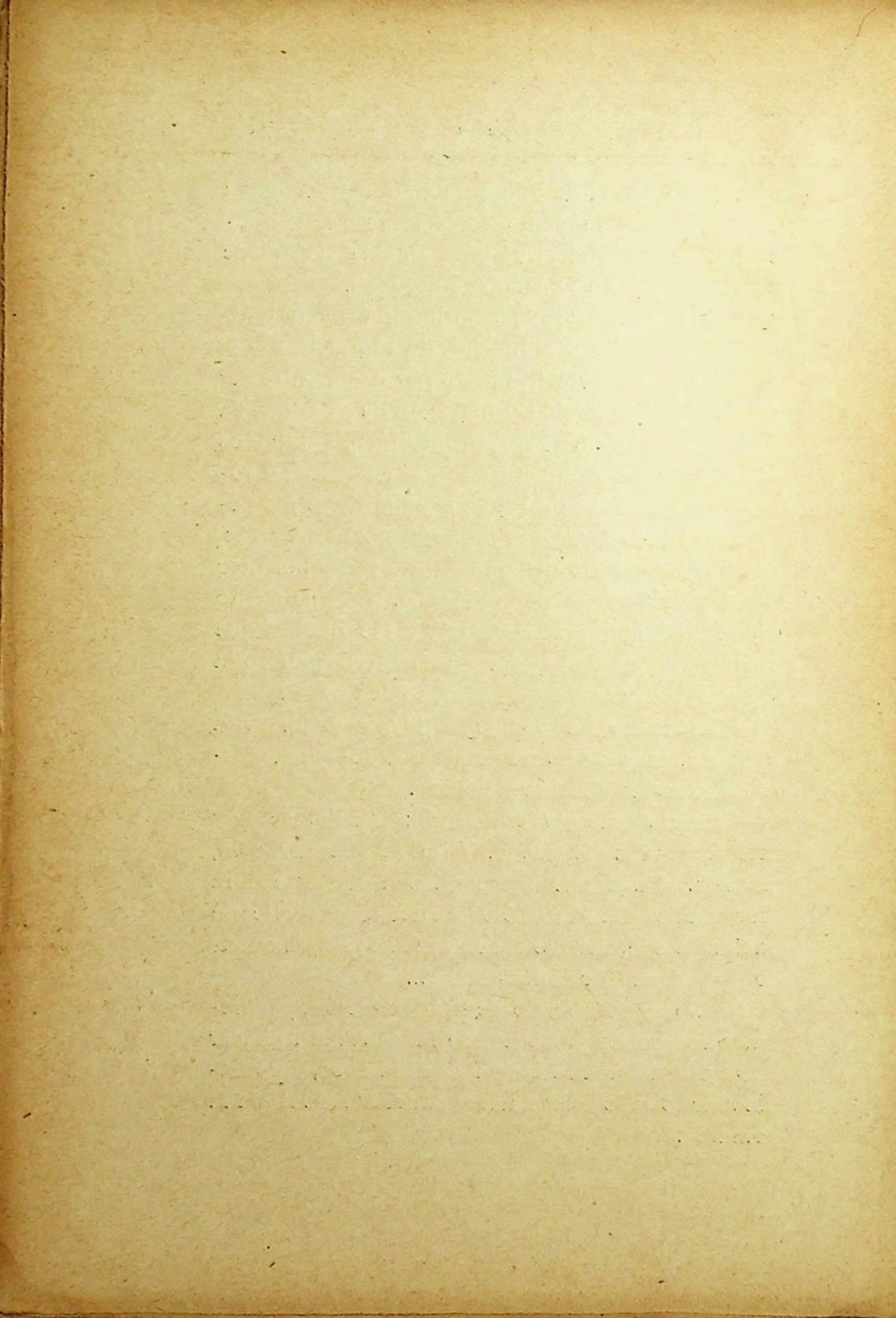
go la menor duda de que cumplirás con tu deber; pero por lo mismo siento doblemente que te quedes, porque el que sirve para alcalde no puede aceptar con gusto el cargo de alguacil.

—Según y conforme, señorita, porque hay alcaldes de alcaldes y alguaciles de alguaciles, y si á mí me dieran á elegir, pongo por caso, entre ser alcalde de Villatorcida y alguacil de la audiencia de Vallaulí, vería usted qué pronto me plantaba los galones doraus y el sombrero de tres picos, y sobre todo, que ése es mi gusto, y más que me pedriquen frailes descalzos no he de gol verme atrás, intres que usted no disponga otra cosa por otro aquel que no sea el de la soldada. ¡Lo que siento es que no haigan aprovechau más las muchas que tengo recibidas y el sudor que he derramau en la casa pa que otros lo disfruten á poca costa!

—Eso no se ha podido evitar, y mejor sería olvidarlo, puesto que no tiene remedio—le contestó Carmen desfallecida y llorosa.

—Porque usted no ha querido; porque se cay usted á peazos de güena. Y no se pué ser asín, señorita. ¡Ah, ¡coiro! si trompiezan con este cura esos tunantes!... Pero tié usted razón, más vale no hablar de ello, porque el coiro me lleva á mí cuando doy en cavilar ciertas cosas...

Y salió refunfuñando de la habitación, y apretando los puños y meneando la cabeza al pensar á lo que quedaba reducida aquella casa, que había sido lo más respetada y poderosa de toda la comarca.





## XXVII



as; por desgracia, no fué ésta sola la que cayó y se deshizo, convirtiéndose en polvo. Otras muchas de arraigo y pujanza en el país corrieron la misma suerte; unas con tal estrépito y precipitación que estremecieron de espanto á los que lo presenciaron; otras, agrietándose poco á poco hasta que el tiempo, ayudado del poder infecundo y avasallador de los huracanes, dió con ellas en tierra sin hacer el más leve ruido, y aún quedan algunas en pie que, aunque en la apariencia están firmes y bien sostenidas, se puede dudar de su firmeza y solidez.

Lamentable y triste es, en verdad, esto, pero más lamentable y triste es aún el que esta catástrofe, sin ejemplo en nuestros tiempos, contara con poderosos entre los hombres más obligados

á mitigar sus desastrosos efectos. Esto sí que no tiene ejemplo, esto sí que pugna con todas las leyes del buen sentido, esto eriza los puntos de la pluma y nos hace estremecer horrorizados.

¿Y por qué en plena civilización, en el siglo XIX, en que la palabra filantropía está en todos los labios, se dió ese caso tan absurdo é inhumano? Porque existe una ley escrita con lágrimas en el código de las humanas necesidades, de tan amplia interpretación que ninguna otra ley positiva ha logrado derogar, ley de tan absurdo sentido moral, como armónica y concluyente en el terreno práctico de la vida económica.

.....

.....

En la época á que nos vamos refiriendo, ya iban regresando á los desiertos hogares las familias pobres, mermadas, andrajosas, cansadas de sufrir, pero con la esperanza de mejores días, porque el verano estaba tan próximo que ya se preparaban y aflaban á toda prisa las roñosas hoces para comenzar la siega, que prometía ser abundante y trabajosa. Las doradas y apiñadas espigas se encorvaban henchidas por el robusto grano, y unas á otras se sostenían en apretado haz, prometiendo abundante y sazonado fruto.

¿Quién al ver esto no diría que Castilla era una nueva Arcadia, y que el cuerno de la abundancia se había vaciado en sus fértiles campos, para ventura y regocijo de sus descontentadizos habitantes?

¡Ah! No les recriminemos porque no sientan intensas alegrías; no olvidemos el luctuoso pasado, cuyo recuerdo les estremecía, y veremos, reflexionando un poco, que aquellos fértiles campos eran un florido cementerio ó la tapa de oro de un gigantesco ataúd.

La Providencia concedió estos honores fúnebres al pueblo trabajador y laborioso. Al fin, un consuelo fué, y no pequeño, para los supervivientes y para algunos que no sufrieron los rigores del maldito año que quedaba atrás, el colmo de todas sus ambiciones.

Buena prueba de los últimos el señor Basilio García, que rehizo en él, con nuevos ingresos, los cuantiosos desembolsos que le originó la compra de gran número de fincas.

Camilo también cosechó bastante trigo y muchos disgustos, porque los padres de Celedonia no consentían que su hija se fuera de su lado, condición que no se acordaron de exponer en los contratos matrimoniales, ó la omitieron por creerla innecesaria; y Camilo, por consejo de su padre, y no teniendo más voluntad que la de éste, formó especial empeño en vivir en Villatorcida, no cediendo en su pretensión á pesar de las muchas personas que de una y otra parte mediaron en el asunto, con lo que, tras de grandes y continuos altercados y medianos tratamientos, Celedonia se fué á su lugar, hallando al lado de sus padres, que la recibieron con los brazos abiertos, un pacífico modo de vivir.

Á Barriguera le convenía que su hijo viviese con él por dos razones: la primera, porque le necesitaba; ya era viejo, y no podía con toda la carga de sus obligaciones; y la segunda, porque, á su lado, Camilo se iba haciendo respetar de sus convecinos y adquiriendo el nombre y arraigo de la casa de su padre, y como ésta, indiscutiblemente, era ya la primera del lugar, sentía gran satisfacción y orgullo Barriguera en vincular en su hijo tan importante feudo.

¿Qué hacía en el pueblo de su mujer? ¿Qué pito tocaba en él, habiendo una porción de capitales superiores al suyo y siendo advenedizo? Y suponiendo que tocara alguno, ¿podía su padre ver con calma que su nombre, que desde aquel punto sustituía al de una familia siempre respetada y querida en Villatorcida, se desvaneciera en el momento de nacer? No; esto era preciso sustentarlo á toda costa; era la segunda parte de su obra de toda la vida, y no podía consentir que se perdiera por lo que él consideraba una locura. Y como los padres de Celédonia querían mucho á su hija y no tenían otro espejo en que mirarse, les era muy duro desprenderse de ella, con tanto más motivo cuanto que, si la cuestión era provocada por intereses, tenía aún más su hija que su yerno; por lo tanto, este punto quedó por resolver, y entretanto el matrimonio en deplorable y lastimoso estado.



## XXVIII



El hombre que no posee suficiente fuerza de voluntad para domar y vencer sus buenas ó malas inclinaciones, no es un hombre completo.

Si se deja dominar y arrastrar por las malas, no hay por qué demostrar que se convierte en negación de sí mismo, sino afirma con entera verdad que es peor que los brutos, porque éstos satisfacen sus apetitos con la ordenada moderación que en su naturaleza imprime su instinto. Pero sin las buenas, si se estrellan contra invencibles obstáculos, ó deprimen nuestro amor propio, ó menoscaban y ofenden nuestra delicadeza, deben ser ahogadas con dignidad, aun cuando sintamos alguna mortificación, porque es peor alcanzar lo que se desea á costa de lo que se pierde, que abandonar desde luego el campo, sacrificando el deseo.



Pero no todos los hombres participan de esta opinión, y la siguen porque la debilidad caracteriza nuestra deleznable naturaleza. De aquí que el vencerse á sí mismo sea uno de los principales méritos del hombre, y de aquí también que haya pocos que lo alcancen.

Decimos esto, no con ánimo de enseñar al lector algo nuevo; sería pretensión ridícula y fuera de ocasión, sino con el de presentarle y darle á conocer, si es que no le ha conocido antes, el flaco del médico de Villatorcida, su constante anhelo, su pasión vehemente, su deseo de alcanzar el cariño de La Hidalga, que ya rayaba en delirio, porque cuanto más tiempo pasaba más se acentuaba en él la idea de conseguirlo, si no había de convertirse la vida en un erial, como dice el inolvidable Becquer en una de sus rimas más celebradas.

La dificultad, ahora como antes, estribaba en el procedimiento, en la forma que había de emplear para no tocar un nuevo desengaño. Si hacía lo que la vez anterior, seguro estaba de su derrota; si le escribía una carta, que era como mejor podía explicar su deseo, tampoco esperaba el mejor resultado. Era ridículo escribir pudiendo hablar, y menos él, que ya había hablado claro y cara á cara. ¿Y qué hacer? Valerse de un tercero tenía tanto de bueno como de malo, porque se necesitaba mucha confianza en él para no ir expuesto á una deslealtad; pero, de todos modos, entre lo malo esto era lo mejor. ¿Y á quién podía encargar se-

mejante embajada sin temor á que cometiera una torpeza que lo echara todo á perder? Hé aquí una nueva dificultad mayor si cabe que todas las demás. Y empantanado en ella el bueno de D. Darío, no se resolvía á nada y se veía abrasar por instantes en el fuego de un amor sin esperanzas.

Mas cuando menos se piensa suele ocurrirse un pensamiento feliz, una corazonada, y hete aquí que el médico la tuvo tan fuerte y oportuna que le hizo brincar de gozo.

—Julián Deza, hé aquí mi hombre bueno; ¿quién mejor que Julián?—exclamaba.—Pero ¿cómo no me he acordado yo antes de este hombre? Es persona muy formal, le trato con bastante confianza y es amigo de Carmen. ¿Quién mejor que él?...

Su primer impulso fué irse corriendo á casa de Julián, ó buscarle y espetarle su deseo donde le encontrase, porque ya le tenía rendido la duda; pero le detuvo el miedo de que pudieran verle, y esto era lo más fácil á las once de la mañana. ¿Y quién sabe si sospecharían lo que andaba haciendo?

Las gentes de los lugares pequeños suelen ser muy ladinas, y á veces hasta adivinan el pensamiento, y además, á aquella hora cualquiera podía oírles y... en fin, que lo dejaba para la noche.

No pudo dar el médico con más poderoso aliado para intentar aquel nuevo y decisivo asedio á la hasta entonces inexpugnable plaza; porque Deza desde luego requirió las armas y se aprestó

á la lucha con denuedo. Pero era preciso tomar grandes precauciones, para no caer en una emboscada ante enemigo tan hábil y poderoso. Mejor que el médico conocía él los puntos artillados de la plaza y las fuerzas que la guarnecían, por lo que ya procuraría examinar detenidamente el más débil y menos aspillero. Esto era cuenta suya.

Salió el médico de casa de Julián con alguna esperanza, y eso que no conocía el interés que éste tuvo siempre en aquel negocio, aunque algo le repugnaba volver á tratar de él después de lo que le había ocurrido. Pero ya no vivía D. Frutos, y además habían cambiado notablemente las circunstancias, por lo que se decidió, sin vacilaciones, á proponer á Carmen aquel remedio á su próxima y completa ruina. Porque era de temer que había de verse mal, muy mal y sin grandes esperanzas de que otro partido más ventajoso se acercara á su puerta para sacarla de apuros.

Entre tanto, ¿qué pensaba Carmen de su situación?

Lo que más la apenaba era recordar, y lo recordaba con harta frecuencia, que había perdido á sus padres en un abrir y cerrar de ojos, que poco antes había estado á su lado recibiendo sus caricias y sus tímidos, escuchando, embriagada de amor filial, las promesas de muchas cosas que no quería recordar, por demasiado lisonjeras. Y repasando en su memoria esta historia de amor, solía acordarse con alma angustiada de los seres

amados, y por una ilación lógica, este amor filial se dilataba y extendía, cambiando de dirección, pero sin rumbo fijo, por caminos ideales, trayendo á su memoria las rendidas promesas que en tiempos más felices le habían hecho tantos amorosos pechos como habían intentado poseerla.

Esto le dolía mucho, no porque al presente se le manifestara en forma tangible algún irrealizable deseo, ni porque anhelara poseer lo que antes había desdeñado, sino por la persuasión cruel y mortificante de que ya no hallaría jamás lo que fué siempre su sueño dorado, su ideal y su esperanza: un hombre como ella se lo imaginaba y creía merecerlo. Pero si antes no le halló entre tantos como intentaron poseerla, ¿qué podía esperar ahora, desprovista de atractivos que en la sociedad en que vivimos son para el más desinteresado de grandísima importancia?

Precisamente esta consideración la descorazonaba, presentándole con más vivos colores el cuadro de su pasado venturoso; y de aquí que su sufrimiento fuera mayor, considerando que, si antes podía elegir y esperar, ahora apremiaban las resoluciones, si por suerte había ocasión de tomarlas, no para satisfacer su amor, sino para alimento de su estómago, y no porque ella se creyera más insignificante, al contrario, su alma se había aquilatado en el dolor, se había purificado en el infortunio. Pero ¡oh desgracia! tenía que confesarse á sí propia una ruindad de su pensamiento. ¡Había venido á menos! Y este á menos,

esta negación de algo positivo en la vida material, trascendía sin poderlo remediar á su espíritu y se sentía encogida, apocada, reducida á términos más concretos, no por sentimiento propio, sino por involuntaria aspiración de un ambiente nuevo, desconocido para ella hasta entonces, pero que la invadía por todas partes como el torbellino á la débil mariposa. Pensando en esto se hallaba cuando llegó Deza á su casa en la mañana siguiente á la entrevista con el médico.

Le recibió distraída, casi sin darse cuenta de que le tenía en su presencia, á pesar de contestar á su saludo. ¡Tan embebida estaba en sus preocupaciones!

Conociólo éste y así se lo manifestó, aconsejándola al mismo tiempo otro género de vida más en armonía con su edad y con sus antiguas costumbres, si no quería perjudicar su salud.

—Tienes que ir dando al olvido las penas, ó al menos contener los ímpetus de la imaginación, que te arrastra á pensar siempre en lo mismo, en lo que es inútil que pienses; porque lo que no tiene remedio no debe preocuparnos. Mejor te será pensar en el porvenir, porque de él puedes esperar un alivio para tus males presentes, y quién sabe si una reparación completa de alguno de ellos?

—Precisamente por lo irremediable de mis desdichas son mis penas mayores, Julián, porque si aquellas tuvieran algún humano remedio, sólo c n procurarle se aliviarían éstas.

—Y si algunas no solamente pueden aliviarse

sino remediarse, ¿no será locura perder la ocasión de lograrlo?

—Si eso puede ser y tú conoces el medio de conseguirlo, no he de ser yo tan tonta que no le acepte.

—Pues en ese caso, y viéndote con tan buenas disposiciones, voy á proponértelo, en la seguridad de que á mí me parece aceptable, aunque en otra ocasión le desechaste. Pero las circunstancias han cambiado, y quizá lo que entonces te pareció una locura, hoy no te lo parezca, y en último término, nada pierdes con escuchar mi proposición, cuyos móviles te deben ser bien conocidos. ¿Que no te agrada? No la aceptes; pero bien pudiera ocurrir lo contrario, y en este caso yo no me perdonaría nunca mi falta de franqueza.

—Presiento lo que vas á decirme; es más, estoy segura de acertarlo: que me case con el médico, ¿no es eso?

—Tú lo has dicho.

— ¡Dios mío, qué calvario tan penoso me espera! ¡Ay, Julián, tú no puedes comprender esto, tú no puedes saber lo que yo tengo aquí dentro— y se golpeaba el pecho con las manos,—y esto me dice que yo no puedo ser feliz con ese hombre! Poco le he tratado, pero ¿qué importa? El corazón no se engaña, Julián. Si me dices que me conviene casarme y que no estoy en ocasión de elegir marido á mi gusto, vamos conformes. Si añades que él tiene una posición con la que podemos vivir, estás en lo cierto; pero si preten-

des que yo le quiera, imposible, ¡si me es antipático!... ¡Si es lo único que me faltaba para que mi desgracia fuera completa! Muchas veces he pensado en meterme en un convento, y sólo con pensarlo me horripilo; eso, menos; me moriría al día siguiente, porque no tengo vocación, y esas cosas jamás deben hacerse por granjería. Seguir así es punto menos que imposible, lo sé, porque no tengo bienes bastantes para cubrir mis más apremiantes necesidades. Luego no me queda otro camino. Luego he de sacrificar mi amor. ¿Qué digo mi amor? mi vida, las facultades de mi alma, mi ser entero, á un brutal capricho de la suerte... ¡Dios mío, cómo podía yo suponer hace unos cuantos meses que hoy había de encontrarme en semejante situación! ¡Me da miedo de pensarlo, Julián! Tú no sabes lo que es esto, y francamente, yo tampoco me lo imaginaba. Ahora, y solamente ahora que lo veo y lo palpo, lo comprendo. Yo, que lloraba, que sufría como si me arrancaran las uñas una á una al ver que mi pobre padre se preocupaba tanto con la pérdida de su hacienda, cuando yo creía que todos sus sentidos y potencias debían estar puestos en la santa memoria de mi madre; yo, que suponía que todas aquellas ocupaciones borran de su mente recuerdo tan querido, he caído en idéntico pecado, Julián; ya lo estás viendo; ya ves cómo los negocios del mundo me sorben el seso y me roban el tiempo que debía emplear en llorarles y bendecirles; ya ves cómo doy preferencia á lo mundano en daño



de lo divino; ya ves cómo me preocupo de mi situación, cuando jamás pensé en ella, y ya ves, por último, cómo soy capaz de aceptar la pesada cruz que me ofreces á cambio de aliviarme del peso de otra cruz, de la estrechez y la miseria, que si no es liviana para el que nació con ella acuestas, es insoportable para el que no está acostumbrado á llevarla. Y no es esto decir que yo no me conforme, que yo no me resigne; no hago más que elegir entre dos cosas malas la que creo menos mala.

—Pero si puede ser buena, Carmen.

—¡Ay, no, eso no puede ser!

—Si el médico te quiere y conoce tu valor y sabrá considerarte...

—Tampoco eso es cierto, Julián. El médico no me conoce, el médico no estima, en poco ni en mucho, mis prendas personales; buenas ó malas para él, es igual. No se ha parado siquiera á reflexionar esto, ni le creo capaz de entrar en tales profundidades.

—Pues entonces no comprendo su tenacidad...

—Pues es fácil de comprender. El médico me quiere porque cree ver en mí hechizos materiales, belleza física, hermosura... Lo que se pierde, lo que nada vale, lo que hastía y cansa y se desvanece.

—Según eso, le diré que no se moleste; que desista de su temeraria pretensión, porque veo que te propongo una nueva desdicha, y lo que yo deseo es tu felicidad, ya me conoces.



—Demasiado, Julián, y te agradezco mucho el interés que te tomas por mí.

—No pago con menos los muchos favores que debo á tu familia, Carmen. Entre otros, no sé si te referiría tu papá el grandísimo que me hizo en un apuro que me vi de recién casado.

—Sí, tengo idea de haberle oído hablar de un depósito de trigo que hiciste en los almacenes de no sé qué comerciante de aparente respetabilidad, y que te lo negó...

—¡Ah! Y no conforme con eso, me persiguió por calumniador y embustero porque le reclamé el depósito, sin otros datos, porque no los tenía ni se los exigí, fiado en su probada honradez, que mi palabra. Y no conforme con robarme á mansalva, me hizo gastar mucho dinero y me proporcionó grandísimos disgustos. Tu papá tomó como cosa propia el negocio, y con sus positivas influencias me libré de ir á la cárcel, y con su dinero, sin interés, pagadero á mi antojo, me fuí bandeando hasta que pude devolvérselo.

—Bueno, pero no hay por qué me refieras esas historias.

—Sí lo hay, para que sepas que te soy deudor y que no soy ingrato, y que sólo deseo tu bienestar, tanto por gratitud como por afecto, y por lo tanto, si tú crees que lo que te aconsejo, porque yo creo que te hago un beneficio, puede perjudicarte, libertad tienes para hacer lo que te convenga.

—Libertad dices... Yo no tengo libertad: si la

tuviera, desde luego renunciaba lo que me ofreciese. ¿Cómo había de aceptar con gusto semejante partido? Pero me veo privada de esa hermosa facultad del alma. Como el esclavo que obedece sumiso á su dueño y señor, me veo yo obligada á obedecer á eso que llaman conveniencias, y que á mi juicio no son más que el yugo que estúpidamente impone el mundo á los tontos y á los desgraciados. Esto sería muy largo de explicar, pero yo me entiendo. Yo sé que este miserable mundo, este compuesto heterogéneo de múltiples criaturas, inocentes y buenas unas, hipócritas y malvadas otras, unas sabias y otras ignorantes, se funde, por decirlo así, en una misma naturaleza, en un mismo pensamiento, para suministrar al débil todo género de torturas. Que esto pugna con la más sana moral, con el sentido común, hasta con el más torpe instinto, no ofrece duda. Que el hombre ha nacido para algo más elevado y noble, es indiscutible; pero hasta aquí llegamos, Julián, en medio de un siglo de progreso, aún no nos hemos desprendido de los andadores de la preocupación. ¡Oh, qué desgracia! Y yo me figuraba que me eran debidas, por mis prendas personales, las atenciones, las alabanzas y todo el repertorio de lisonjas con que el mísero mundo se propone engañar y seducir al fuerte. ¡Lamentable error, que procuraré patentizar con un ejemplo tomado de la naturaleza. Supongamos que miramos desde la alta cumbre al profundo abismo del valle. Desde arriba se ve lo de abajo como un

entretenimiento agradable á los ojos y á la imaginación, á la vez que se deleita el espíritu al tender la mirada por los amplios horizontes, limitados en las lejanías por la inmensa bóveda de los cielos. Desde allí todo lo vemos si la altura domina á las alturas, y colocados en el pico más alto, el mundo entero nos parece pequeño para pedestal de nuestra gloria, y nuestra posición es por todos admirada, como codiciado el lugar preferente que por nuestra dicha hemos alcanzado. Al contrario desde abajo: las grandes moles nos causan pesadumbre, el sol no alumbra, la tierra se encoge y el espíritu se acobarda. Pues bien, si es verdad que yo no me he visto jamás en el lugar más empinado de la cumbre, me vi siempre á buena altura; bajé precipitadamente la pendiente y me encuentro en el fondo oscuro del valle: ¿qué no haré para trepar un poquito más arriba? No tanto por encontrar más cómoda posición, como por librarme del contacto de los gusanillos del fondo que, aunque inocentes, clavan sus tentáculos, produciendo escozor irritante sin beneficio positivo para sus estómagos. Por eso te he dicho y te repito ahora, con toda la confianza que me inspiras, que me casaré con el médico. Tú te encargarás de decirle que no ha sido mal recibida su pretensión y que puede verse conmigo cuando guste.



## XXIX

**B**ARRIGUERA era gran madrugador; condición muy natural en el verdadero labrador, como éllo había sido hasta la edad de cuarenta años ó más, en que su desahogada posición le permitió el lujo de dejar el arado y las demás faenas de labranza para andar á viga derecha á la vista de los criados. Pero no por eso perdió su costumbre de abandonar la cama tan pronto como Dios amanecía, ó antes si el verano era trabajoso y de faena, como ocurrió en el del año 69, en que era preciso avisar á los mozos para que *echaran tres carros* hasta la hora de almorzar, con objeto de hacer trilla para el día. Los *tres carros* suponían tres viajes con cuatro carros cada uno. Para esto era preciso *enganchar* á las once de la noche para llegar con el último á las ocho de la mañana, si la trilla había de apar-

vase antes de ponerse el sol; y esto era indispensable si no quería ver las tierras cuajadas de *morenas* por todas partes, porque los segadores amontonaban bálago que era una bendición de Dios, y antes perdía él las uñas que contemplar semejante perdición. Así que él llamaba á los mozos para que *engancharan* y siempre estaba en la era cuando llegaban con el segundo viaje.

A gran distancia conocía el traqueteo de sus cuatro carros, que al entrar por el portillo de la era parecían cuatro soberbias pirámides de mies bamboleándose sobre ruedas que rechinaban y crujían debajo de aquellas moles gigantesas.

El carro delantero lo guiaba Camilo, que arrellanado en la mula del asiento, con la gran faja negra desdeñosamente envuelta á la cintura y algo caída sobre los cadriles, en mangas de camisa, chaleco desabrochado, sombrero blanco de grandes y abarquilladas alas, llevando en la mano izquierda los ramales y en la derecha una vara de fresno, delgada y flexible, que esgrimía y dejaba caer perezosamente sobre el lomo de las mulas, canturriaba entre dientes una canción del país á los compases y balanceos que imprimían al cuerpo, rendido de fatiga, los movimientos de las mulas.

Tan pronto como los carros se paraban en firme en el solar de la trilla, ya estaba el señor Basilio desatando las cuerdas que sujetaban la apretada mies para dirigirlas á la parte trasera, por donde habían de subir á hacer el descargue los cuatro

gañanes. Una vez arriba, él se encargaba de tirar á cada cual su horcón ó tornadera, sudando la gota gorda y trabajando como negros y estimulándose unos á otros por quién había de ser el primero en dejar el carro limpio y barrido; jamás se dió el caso de que á Camilo le tomaran la delantera. Cada montón de los seis ú ocho que solían hacerse de cada carro, convenientemente distribuídos por el solar para formar la trilla, no le llevaba más de dos ó tres golpes de tornadera, mientras que los demás necesitaban de muchos y grandes esfuerzos para desenmarañar el apretado bálago. Esta operación la presenciaba y dirigía Barriguera cogiendo las mulas por los ramales para que los montones quedaran colocados á conveniente distancia unos de otros y con el tamaño necesario para que la trilla guardara las debidas proporciones de altura y redondez.

Cuando llegaba el último carro, llamado del almuerzo, ya tenía él, ayudado por los motriles, derramados los montones de los dos anteriores; así que, hecho el descargue, era obra de un momento entre todos terminar la operación del último viaje y dejar hecha la trilla para, después de almorzar y dar agua al ganado, enganchar los pares á toda prisa.

Todas estas operaciones y las demás que no se describen en gracia á la brevedad las ordenaba, distribuía y mandaba Barriguera con sumo acierto y todas eran ejecutadas y cumplidas á su gusto, por lo que se alababa, y podía hacerlo, de que sus

mozos cumplían fielmente con su deber, gracias á que él sabía mandar por haber aprendido de joven todos aquellos menesteres y no podían engañarle por lo mismo que habían pasado por sus manos todos aquellos trabajos.

Lo que no podía resistir con calma, ni nunca pudo remediar, era la fatal costumbre que tenían los mozos de sentarse á las comidas y eternizarse en ellas, porque las hacían con tal parsimonia y sosiego, que de bocado á bocado se pasaba un cuarto de hora, y de trago en trago del cristiano clarete, distribuído en raciones iguales por un vaso de cuerno que no hacía más que un dedal, lo bastante para hacer perder la paciencia al amo menos aprensivo, cuanto más á Barriguera que no lo podía resistir, y si no les ponía á todos en la calle era por lo muy apurado que se veía y porque esta malísima costumbre se toleraba en todas las casas ricas del país, y oponerse terminantemente á ella equivalía á quedarse sin mozos, y en un verano de tanto apuro, éste era el mayor y más grave de todos los males.

¡Cuántas veces, sentado con Camilo á la sombra de un carro, vigilando á los mozos desde aquel chicharrero y envueltos en el polvillo picante que levantaba la operación de la torna en la trilla, se lamentó de aquella funesta costumbre, tolerada, consentida y aun aprobada *por los señoritos que se metían al oficio* sin conocer el valor del trabajo, ni saber calcular la fuerza empleada en él por el obrero!

—Tú lo sabes—decía á Camilo en uno de los días de más apuro—y ya ves que no es tanto como á primera vista parece. Esos holgazanes que en su vida han movido una paja (me refiero á los labradores *que andan á la mira de la labranza*) se admiran y se asustan de ver trabajar á los obreros, y lo menos que se figuran es que van á morir reventados cuando menos lo piensen los pobrecitos con el calor y las fatigas. Para ellos, acostumbrados á vivir de mogollón, no digo que no sea cosa punto menos que imposible trabajar para comer; pero los que tienen y hemos tenido por necesidad y costumbre que sobarnos el pellejo, no nos asusta el trabajo. Y si no dime tú que andas á ello como el primero, ¿no duermes cuanto deseas? ¿No das al cuerpo todo el descanso que necesita? ¿No llevas el trabajo como una seda?...

—En algunas ocasiones como la presente—contestó Camilo—no deja de resentirse el cuerpo, padre; y si á mí, que me cuento hoy por hoy con tantas fuerzas como cualisquiera y no tengo envidia á ninguno, lo mesmo pa cargar un carro que pa medir un muelo de trigo de cincuenta cargas sin soltar la media fanega, me hace mella, carcule usted cómo andarán muchos que no pueden con la bula mojada...

—Pues, hijo, yo te sé decir que hacía todos estos menesteres, cuando me hallaba en la flor de la edad, con más gusto que lo digo y sin sentir el menor cansancio, y no alcancé nunca la fuerza que tú tienes hoy.



—Pos á mí me se figura que le engaña á usted el pensamiento, padre, y que es usted tan alabancioso como tos los viejos, porque entuavía me acuerdo yo de cuando usted andaba á la labranza y no hacía usted tantas atrocidades como dice, y eso que jamás hubo un verano de la fuga de éste, porque una cosa es decirlo y otra hacerlo, y si no ahí están los mozos que no me dejarán mentir.

—¡Ah, bobín! Si les preguntas á ellos te dirán que trabajan como perros. Á buena parte vas á tomar parecer...

—No, si yo no se lo pregunto, no vaya usted á figurárselo; pero conozco que muchas veces tienen razón.

—Tú eres una criatura sin experiencia, y velái por qué hablas así; deja, deja que estés en tu casa viviendo por tu cuenta, y entonces me lo dirás.

—Eso es precisamente lo que deseo; pero veo que en mi casa no estaré yo en mi vida al paso que voy.

—Culpa de ello á tu mujer, Camilo, y deplora la equivocación que tuviste al elegirla.

—Esa culpa no es de ella, ni mía tampoco, padre, porque yo en todo he hecho la voluntad de usted, lo mesmo pa casarme que pa descasarme, como dijo el otro.

—Hijo, yo, al proponerte ese acomodo, no podía esperar ni predecir lo que ha ocurrido después.

—Es que lo que ha ocurrido después no debía haber ocurrido, y tampoco pué decirse por ello

que mi mujer sea mala, como hay otras, que en mala comparación son peores que el mismo Barrabás, y si no, ahí está La Hidalga, que no me dejará mentir.

— ¿Ya sabes tú algo también de lo que dicen por ahí, eh?

— ¿Que si sé algo? Sé tanto y se dicen de ella cosas tan gordas, que da vergüenza oírlas; y así tenía que ser, porque la presona que se pierde da en todo lo peor.

— ¿Y qué es lo que has oído, vamos á ver?...

— Nada, una friolera: que no teniendo ya otra cosa que echar á la calle, porque, como sabe Dios y tol mundo, casi está completamente arruinada, ha echau la honra por la ventana pa acabarse de perder, con un descaro que tiene tonto á tol pueblo.

— Eso mismo ha llegau á mis oídos, pero casi no acierto á creerlo, hijo, y eso que la amistad de Deza no podía dar buen resultau.

— ¿Cómo había de darlo, si siempre estaba y está con ella como marido y mujer, como quien dice, y sin presona de formalidá en la casa pa que los vigile? Pero digo y repito que mi mujer no es de esas cualidades, y me paece mentira que por una futesa estemos desaparaus y dando que decir.

— Hijo, esa culpa no es mía.

— No, pos mía tampoco, padre, porque si he de icir la verdá, cuando se marchó Celedonia, de mejor gana que lo digo me hubiá ido yo con ella;

pero como usted ícía que me convenía vivir en Villatorcida y que no debía salirme de aquí aunque me asaran vivo, me quedé en la creencia que tenía usted razón; pero ya veo que lo que yo hago aquí es sobarme el pellejo y faltar á mis obligaciones, que son, en primer lugar, vivir con mi mujer como Dios manda, y en segundo ir agenciando lo que pueda pa en adelante.

—¡Hola, hola! ¿Ahora salimos con esas? ¿Conque tu mujer es una bendita y toda su parentela unos angelicos de Dios, y tú un santo y tu padre un bribón que te ha guiado por caminos de perdición con malos consejos, animal de los demonios, que no sé lo que digo? Vete de mi presencia inmediatamente si no quieres que te deslome con esta tornadera.

Y así lo hubiera hecho si no van los criados oportunamente á estorbarlo.





## XXX



El escándalo fué mayúsculo, apercibiéndose de la imprevista cuestión no sólo los criados de la casa, sino todos los de las eras vecinas, lo que contribuyó á exacerbar á Barriguera, el cual no acertaba á comprender las razones que Camilo acababa de darle, cuando él creía que no había podido aconsejarle cosa mejor, ni más sana, ni más en armonía con sus intereses ni con sus derechos de marido ultrajado: porque ultraje había, según él, en la fuga de su mujer sin otro motivo que el de tratar de obligarla á vivir en el lugar que al marido convenía. ¿Podía darse una sinrazón semejante?

—Está visto—decía á sus criados y á cuantos querían oírle—que este muchacho no tiene pizca de entendimiento... Y no es suya toda la culpa,

no, sino mía, que no he conocido antes su imbecilidad y poca vergüenza. Y crié uste hijos y escrísmese y trabaje como un esclavo pa dejarles un pedazo de pan, y luce y venza los imposibles por que vivan con independencia y tengan un poco de autoridá en el pueblo, y enséñeles usté á remar pa que no pierdan lo bien ganado y si á mano viene lo aumenten, y aconséjeles á todas horas que no den que decir, pero que tampoco consientan que nadie se ría de ellos, y cuando haya hecho usté todo esto y más, que no hay por qué referir ahora, que se lo paguen á usté con una patada como la que acaba de darme ese animal, y dígame después si no es pa perder la pacencia y no hacer caso de nada ó echarlo todo por río abajo, ú mandáselo á los curas pa bien del alma, y á estos desagradecidos nada, que lo ganen ellos, si tienen agallas pa tanto, y si no que se mueran de hambre ó anden siempre de la Ceca á la Meca quitándose el sombrero pa pedir un pan prestau, que es lo que merecen.

En esto, uno de los mozos, que después de terminada la operación de la torna recogía con un rastro y redondeaba las orillas de la trilla, al llegar en su operación adonde estaba el amo, sin suspender su trabajo, le dijo:

—Eso lo dice usté con la boca pequeña, señor, como lo decimos todos cuando los hijos nos hacen alguna perrería.

—Lo digo como lo siento, Bonifacio—éste era el nombre del aludido,—y créete que me pesa

haber trabajado tanto pa quien no ha de agradecerme.

—¿Qué ha de hacer más que agradecerlo, si es güen hijo, señor? Y Camilo es güenazo á carta cabal, solamente que el hombre se acuerda de su mujer, porque la quiere, y aunque comprenda que tiene usté razón, no pué por menos de tener un roedero en la concencia.

—¿Qué roedero ni qué ocho cuartos?—se apresuró á contestar Barriguera.—¿Lo tiene ella? ¿Tú has visto que se haya vuelto á acordar de él ni del santo de su nombre? Además, que yo no le prohibo nada; que haga lo que quiera: podré darle un consejo saludable y nada más; pero que no me diga que yo tengo la culpa de lo que le ocurre, Bonifacio, después de hacer su santísima voluntad y seguir el consejo porque le convenía.

—¡Y qué quiere usté!—le contestó el mozo volviendo el rastro cabeza arriba y apoyando en ella los brazos;—él sin duda ha reflexionau y ha visto que asín no está bien, ú abate no le haigau razón ella por bajo cuerda, porque nada tendría de particular.

—¿Y por qué no me lo dice en lugar de darme una puñalada en metá del corazón, vamos á ver?

—Pos miusté, quizásmente será lo que yo le digo—continuó el mozo, al propio tiempo que se limpiaba las campanillas de sudor que en abundancia le corrían por la frente,—solamente que él no da su brazo á torcer, como suele decirse. Y si ella le llama y no tiene ánimo, es un suponer, de

abaldonar á sus padres, y desea que Camilo se aposente en aquel pueblo y da razones pa ello, y él las ve y las aprecia por güenas, bien porque lo sean ú bien porque su mujer se lo hace ver así, no se atreverá á decírselo á usté cara á cara y andará con esos arrumacos pa venir á parar en irse con ella. Porque, desengañese usté, por más que digamos que nusotros semos los amos y las cabezas de las casas, tarde ú temprano ellas se han de poner los pantalones y han de golver lo de arriba pa bajo y hacer su santísima voluntá... Y nusotros tenemos que dejarnos albardar, aunque es mala comparanza, si no queremos andar siempre con los trastos por la calle dando que decir y acabando á lo último por condescender á todo, porque hay que dejarlas ú matarlas, y el hombre prudente no pué por menos de perder de su derecho si quié tener paz y güena armonía en su casa. Miusté, si fuá yo á tomarlo puá onde quema con la mía, estábamos divorciaus dende el primer año que nos casemos, porque tiene un aquel que si dice que ahora es de noche, mas que vea que el sol nos está metiendo por la tierra de puro calor, no vaya usté con razones, que to es perdido, y ha de ser de noche y con estrellas; y tiene usté que callarse y llevarlo con pacencia y darla la razón á lo último pa que no alborote la pesca y se entere Dios y tol mundo de lo que no les importa.

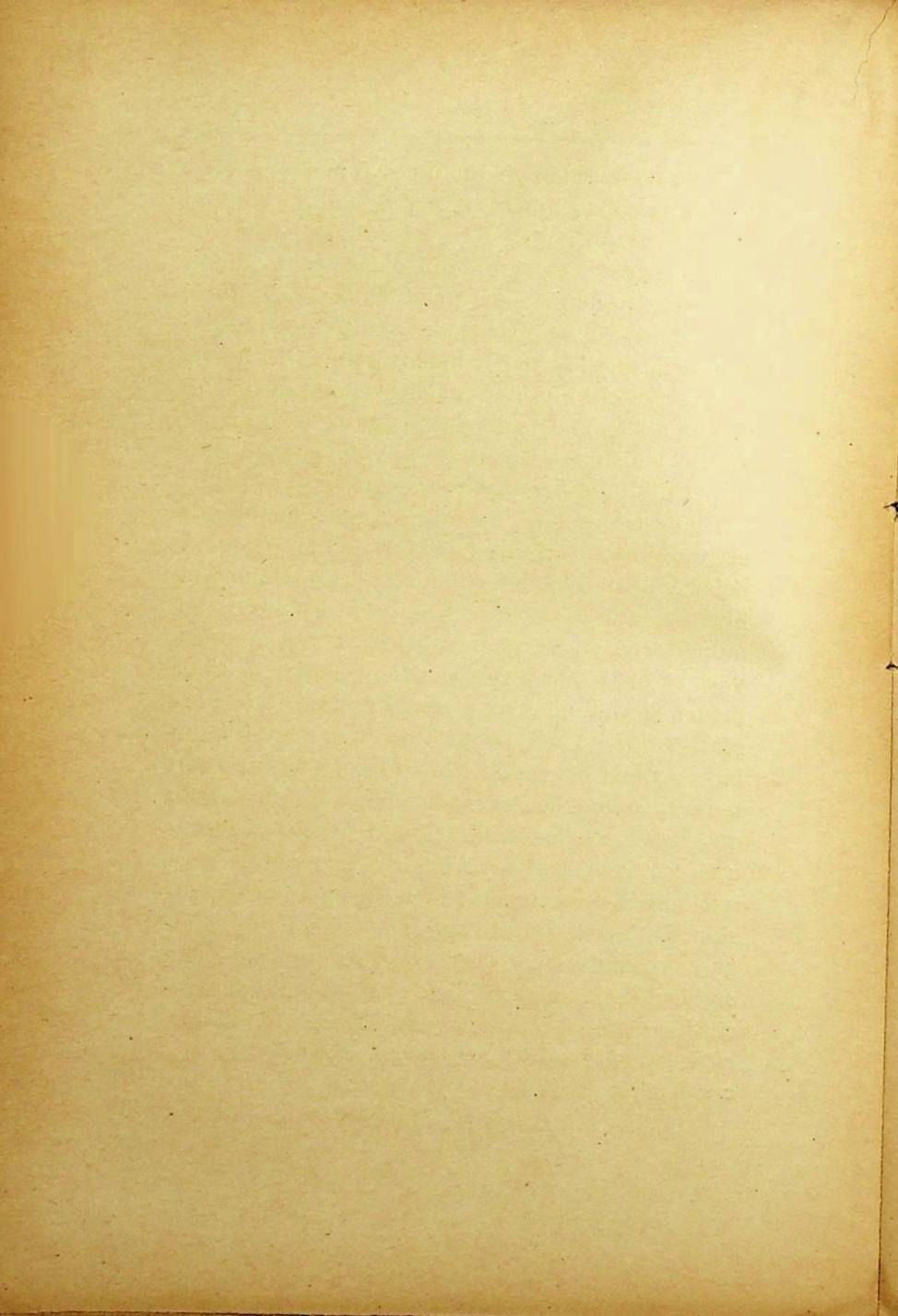
—Pues haces mal, Bonifacio, y eres un bragazas si consientes que tu mujer te se suba á las barbas de esa manera.

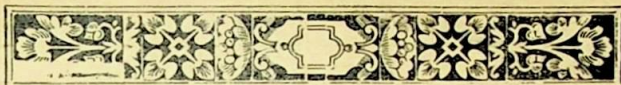


—Ya comprendo yo que no es lo mejor, por que se van de copas á bastos, y si hoy aprieta como cinco, mañana como diez, hasta que hacen reventar las cinchas, si á mano viene; pero también hay que tener en cuenta que es el vaso más flaco, y la que es güena por otro conceuto, no hay por qué pedir que lo sea por todos, porque los justos están en el cielo, y el que más y el que menos tenemos nuestros defeutos, señor, y va lo uno por lo otro y así se va pasando la vida, porque peor es pasarla desesperau y aborrecido.

Con estas razones del mozo se fué templando el amo y casi convenciéndose de que lo mejor era dejar á Camilo que hiciera su gusto con entera libertad, aunque fuera el mayor disparate del mundo, con tal de que recobrará la tranquilidad y el sosiego que buscaba. Y al efecto, halló el medio, sin humillación para él, de darle su beneplácito por no verle sufrir continuamente á su lado y pasar disgustos á montones. Y lo hizo con tanto más gusto cuando supo por boca de Camilo que Celedonia le había llamado muchas veces y que estaba dispuesta á dejar á sus padres para irse con él si se obstinaba en sostener su pretensión. Esto acabó de ablandar al señor Basilio, llegando hasta ver con gusto que su hijo se fuera, en vista de la palabra que le dió éste de aprovechar la primera ocasión para volverse á Villatorcida en unión de su mujer, por ser lo que más les convenía á todos.







## XXXI



ADA enseña más que la experiencia, y si es dolorosa, se graba á fuego en nuestra memoria y no suelen borrarla los más prósperos sucesos.

Los infelices braceros de Tierra de Campos, sobrios por naturaleza y acostumbrados á las privaciones y á la miseria, efecto de las ingratitudes del terruño, llegaron al colmo de la previsión cuando se vieron en medio de un año abundante después de atravesar el cataclismo más espantoso que habían conocido los nacidos.

Las espigadoras se multiplicaban por los rastros y los invadían antes de levantar *las morenas* los labradores, y se hubiera necesitado toda la guardia civil que había en España para contenerlas.

¡Tal era el ansia que las dominaba por hacer

provisiones ante el temor de que volviera á repetirse el horrible espectáculo del hambre! Previsión que ha llegado á constituir la funesta costumbre de entrar por los rastrojos como por cosa propia y sin respetos de ningún género, no ya con las razones que antes invocaban y disculpaban el atrevimiento, sino con el deliberado propósito de ir nivelando poco á poco el capital.

Hé aquí uno de los gravísimos males que se desarrollaron en aquel año entre la clase proletaria, sustentado y robustecido al calor de las nuevas ideas que nos trajo la revolución de Septiembre, y que á la fecha alcanza colosales proporciones.

Mas dejemos esto á la consideración del sociólogo que sigue atento la marcha progresiva de la humanidad, y vamos nosotros, si es que el pacientísimo lector tiene el humor de seguirnos por los polvorientos caminos y senderos de la extensa vega de Villatorcida, á ver y contemplar en todas direcciones el hermoso espectáculo de la siega, el no menos curioso del acarreo de la mies y el sobre toda ponderación animado y divertido del espiguelo en una tarde del mes de Julio á la caída del sol que quema de soslayo la mejilla, refrescada de vez en cuando por un vientecillo tibio que mueve con suave rumor las reseca espigas y presta alientos á las cuadrillas de segadores para terminar la operación del día con alegres cantares, á los gañanes para lucir su habilidad y esfuerzo en la colocación de la mies sobre los carros, que

en algunos es verdaderamente artística por las primorosas esquinas y garambainas con que los adornan, y á las nutridas bandadas de espigadoras para dar á sus lenguas la apetecida satisfacción de hablar de todo y desollar al prójimo sin el menor escrúpulo de conciencia ó ponerse unas á otras como ropa de Pascua por la cosa más insignificante, habiéndolas entre ellas tan batalladoras que se hacen verdaderamente temibles, y ¡ay del desdichado que cae bajo la lluvia de acerados dardos de sus lenguas viperinás!

Este género de mujeres, verdaderos fenómenos psicológicos, porque al par que ostentan una sinvergüenza cínica y desatada que espanta al que cae bajo el poder avasallador de sus lenguas descompuestas, sobre todo en determinadas épocas del año, como son el verano y la vendimia, que es cuando se las ve en los campos curtidas, desgñadas, sucias, vestidas con sayas cortas y andrajosas y con todos los caracteres de las hembras primitivas, tienen, pasadas estas faenas, otra compostura en el traje y en los modales, y siempre, bajo el rostro ceñudo de la inculta y soberbia campesina, se adivina un corazón noble y un sentimiento honrado, honradez y nobleza que se funden con la indómita altivez y bravura de las pasiones sin freno.

De esta casta era la tía Cuerva, llamada así por su color cobrizo oscuro, aunque por su forma estirada y enjuta y por la piel de su cara, que semejava el forro de cuero de un cartapacio vie-

jo, con manchas, rugosidades y asperezas agrietadas y sucias, tenía gran semejanza con la salamandra.

Generalmente capitaneaba los escuadrones de espigadoras, llevándolas, si se hacía en la vega la recolección, por los cauces y regatos, desde los que, sin ser vistas, llenaban pronto el zurrón de espigas descabezadas en los trigos; y cuando en las lomas, por los bajos más solitarios, haciendo después los gallos y las manadas de espiga larga, en los rastrojos, á la vista de todo el mundo, para que se convencieran amos y guardas de la bondad de sus escrupulosas conciencias.

Pero lo que había que admirar en ella sobre toda ponderación era la ligereza con que recogía á dos manos las desparramadas espigas, con una soltura de movimientos y una vista prodigiosa, cualidades envidiables si se tiene en cuenta que espigaba ella sola más que tres de las más diestras en el oficio.

En las conversaciones llevaba la voz cantante, dominando al auditorio con sus opiniones, por estrafalarias que fueran; y si la contradecían ó negaban la veracidad de sus dichos, se ensoberbecía, desatando una sarta de improperios contra la atrevida, que no le quedaban ganas de volver á hablar en dos horas.

Aquella tarde estaba con su escuadrón en una tierra grande que había sido de D. Frutos y había pasado á ser pertenencia de Barriguera. Cuando llegaron á ella se dirigió al concurso, diciéndole:

—¿Sabéis de quién es esta tierra, muchachas?

—¿De quién ha de ser?—le contestó una jovencita de las más aseadas del batallón.—De las que compró el señor Basilio á La Hidalga cuando dió en quiebra.

—¡Qué señor Basilio ni señor diablo!—contestó como una escopeta la Cuerva.—Del tío Barriguera. Quien le puso el mote que se lo quite. Tenemos aquí lo que decía la otra tarde Pepa la del huevero: ¡que había que llamarle don Basilio... porque ya era rico!... ¡Quién me vería á mí, si mi tío Juan el habanero trajiera de allá muchos millones, llamarme doña Cuerva!... No vos ríais tontas, que no es más él que yo, ni toa su casta junta. Al cabo, no sabemos quién es cada uno y cómo ha crecido en riquezas y se ha llenau de onzas ese tío...

—Como otros las pierden y se quedan sin nada pal caso, como ha ocurrido á La Hidalga; con el aquel de que la pobre está peor que nusotras, porque no sabe ganar que comer—volvió á replicar la jovencita.

—La Hidalga, ¿eh? La Hidalga sabe más que tú crees, hija; y si quiés averiguarlo, preguntásele al señor Julián Deza, que ése puede enterarte y darte leiciones como á ella, si las nesecitas—dijo la tía Cuerva.

—Esas son barbaridades, tía Cuerva—volvió á replicar la joven.—La señorita Carmen podrá ser pobre, pero es honrada; y no va á llegar á tanto el desprecio que la vaigan á quitar el crédito des-

pués de haberla quitau los intereses. ¡Pobre señorita! ¡Si ella supiera que la su honra andaba de esa manera, se moría de pena! ¡Qué pronto se olvidan los favores, tía Cuerva!... Intres que nos mató el hambre, ¡qué buena era la señorita Carmen! Y ahora que ya no tiene nada... ¡Vamos, no paece sino que lo ha visto usted pa afirmar una cosa tan grave!...

—Mira, muchacha, á mí me lo han contau asín; si no es verdá, mejor pa ella; pero me paece que no cometo ningún delito con decir lo que he oído, ¿sabes? Y si á mí me mató el hambre el año malo, á ti te la ha estau matando desde que naciste, y á tu padre, el holgazán, que es otro perdido, como ella.

—Y usted una bribona, que tiene merecido que la arrancaran la lengua, tía... no sé lo que iba á decir, porque se acaba la pacencia.

—Dílo, mujer, dílo; atrévete—le contestó la tía Cuerva tirando las manadas, poniéndose en jarras y echando atrás el cuerpo y el rostro amorado;—dílo, si no quieres que te lo haga yo desembuchar de una patada en metá de la barriga, piazó inmundicia, corrompida, fantástica.

—¡Ave María Purísima!...—le contestó otra muy parsimoniosa, barriguda y quebrada de color.—Tendría que ver que se atreviese usted á pegarla, después de llenarla de insultos... tía borrachona indecente; pos si tiene usted una cara que paece el caldero de la unción con guisopo y todo, ¿qué está usted ahí diciendo de nadie?...

—Porque tengo la cara como eso que dices— le contestó la tía Cuerva, guiñando los ojos á las demás y estirando los brazos y dejándolos caer sobre la zamarra que le servía de delantal,—no tengo quien me acorteje, como á otras que yo conozco...

—¡Ah, tía tuna, lechuza de los demonios!— replicó yéndose á ella, encolerizada, la barriguda. —Eso no lo güelve usted á decir sin que yo le arranque el moño de un tirón.

Antes de concluir la frase ya estaba la tía Cuerva, con la misma ligereza que el gavián cae y hunde sus garras sobre la inocente avecilla, hundiendo las suyas aceradas en el cuello de la víctima, que extendía los brazos y caía de espaldas, exhalando gritos dolorosos y penetrantes. Y á arrastrarla iba ya sin compasión, cuando vino sobre ella una lluvia de bofetadas y arañazos de algunas que estaban con deseos de vengar ofensas, de la que salió muy mal librada, con el sucio y viejo traje hecho jirones, el pelo desmelenado y de punta y la cara manando sangre. Más que mujer era una visión fantástica, una horrible bruja, lo más espantoso que puede imaginarse para hacer el coco á los niños mal educados.

Al sentir el escozor de los arañazos, se tentó la cara con las manos, y las vió ¡oh dolor! teñidas en su propia sangre. Inclino un poco la cabeza al suelo, y con una mano levantó la falda del único vestido que la cubría las curtidas carnes, y comenzó á limpiarse, enjugando con sus lágrimas



las heridas, mientras dejaba al descubierto gran parte de sus descarnadas pantorrillas.

Todas tuvieron lástima de la pobre vieja, y todas la consolaron, atribuyendo á su perverso genio cuanto le ocurría.

La barriguda también lloraba; pero cuando una y otra pusieron el grito en el cielo fué cuando, al recoger las manadas, vieron con gran sorpresa que más de la mitad habían desaparecido...





## XXXII



LA boda de La Hidalga con el médico tuvo pocos preparativos, y la prueba está en que él se casó con el traje de levita y sombrero de copa que estrenó para licenciarse, y ella con sencilla saya negra y rica mantilla de encaje, la misma que entre otras vistosas galas lució su madre para casarse también; y no hay por qué decir que sin otras joyas y aderezos iba Carmen camino de la iglesia llamando la atención del pueblo en masa, que salió á presenciar el paso del nupcial cortejo, el cual le componían muy pocas personas. De una parte el médico, un hermano suyo, veterinario en una aldea de la provincia de León, y el padrino, Julián Deza. De la otra, la madrina, prima carnal de don Frutos, y por consiguiente tía de Carmen, señora muy respetable y acomodada, viuda de un co-

mandante de ingenieros, que desde la muerte de su marido vivía en unión de sus hijos en la capital de la provincia; una criada antigua de la casa, y por último, Carmen, causando la admiración de todos, al par que por su distinción y proverbial gentileza, por la heroica tranquilidad con que caminaba al sacrificio, revelando en su tierno semblante y en sus hermosos ojos, velados por las lágrimas, todo el dolor que sentía su alma acogojada.

Otras novias lloran al ir á casarse, unas por no faltar á la costumbre, otras porque abandonan la casa de sus padres, el nido de sus amores, de sus devaneos de jóvenes, de sus locas é infantiles esperanzas, para entrar en lo desconocido, que puede ser la satisfacción venturosa de todos sus deseos ó el trágico fin de ellos.

Por eso generalmente hay en su llanto mezcla de pesar y de alegría, sombras de muerte y nimbos de gloria, lucha de celos y esperanzas que al fin se traducen en alegrías, porque la idea del dudoso porvenir se borra fácilmente de las imaginaciones jóvenes cuando disfrutan de un dichoso presente.

Para Carmen, por desgracia suya, no existía esa lucha, porque no tenía padres, ni alegrías, ni esperanzas, ni presente dichoso; es decir, sí tenía una esperanza, una sola, la de evitar con su boda la miseria, que ya llamaba á sus puertas y la aterrORIZABA. ¡Poca cosa para alimentar un alma como la suya!

Por eso su llanto era un quejido lastimero, un ¡ay! doloroso, y más bien que á su boda la parecía que asistía á su entierro, difundiendo en torno suyo una vaga tristeza que encogía las almas, dando al cuadro tonos tan sombríos que aun entre aquellos que por mera curiosidad lo presenciaban, y que se mostraban muchas veces insensibles á sus propios males, hubo algunos que se conmovieron, pagando aquel tributo que en justicia debían á la que en mil ocasiones había sido su protectora, no faltando tampoco los que, en lucha abierta entre el deber y el respeto con las malas pasiones, se inclinaron por satisfacer éstas, dejando entrever una sonrisa burlona, un gesto despreciativo ó una frase picante, cruel expresión de la calumnia sutil y rastrera que cautelosamente iba arrojando en el cuadro su baba corrosiva.

Pasada la ceremonia, de regreso á casa, ya se mostró Carmen más expansiva y menos apesadumbrada, efecto, por una parte, de la rehabilitación nerviosa como consecuencia de las vivas y fuertes emociones que acababa de experimentar, y por otra, porque en su pensamiento se iba obrando una reacción en favor del que ya era su esposo, el cual la parecía más simpático, y estas corrientes de simpatía iban acercándola á él con cariño.

Algo debió influir en esto la idea de que ya era su marido, su compañero, la egida que ponía á cubierto su orfandad miserable y desgraciada de los recios embates de los huracanes de la vida.

Otra esperanza alimentaba, la de transformarle en otro hombre más sensible y espiritual, educándole de nuevo, dulcificando sus sentimientos y sus ideas para que siquiera pudiera comprenderla y estimarla. Pues qué, ¿era posible que sólo un deseo puramente material, la idea de un goce efímero de su juventud y belleza hubieran impulsado á aquel hombre á casarse con ella?

Si no era más que esto, había que temer mucho del buen resultado de los propósitos de Carmen; pero ella ya sabía que no era esto sólo, que era algo más unido á esto lo que movía al médico en la dirección de alcanzar su posesión, y este algo que ella había adivinado era el deseo de unirse á la mujer que todos admiraban por las mismas razones que á él le habían movido á quererla, y por otras más elevadas y poderosas que él no comprendía, pero que sabía que existían en ella.

Hé aquí la clave, la razón superior que impulsaba al médico, sin entrar en distingos entre el valor real é ideal de La Hidalga, á casarse con ella, y hé aquí también lo que ella esperaba de él.

Con frecuencia vemos á muchos adquirir un cuadro de gran valor artístico, no porque sientan la belleza precisamente, sino porque les llama la atención el primoroso marco en que se encierra, y porque han oído á personas competentes que aquel cuadro es una joya del arte, arte que ellos no sienten, belleza que no alcanzan á comprender, pero que saben que existe allí y la estiman y co-

locan el cuadro en lugar preferente y lo ostentan con orgullo.

Esto precisamente era lo que esperaba Carmen del médico, que, ya que no la comprendiera, estimara siquiera su valor positivo.

Pero no faltará quien diga que Carmen iba muy allá en el conocimiento de sí misma. Pues se equivoca quien tal crea. Jamás se paró á pensar en esto. Lo que hay es que sentía con fuerza irresistible dentro de su alma un ansia, un vacío que no lo llenaba nada ni nadie, y esto sin querer lo pensaba instintivamente, tomando la idea no como causa, sino como consecuencia, prevaleciendo de la de su valor moral para defenderle, no para mostrarle. En una palabra, conocía lo mucho que valía por su profundo sentir, no por la fuerza del discurso; sentía, no calculaba. Deseaba compenetrarse en un amor puro, grande, inmenso, y á falta de él se conformaba con que respetaran y estimaran el que ella sentía.

Esto fué lo que creyó logrado con el médico y el motivo de su tranquilidad y relativo contento al regresar á su casa después de la bendición nupcial.

Y decimos relativo, porque aquella boda, comparada con la que soñó ella en los tiempos prósperos de su juventud, era el primer mendrugo que alargaba la caridad á la mano generosa que conservaba en arca cerrada codiciados tesoros.





## XXXIII



De tal manera es nuestra condición que, si alguna vez navegamos con viento próspero, todo el andar nos parece tardío y perezoso si en el anhelado puerto nos espera un recibimiento placentero; mas si un viento contrario paraliza la nave, y por último, la tempestad desencadenada nos envuelve entre el hervor de las olas, no solamente damos por bien perdido el objeto de nuestro viaje y el saludo cariñoso de los seres queridos, sino que nos conformamos con arribar á una roca solitaria, si en ella hallamos un refugio donde poder sortear las iras de la tormenta.

Esta condición, que tiene origen en el amor á la vida, al propio tiempo que en nuestra debilidad y en la inconsistencia de los hechos, es regla tan común que no padece excepción. Por esta razón,



Carmen se encontraba ya, al cabo de algunos meses de matrimonio, como en elemento apropiado, en la roca solitaria que la deparó su estrella cuando ya se creía perdida en un mar sin orillas, agitado por furiosa é inacabable tempestad.

Aunque conservaba un recuerdo vivo de él, ya no la martirizaba el triste pasado, porque su marido estaba cada día más complaciente y afectuoso, acrecentando la tranquilidad y el bienestar de ambos la esperanza de obtener en plazo breve el deseado fruto de su unión. Y en efecto, poco antes del año de casados tuvieron un hijo, al que pusieron por nombre Frutos, porque así lo quiso Carmen, dándose el consuelo de creer que se reproducía su buen padre en aquel vástago inocente.

Con tan fausto motivo fueron refrescando su imaginación nuevas ideas y ampliándose los horizontes de su vida con la esperanza de ver en aquel hijo y en los sucesivos, si por dicha los lograba, una nueva familia menos desdichada que la que había perdido, por lo que se inclinaba á creer que habían tenido feliz término sus hondas pesadumbres.

Su arrigadísima fe, que no la desamparó ni en los momentos más críticos y difíciles, la alentaba en el mismo sentido, y para corroborarla, tan pronto como pudo se fué con su tierno niño á la ermita, para ponerle bajo la protección y amparo de la Madre de Dios.

En otra ocasión, de triste memoria, ofreció á

la Virgen dos ramos de flores. En ésta no las había: los calores del estío habían secado las plantas, y todo anunciaba la proximidad del templado otoño.

Por el camino que conducía á la ermita, los rojizos y pelados barbechos, tristes, áridos y secos como las fauces de un condenado, sin alma viviente en ellos, ni pájaros cantores, ni otros ruidos que los que confusamente se percibían en las proximidades de la aldea, daban al extenso panorama, con tal carencia de vida, luz y colores, el aspecto de los desiertos del África central.

Carmen ni siquiera reparaba en esto. La tenía sorbido el seso el pequeñuelo, que en brazos de la niñera dormía como un bienaventurado.

Para ella no había más luz, más sol ni panorama más risueño que el semblante tranquilo y el sueño reposado de su hermoso niño.

Embebida en estos pensamientos placenteros, llegó á la ermita sin darse cuenta del camino andado y pidió á la Virgen, con todo el fervor de su alma cristiana, que la conservara el niño, consolador producto de su desgracia. También rezó por sus padres y por que Dios la conservara la vida mientras su hijo necesitara de ella. Y por último, se despidió llorando de la Virgen bendita y volvió á tomar el ancho camino de la aldea cuando el sol se ocultaba, entre nubes plomizas, tras de las altas cumbres de la sierra lejana.

Cuando llegó á casa supo que su marido estaba en la de Barriguera. No le extrañó, porque

siempre tuvo D. Darío con aquella familia muy buena amistad, aunque algo se había entibiado desde que se casaron.

Cuando llegó éste le contó que el niño había despertado en presencia de la Virgen, y que la miraba con sus hermosos ojitos negros sin pestañear.

—Nada, una tontería, ya ves, pero no deja de ser muy extraño, ¿verdad? ¡Hijo de mi vida! Yo estoy loca con él. ¡Qué monísimo es!... Mira, Darío, mírale bien... ¿Has visto nada más hermoso?—y continuaba mostrándole el niño.—Dale un beso, hombre, ¡si parece que lo está pidiendo con los ojos!... No se lo niegues, no hagas ese disparate, toma—dijo por último inclinando el niño hacia la cara de su padre, como indicándole que le besara por fuerza.

Este le rechazó bruscamente, diciendo:

—Déjame, no estoy para besos ahora.

—Pues ¿qué te pasa, Darío?—le respondió Carmen sobresaltada.—¿Estás malo? Luego conocí que no traías el mejor semblante. ¿Has tenido algún disgusto? Dímelo, ¿qué tienes?

—No te hace falta saberlo, ni yo quiero decírtelo; déjame.

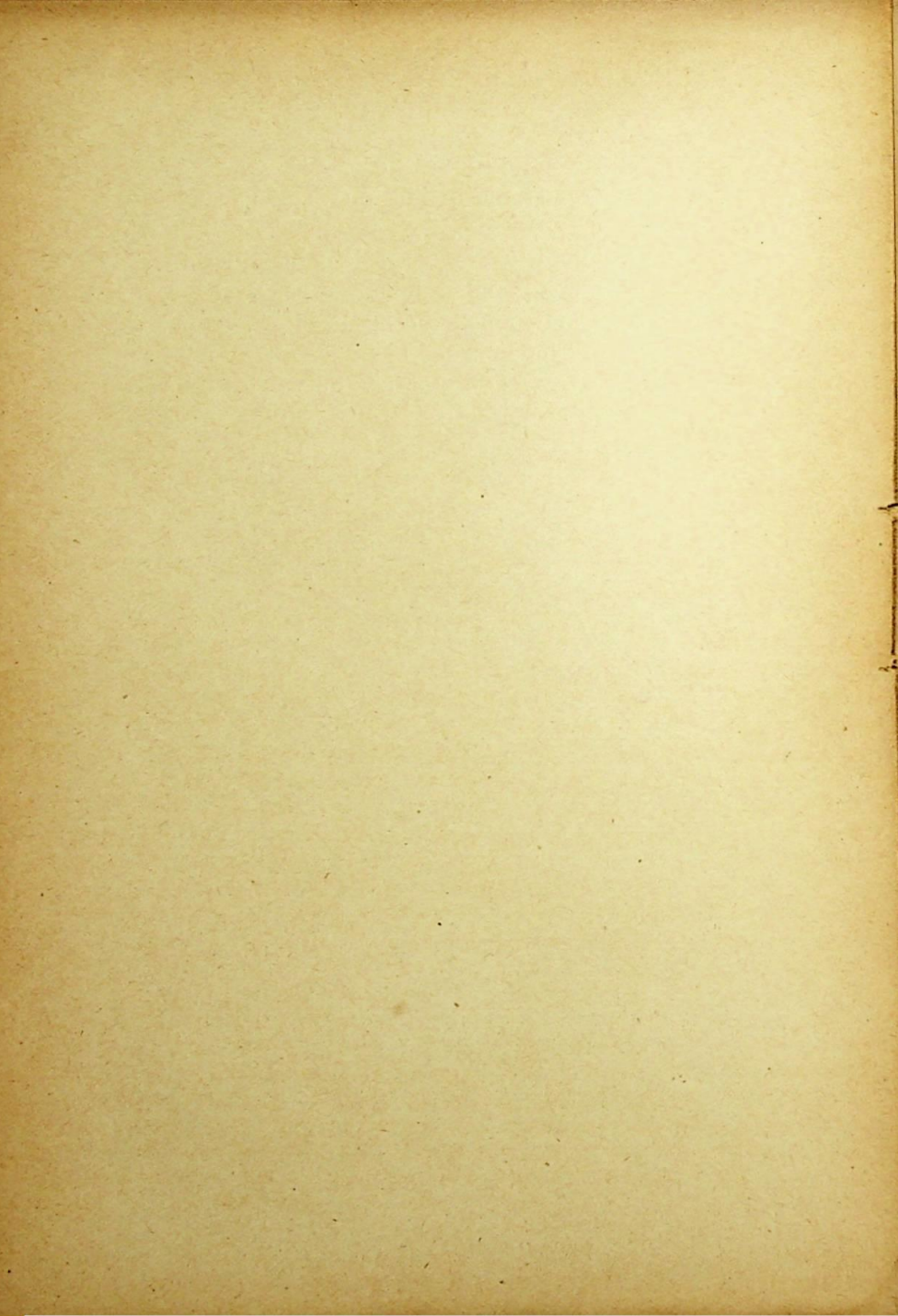
Carmen no volvió á desplegar los labios. Sintió una fuerte sacudida en todo su cuerpo que la dejó como petrificada sin saber qué pensar ni qué hacer. Después se le atravesó un nudo en la garganta que la ahogaba por instantes; y por último, de la mejor manera que pudo, se fué con su

niño en los brazos á la habitación más apartada de la casa.

Allí podía llorar sin ser vista de nadie, que era lo que necesitaba para desahogar su pena.

—Hijo—decía comiendo á besos al pequeñuelo,—tu madre ha sufrido mucho en el mundo, muchísimo, y creía que el límite que habían alcanzado sus penas era insuperable. ¡Oh, qué error tan grande, hijo de mi alma! Todas juntas no son comparables con la que estoy sufriendo ahora. ¡Dios misericordioso! Mi hijo, esta inocente y angelical criatura... ¡no merece un beso de su padre!... No, no le mereces, porque te ha rechazado con injurioso desdén en el momento en que tus labios, frescos y puros como los de los ángeles del cielo, se posaban en su mejilla... ¡Oh, qué incomprendible locura!...—Y lloraba sobre su niño con el terrible desconsuelo que le sugería el hecho brutal, más que brutal inhumano, cruel, horrible, tan horrible que no alcanzaba á comprender su significación y alcance, dándole unas veces todas las proporciones imaginables, reduciéndole otras con mil argumentos que lo disculpaban, y pensando algunas que no había podido ocurrir lo que había visto con sus propios ojos.

Al fin procuró serenarse para observar con calma lo que aquello podía dar de sí, logrando, retorciendo el corazón dentro del pecho, salir á la presencia de su marido sin la menor señal de enojo ó de disgusto.





## XXXIV



El médico entró en casa de Barriguera por casualidad, porque pasó por allí y vió á éste á la puerta y le invitó á que entrara á charlar un rato.

Y hablaron de varias cosas; primeramente de la cosecha, que aquel año fué muy escasa, tanto que el médico se lamentaba de la mala cobranza; tan mala que se aproximaba á la del 68.

—Hombre—le decía Barriguera,—no es comparable este año con aquél, porque aunque poco se ha cogido pa sembrar y comer, pero tiene usté razón, porque pa pagar deudas, no digo yo tampoco que se aproxime. Vaya usté á decirle al que no traiga de atrás el riñón bien cubierto, que son los menos, que se disprenda pa las atenciones como el salario de usté, el del boticario y otros funcionarios pol estilo de lo que nesecita pa co-

mer, y dirá, y con razón, que esperen ustedes á que otro año más abundante venga á resarcir las pérdidas del presente.

—No me parece malo el argumento; pero si todos hacen eso, ¿de qué vivo yo, señor Basilio?

—Ya lo veo, pero todos no lo han de hacer, y si cobra usted la mitá, poco más ó poco menos, ya puede usted arreglarse, y á otro año, si Dios lo trae con bien, se reúne usted con una porrada de fanegas de trigo. Peor está el pobre veterinario; á ése sí que no le arriendo yo la ganancia, porque la mayor parte de los que pueden pagarle le tienen adelantau el que menos dos salarios; conque carcule usted aónde irá á parar con seis hijos y una mujer que nesecita pa ella sola todo lo que gana su marido en un año. Ustedes de cualquier manera se arreglan, porque al fin y al cabo, pa una boca una sopa, como dijo el otro.

—¡Si viera usted, señor Basilio, cuánto se gasta en una casa aun cuando la familia no sea muy larga! Y en la mía todo sale de mi trabajo, porque las rentas de mi mujer no me dan para un bautizo, ni trajo un real al casarse, como puede usted suponer, ni yo gano atrocidades tampoco. ¡Ay, si yo tuviera las utilidades y el capital que usted tiene!... No me importaba gran cosa que vinieran años como éste.

—Calle usted, por Dios, y no diga tonterías, don Darío. No hago yo este año la pérdida con mil quinientos duros. Y no lo atribuyo solamente á la

sequía, á mí me está hundiendo la separación del muchacho, porque si está él al frente de los negocios, es posible que se hubiá quedau en la mitá; en primer lugar, porque estaría todo más cuidau, y en segundo, porque desde que él se marchó no tengo gusto pa nada, ni gana de salir de casa, y todo anda en poder de los criaus, que hacen lo que les da la gana.

—Pues dicen por ahí que tuvo usted la culpa de que Camilo se separara de su mujer, y que si usted no se porta mal con ella no se hubiera marchado.

—¡Anda, anda! Si va usted á hacer caso de lo que diga la gente, tamién habrá usted oído que la suya ha andau y anda en malos pasos con Julián Deza, como que no se oye otra cosa por pueblo, una barbaridá por supuesto, pero vaya usted á tapar la boca á tanta gente.

El médico se quedó más pálido que un cadáver, en tanto que Barriguera continuó diciendo:

—Por lo demás, no podrán decir que yo traté mal á mi nuera, y la prueba está en que ya se ha convencido, y sus padres lo mismo, de que lo que yo pretendía era el bien de ellos. Y aquí se vendrán á vivir pa este tardío. Ya les estoy arreglando la casa que compré al tío Lesmes, el barbero. ¿No ha visto usted la obra?

—No la he visto—dijo el médico casi sin saber lo que contestaba.

—Pues, hijo, no se ha armau allí mal boquete; no le tapo, pa quedar con alguna comodidá, con



menos de treinta mil riales. Otra mala cosecha como la de este año me espera. Conque pa que vea ustedé qué caso hay que hacer de lo que dice la gente; yo, al menos, no le hago, y ustedé debe hacer lo mismo si quiere evitar quebraderos de cabeza.

El médico no contestaba, y Barriguera, que le miraba con insistencia como queriendo sondear su pensamiento, se convenció bien pronto de que era la primera noticia que aquél tenía de la perfidia de su mujer, porque veía transformarse el color de su cara, de amarillo mate, en rojo subido.

Otro hubiese sentido dar al médico aquel disgusto, y aun el mismo Barriguera, si no espor la circunstancia de tener una hija que podía haberse casado con aquél, si no es tan bobalicón, que se dejó seducir por el señorío de La Hidalga. ¡Anda y que pagara cara su tontería el muy fantástico!

D. Darío no quiso ni estaba para entrar en más explicaciones. Uno y otro deseaban cortar el hilo de la conversación y así lo hicieron, yéndose Barriguera en dirección de la obra y el médico en la de su casa.

Tarde y quebrantado llegó á ella á pesar de la corta distancia que mediaba entre una y otra.

Entró en el comedor y se dejó caer en un sillón.

En los primeros momentos se le anonadó el discurso, no quedándole en las oscuridades de su cerebro más que rubor y vergüenza. Luego sin-

tió oleadas de mal contenida rabia que le ponían el corazón en la garganta, y por último, y sin querer pensar en ello, se le representaba su mujer en la imaginación, con todas las seductoras gracias que le habían impulsado á quererla, y parece que se le avivaba la llama de los deseos, deseos que se ponían en lucha abierta y desesperada con el deber, que era el de estrangularla tan pronto como la tuviera al alcance de sus manos.

Al llegar á este punto que tan de frente le colocaba entre dos extremos opuestos, no pudo menos de pensar en una próxima solución, porque se sentía morir por instantes, y la halló, aunque no del todo satisfactoria.

La halló en la noticia misma y en la calidad de la persona que se la daba.

Barriguera tenía envidia á todo bicho viviente, y miró á Carmen con malos ojos desde que desdennó á Camilo. ¿Qué tenía, pues, de extraño que, tratando de disculpar las faltas propias y las de sus hijos, diera en la idea de infamar á Carmen con semejante delito?

—Pero no—pensó luego;—es efectivamente delito, y un delito abominable, y no puede ningún hombre medianamente honrado aventar, y más que aventar, dar al propio marido noticias de esa especie. Además, el hecho es del dominio público. No se oye otra cosa por el pueblo—dijo.—Luego no hay duda. ¡Oh... la infame!

Y cayó medio desvanecido sobre el respaldodel asiento.

Por último, no sabiendo ya adónde dirigir su extraviado discurso, se acordó de Deza, del amigo traidor y desleal que había pisoteado inconsideradamente su honor, y acarició la idea de matarle como á un perro, dándole un tiro por la espalda. Traición por traición. También la desechó por demasiado exagerada, decidiéndose, por último, á observar á su mujer para convencerse por sí mismo de la horrible verdad, que fué como le encontramos cuando dió al niño el desaire que Carmen lamentó como el más cruel de todos los engaños.





## XXXV



La conducta del médico para con Carmen fué de absoluta reserva. No habló en toda la noche media palabra. En cambio indicaba en su semblante un profundo enojo y una viva inquietud. Cenó poco y con malos modales, tirando más que dejando los objetos sobre la mesa y quedándose prolongados ratos en actitud pensativa.

Carmen no se atrevía ni aun á respirar. Temía y no sabía qué ni por qué le asaltaban aquellos temores, pero no lloraba; se mostraba resignada y complaciente, tratando de vencer con su humildad aquel cambio brusco é incomprensible de su marido.

Muchas veces estuvo á punto de preguntarle y otras tantas se acobardó, previendo una mala contestación.

Contra su constante costumbre mandó D. Darío á la criada que le preparase una cama aparte de la de su mujer. Tampoco se atrevió Carmen á interrogarle al oírle semejante disparate.

Á los pocos momentos se acostó, y Carmen quedó sola en el comedor, al lado de la cuna de su niño. Entonces lloró, lloró desolada hasta que el cansancio la obligó á serenarse, y volvió á meditar, y á calcular, y á inquirir, por todos los medios que la sugería su abatido discurso, la causa de aquel exabrupto tan repentino como inesperado.

—¿Será que se habrá cansado de mí?—pensaba.—¿Habré sido tan torpe que no comprendí á tiempo el móvil mezquino que le impulsara á casarse conmigo? ¿Y será tan malvado que no estimará el valor de su mujer y el cariño que ha puesto en él?... No, esto es imposible; no le creo capaz de tamaño desafuero, ni está bien que á mí se me ocurra semejante cosa. Cambio tan incomprendible y desatinado necesariamente obedece á otra causa. ¿Cuál podrá ser?... Dios mío, ¿qué haría yo para averiguarla? Por lo que hace á mí, no puede acusarme de la más leve falta... y, sin embargo, me asaltan temores inexplicables... Me parece que me va á ocurrir algo muy grave... ¡Virgen santa, qué dudas tan horribles! ¡Qué situación la mía tan insostenible y penosa!...

Y volvía á llorar de nuevo sobre la cabecita de su niño dormido, y á cavilar sobre el asunto después, para llegar en derechura al origen, á la pri-

mera manifestación del injustificado desvío y ver, por último, que había sido para el niño en primer término. ¡Oh! Esto era monstruoso, no tenía explicación en un hombre de sano juicio semejante proceder.

—¿Estará loco?—repetía.

La infeliz no sabía qué pensar, ni qué hacer, ni cómo salir de aquel mar de horribles dudas; y unas veces llorando y otras torturando su imaginación con mil encontradas opiniones, pasó la desdichada la noche en un infierno.

El médico no la pasó mejor, estrujando su memoria para que le representara vivos los recuerdos del pasado, de aquel pasado efímero y fugaz que había estado al lado de su mujer creyéndose el hombre más feliz del mundo, por ver si encontraba en él algo que le orientara, algún cabo suelto por donde poder tomar el hilo de su desgracia, cabo que al fin halló rebuscando en las honduras de su pensamiento.

¿Y cómo no, si estaban frescas en su memoria las continuas visitas, los infinitos servicios prestados, con abandono de los asuntos propios, por Julián Deza á Carmen? ¿Quién sin un interés positivo, sin una causa como aquélla, hace lo que aquel hombre había hecho por su mujer? Hasta en su misma boda, hasta en el solícito afán con que desde luego procedió, ¿no se veía claro un interés muy raro y original? Y en el hecho de aceptarle Carmen por marido, cuando en otra ocasión le había rechazado con manifiesto desdén, ¿no es-

taba bien patente que sólo el poderoso influjo de aquel hombre había podido conseguir de plano y sin vacilaciones aquella aceptación, necesariamente convenida y calculada de antemano?

Esto era más claro para el médico que la luz del mediodía.

Lo incomprendible para él era no haberlo visto hasta entonces.

Y siendo tan evidente y cierta su desgracia, ¿qué le quedaba que hacer? ¿Cómo se rehabilitaba su honra?

Cuando esto pensaba acariciaba la horripilante idea de matar á su mujer, y á su amante, y á todo el que tratara de estorbar su justa venganza.

Pero mirando después á las consecuencias del hecho, ¡qué negro y aterrador era el cuadro que veían sus ojos! ¡Qué amargo el final de su desdicha! ¡Oh, no, no podía, bien sabe Dios que no podía realizar aquel pensamiento! Era el mejor y el más adecuado á la calidad del delito, pero era también demasiado repugnante y odioso para él.

Además, aquel niño, aquella víctima inocente detenía el puñal homicida en su mano temblorosa. Dudaba de su paternidad, sí; pero se le saltaba el corazón del pecho al pensar en el enorme agravio que iba á inferir á aquella pobre criatura.

¿Y qué hacer? ¿Cómo salvar aquel tremendo abismo? Inquiriendo, averiguando, aumentando con nuevos datos el proceso de su desgracia. Difícil era esto, pero no imposible; él lo haría, y

cuando tuviera la evidencia más completa y concluyente de la perfidia execrable de Carmen, obraría como le aconsejara su honor ultrajado.

Como consecuencia de las noticias que pudo adquirir después de cuatro días de mortal angustia, en la noche del último y con todo el sigilo posible por evitar un encuentro con Carmen que pudiera traerlas más funestas, se levantó del lecho á eso de las doce y se fué á llamar á Miguel, cruzando habitaciones, pasadizos y corrales hasta llegar al establo, donde dormía aquél al cuidado de la labranza, el cual, al ver al amo en su presencia tan fuera de ocasión, se levantó despavorido, preguntando si se había puesto mala la señorita ú ocurría alguna otra novedad.

—No ocurre nada de particular—le contestó secamente D. Darío.—Apareja el caballo y la mula pequeña á toda prisa, porque tenemos que hacer un viaje urgente. No tienes necesidad de mudarte de traje, porque volverás hoy mismo; conque así, anda ligero, que hay que marchar cuanto antes.

Admirado quedó Miguel de las extrañas órdenes que le comunicaba su amo; pero no atreviéndose á interrogarle de nuevo, se conformó con cumplir lo que le ordenaba con la mayor diligencia.

A los pocos instantes estaban dispuestas las caballerías.

Montó D. Darío en su mediano rocín, indicando al mozo que saliera de á pie para cerrar la puerta,



y tomaron por un camino que no acertaba á comprender Miguel adónde les conduciría.

La noche era oscura. Negros nubarrones cubrían las tres cuartas partes del horizonte visible, que era tan amplio como lo permitía la espaciosa llanura de la dilatada vega y las suaves lomas que le sirven de marco.

A lo lejos, mirando al Sur y sondeando los misterios de la oscuridad, se adivinaban más que se veían nubes aún más negras, de ancha base, que empujadas por fuerte viento anunciaban una mañana lluviosa ó cuando menos despacible y tristona como los pensamientos de los dos viajeros.

Miguel, por ciertos rumores vagos que habían llegado á sus oídos, estaba apuradísimo al pensar en la situación angustiosa y difícil de su amada señorita.

¡Cuánto hubiera dado él por poder hablar claro y decir al médico que tenía la mujer más buena y más honrada del mundo!

—En fin, él se irá convenciendo—decía hablando consigo mismo;—porque no puede ser que triunfe de esa manera la maldad, y no será tan tonto que haiga de dar creito sin más ni más á esos disparates. Lo más está en que la señorita no debe de saber nada... ¡Si lo supiera sigún es ella pa esas cosas!... Pa eso decía la otra tarde Bonifacio, el mozo del tío Barriguera, que no ponía él las manos en las brasas por ninguna mujer... Eso es una barbaridá, ¡qué recóiro! porque tié que haber de too; serán pocas las güenas, no digo que

no, pero la que lo sea... vale por diez de nusotros; eso lo tengo yo deprendió dende que nací, y lo peor es que la que es más güena que el pan tenga que sufrir más que la mala, porque ésta en el pecau lleva la penitencia, y la señorita Carmen no sale de un apuro y se mete en otro, y á cual más peliagudos. Pa tanto no hay pacencia, por más que digan, ni resinación posible. Y yo no sé lo que hará si sabe algún día lo que dicen de ella, ¡que miá si lo sabrá! Y que este hombre, sigún dicen, haiga creío eso como artículo de fe... Vamos, me dan tentaciones de decirle: «No tiene ustedé sentío si al golver á casa no pide ustedé perdón á la señorita y la consuela y la alegre, ¡recoiro! porque un hombre honrau y güeno de por sí no debe de portarse de esa manera con una santa» Pero la verdá es que todos dicen lo mesmo, y eso es pa golver loco á un hombre de vergüenza...

A todo esto, el viento arreciaba cada vez más y caían algunas diminutas gotas, anunciadoras de la proximidad del aguacero.

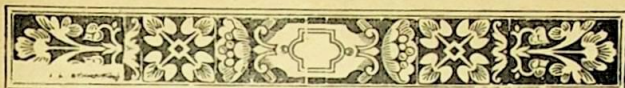
Esto distrajo á Miguel de sus cavilaciones, para pensar de nuevo en aquel viaje misterioso á aquellas horas, por un camino en que no se encontraban pueblos hasta larga distancia y en una noche lluviosa, en la que, si se generalizaba el turbión, se verían en graves apuros para salvar arroyos y barrancos.

Grande debía ser la urgencia para no volver riendas y aplazar el viaje para mejor ocasión.

Al fin, el criado, viendo que el amo no le diri-

gía la palabra, caminando delante sin fijarse siquiera en las amenazadoras nubes que por momentos se les venían encima, y no atreviéndose por su parte á interrogarle, se embozó en su manta, resignándose á callar y seguirle hasta ver en qué paraban aquellas misas.





## XXXVI



El pueblo ardía en comentarios, porque á lo que ya se decía hay que añadir que el médico, deseando saber á fondo la verdad, con censurable ignorancia y poca premeditación, habló y preguntó y se enteró de varias personas *de su confianza*, que tan pronto como se separó de ellas esparcieron la nueva á los cuatro vientos, dando al asunto proporciones gigantescas.

Quién decía que á La Hidalga la ataría el médico una piedra al pescuezo y la arrojaría en el pozo de la casa; quién que se conformaba con matar á Deza; algunos, que no era capaz de lo uno ni de lo otro, por su genio apacible y buena conformidad; y los más, que La Hidalga no podía menos de dar ese resultado por el vicio y el mimo con que fué educada. Y á todo esto, Car-

men, envuelta por aquella tormenta de aterradoras injurias, sin conocer á ciencia cierta su verdadera situación. ¡Qué horror!

Cuando en la mañana de aquel día, después de pasar una noche de verdadera tribulación y sobresalto, se levantó de la cama y le dijo la criada que el señor no estaba en casa ni Miguel tampoco, y que por todas las señales habían salido á caballo, se sintió desfallecer en términos que ni fuerzas le quedaban para tenerse de pie, y apoyada en el lecho, haciendo todo lo imaginable por conservar las pocas energías que le quedaban, le preguntó si sabía la hora de la partida.

—No sé á qué hora sería—contestó aquélla,—pero debió de ser muy temprano, porque buen rato antes de amanecer me levanté, y ya no estaban en casa.

—¿Y por qué Miguel no me diría que iban á hacer ese viaje?...

—No debía de saberlo, señorita, porque habló conmigo antes de acostarse y me dijo que le preparara el almuerzo temprano. Y el almuerzo está á la lumbre, y el carro en el corral, y la mula grande en la cuadra... ¡Buen día se llevan! No ha cesado de llover desde que me levanté.

Carmen se recostó de nuevo sobre las almohadas del lecho, diciendo:

—Se me saltan los sesos, Genoveva, que éste era el nombre de la criada.—Yo no puedo más, creo que me va á dar algo!...

—Serán desfallecimientos del estógeno, señori-

ta, y tiene usted que alimentarse, porque si no, ¿qué va á ser de usted y del pobre Fruticos? Vamos, anímese á tomar el chocolate, que se le voy á traer en seguida.

Con gran trabajo y en fuerza de instarla Genoveva, tomó la mitad, con lo que se reanimó algo y pudo dar al niño el correspondiente desayuno, que pedía hacía rato con toda la fuerza de sus tiernos pulmones.

Y vuelta á pensar de nuevo en lo mismo y en el viaje aquel, tan extravagante y raro como todo lo que la pasaba, y á afirmarse más y más en que todo aquello no auguraba nada bueno, y á llorar, y á presentir horrores, y á temblar de espanto al verse agobiada por tantas y tan raras desventuras.

Y como se veía sola, sin una persona de confianza á su lado á quien comunicar sus penas para dar algún desahogo á su alma afligida, mandó á la criada que fuera á llamar á Deza, lo que admiró á la muchacha como si la hubiera dicho que se tirase de cabeza al río.

—¡Á Deza me ha dicho usted que avise, señorita!—le contestó con el asombro pintado en el semblante.

—Sí, mujer, á Deza; ¿qué tiene de particular? Díle que necesito que venga por aquí, que necesito hablar con él.

Como el día estaba lluvioso, Deza no había salido á sus quehaceres del campo, ni siquiera de casa, y como es consiguiente en ella estaba cuan-

do llegó la criada de Carmen con la razón que ésta le había dado para él.

Julián no pudo disimular su asombro, quedándose unos instantes pensativo sin saber qué contestar á la muchacha. Por último, le dijo que iría tan pronto como tomase el desayuno.

En circunstancias normales no le hubiera extrañado este recado, porque Carmen le avisaba siempre que tenía que consultarle alguna cosa más ó menos importante, y aun después de casada, ella y el médico siguieron esta costumbre ó esta atención, que probaba la buena amistad y el afecto que se tuvieron toda la vida; pero en circunstancias como aquéllas, ¿para qué podía avisarle? ¿Para decirle que su marido la trataba mal injustificadamente y procurar por su mediación un arreglo decoroso?... ¿Y cómo podía desempeñar este papel el que pasaba por verdadero y único autor del daño? Si lo sabía Carmen, era imposible que tal absurdo pretendiera, y si no lo sabía, tampoco podía él meterse á redentor, porque lo sabría el médico. Y aun cuando no le avisara para esto, ¿cómo entraba él en aquella casa?... Y por otra parte, ¿qué inconveniente había en ello? ¿Qué culpa tenía él de que cuatro desalmados hubieran inventado tan odiosa y vil calumnia, ni qué podía importarle por nadie, ni aun por el médico, teniendo tranquila su conciencia? ¿Había de sentir vergüenza y medroso encogimiento como un criminal, siendo inocente?

Llegar á esta última consecuencia y salir de su

casa en dirección de la de Carmen fué todo uno.

Pronto se arrepintió de su impremeditada ligereza, porque cuando llegó á la puerta de la casa de ésta, después de dejar atrás por todas las calles del tránsito, y especialmente en la última, grupos de curiosos que le miraban asombrados ó dejaban adivinar una sonrisa maligna, no pudo menos de sentir rubor y vergüenza y hasta miedo, como si realmente todos aquellos que le vieran entrar en la casa de La Hidalga fueran otros tantos acusadores de un crimen no cometido, pero que pesaba ya en su conciencia con todas las repugnantes apariencias de la negra realidad.

Preguntó por el médico bastante receloso, y salió Carmen á recibirle, convertida en un mar de lágrimas.

Le instó á que entrara en su habitación, y entró casi automáticamente.

—No puedes figurarte—comenzó diciéndole Carmen algo más tranquila y acercándole una silla—cuánto he sufrido antes de dar este paso. No me gusta molestar ni hacer á nadie participe de mis penas, pero se me acaban las fuerzas y no puedo contener más tiempo esta horrible lucha. Este hombre, que parecía tan bueno, Julián, que en el tiempo que llevamos casados no me ha dado el menor disgusto, que era hasta complaciente y cariñoso conmigo, de cuatro días á la fecha no sé qué te diga de él, porque no hay frases en el vocabulario para calificarle como merece. Por lo que á mí toca, bien sabe Dios que le perdonaría,



y á eso estoy dispuesta siempre, aunque dos veces que he tratado de interrogarle se ha negado á oirme, agregando la amenaza más ofensiva para una mujer delicada, la de agredirme, la de darme de golpes. Pero es mi marido, le quiero y he de cumplir siempre con los deberes que me imponen mi educación y mi honradez. Lo que me repugna más, lo que no comprendo ni me explico ni es capaz de hacer ningún hombre de sano juicio, es el tratamiento tan cruel, y más que cruel, infame y monstruoso que ha dado á este pobre niño. ¡Hijo de mi alma! Esto no sé si podré perdonárselo...—y volvió á llorar con tan amargo desconsuelo que enternecido Julián le dijo:

—¿Y qué quieres que haga yo, Carmen?

—Hablarle, interrogarle, preguntarle los motivos que tiene de su mujer para obrar así, porque yo no me atrevo, Julián, le tengo miedo, no me atiende y me asusta tan brutal desvío. ¡Cuatro días de mortal angustia, dominada por la más honda pesadumbre, sin saber lo que me ocurre ni en qué va á parar esto, ni qué va á ser de mí, Julián!...

—Y... ¿dónde está él?—le preguntó Julián con marcadas muestras de intranquilidad.

—No lo sé, esta misma noche se ha marchado, ha llevado con él á Miguel y no sé donde ha ido ni cuando volverá. Este viaje misterioso ha aumentado mi desasosiego, porque yo no sé que tuviera que irse fuera, ni menos acompañado del criado.

—Verdaderamente es raro cuanto te ocurre— dijo Julián por salir de aquel pantano por alguna parte,—pero no veo el medio de interceder por ahora. Fíjate en que es muy fuerte que vaya yo á pedirle explicaciones, que no me daría de seguro, y en vez de hacerte un favor podía acarrearle mayores daños. Por de pronto, yo creo que lo mejor es esperar, porque él no ha de seguir así siempre, y probablemente cuando menos lo pienses buscará él mismo la reconciliación.

—¡Ay, Julián! ¡Mucho temo que esa reconciliación va á ser tardía ó no va á llegar jamás! Pero si tú crees que eso debo hacer, eso haré, me resignaré, tendré paciencia, agotaré este cáliz que aproxima á mis labios en las sombras, lucharé hasta perder la vida poco á poco con las sinietras vaguedades de mi pérfida estrella, y abandonada á mis escasas fuerzas, esperaré, sin dar un paso ni atrás ni adelante. ¡Quién sabe si por todas partes me rodea el abismo!

Julián no sabía qué contestar; estaba anonado.

Por un lado aquellas razones de la infeliz Carmen, aquellos fatídicos presentimientos que él veía como la más posible de todas las realidades; aquella inocencia casi infantil ofendida, escarnejada, vilipendiada y arrastrada, por último, sin compasión por el arrebatador torrente de la maledicencia; aquel niño marcado con sello ignominioso por un padre inconsciente y atolondrado, que condensaba en su espíritu para arrojarlo so-

bre el hogar doméstico todo el cieno que habían acumulado la soberbia y la cobardía.

Por el otro, el convencimiento de su propia honradez y caballerosidad enfrente de una acusación de la conciencia pública, que condensada en un sólo, traía aparejada una venganza imposible de medir y calcular en razón de las apariencias de la ofensa, le estremecía de espanto. Ya no le dominaba el miedo, pero le faltaba la fuerza moral, la energía poderosa que siente el espíritu honrado al amparo de la justicia universal, que desfallece y se apaga en el ambiente impuro de las humanas miserias.

Entretanto, la bola de nieve se agrandaba pavorosamente, porque la criada de Carmen, con todo el misterio de que siempre se rodea la calumnia, iba esparciendo de puerta en puerta la noticia de la cita que ésta había pedido á Julián, con lo que los más exaltados, entre ellos Barriguera, alcanzaban el cielo con las manos pidiendo á voces venganza y escarmiento para aquel escándalo, que perjudicaba á la pública honestidad y hacía precisa la intervención judicial para cortarle de raíz.





## XXXVII



N tanto que los ayes del dolor de una madre cariñosa y de una mujer honrada y buena se perdían entre el clamoreo cínico de una chusma ciega é inconsiderada, dos viajeros rendidos de fatiga marchaban á campo traviesa obligados por la lluvia torrencial que les obstruía el camino que habían de seguir, para dar mil rodeos y tropezones hasta llegar al punto adonde se dirigían, que era á una estación del ferrocarril.

Allí esperaban la llegada del primer tren secándose las ropas al fuego de una estufa, comentando las peripecias del viaje.

Nadie diría que aquellos dos hombres eran el médico y su criado Miguel al verlos cubiertos de barro de los pies á la cabeza y con visibles señales uno y otro de mal reprimido disgusto.

Un silbido agudo y penetrante que sonó en los oídos del médico como graznido de mal agüero y un ruido acompasado como trueno prolongado y estrepitoso les anunció la llegada del tren.

Pidió el médico á su criado un lío de ropa que llevaba en la alforja, y dándole un apretón de manos, con los ojos arrasados de lágrimas, le dijo:

—¡Adiós, Miguel! ¡Quizá no volvamos á vernos jamás! Si te preguntan por mí, dí que me voy muy lejos, y que no me busquen, porque será inútil.

—¡Señor!—le contestó Miguel, aterrado ante aquella singular despedida.—¿Aónde se va usted, que no piensa volver?... ¿Y la señorita? ¿Y el niño?

—Ni una palabra más... Adiós...

—Pero ¡coirol!...

Cuando Miguel intentó replicar nuevamente, ya estaba el médico subiendo á un departamento de segunda.

Volvió á silbar aquella máquina infernal, que tal le parecía al fiel criado, y arrancó con imponente gravedad, arrastrando sin esfuerzo el largo convoy, para perderse al cabo de algunos instantes entre las sinuosidades del terreno.

Miguel se quedó como petrificado en el andén, con la mirada fija y la boca entreabierta, hasta perderle de vista.

El silencio que notó á su alrededor le sacó de su estupor y fué haciéndose cargo de la escena que acababa de presenciar.

No era el tren, que ya había visto diferentes veces, lo que le tenía aturdido, sino el viaje de su amo.

—¡Pa no golver jamás!... Asíñ dijo, ú yo estoy loco—iba diciendo Miguel, en tanto que volvía á recoger las cáballerías que, á un lado de la estación, dejó atadas al extremo de un rail que sobresalía entre varios que estaban apilados.—Aunque no digo que no lo esté, porque con estas cosas cualisquiera pierde el razocinio... El recoiro tienen las mujeres... Ya voy viendo que tenía razón Bonifacio al decir que no ponía las manos en las brasas por ninguna, porque de ser mala la señorita... desconfío yo hasta de las ánimas benditas. Y, por lo visto, lo es, porque el amo ha tenido que asegurarse pa dar este paso. ¡Siempre se está depriendiendo en este mundo, pero hay casos que valiera más no saberlos!... Y entuavía hay que dudar si habrá ó no habrá enredau él diablo esta madeja, porque no sería la primera vez... En fin... el tiempo lo dirá...

Embebido en estos y otros pensamientos análogos llegó á Villatorcida á eso de las tres de la tarde, en medio de un día otoñal, caliente y apacible, porque á eso de las diez de la mañana se rasgaron las espesas nubes y lució un sol espléndido que se reflejaba en el cristal de las corrientes, alegrando la encharcada campiña.

No bien entró en el corral con las cáballerías, salió la criada á decirle que le llamaba la señorita.

Tendió los ramales sobre el cuello de aquéllas y entró en el comedor, que era donde Carmen le esperaba llorando.

—¿Dónde ha ido el señor Miguel?—le preguntó sin darle lugar á saludarla.

—No lo sé, señorita... Lo que puedo decirle á usted es que ha tomau el tren en la estación de X, y al despedirse de mí me dijo... Pero yo no debía decirle á usted lo que me dijo porque pué que la impresione... aunque hay cosas que no se adelanta nada con callarlas, porque al fin hay que decir-las sin remedio, y ésta es una de ellas.

—Pues ¿qué te dijo? ¡Dios mío, qué tormento!...

—No se altere usted, señorita; tenga usted calma, por Dios... Me dijo... «Adiós, Miguel; quizás no golvamos á vernos jamás...»

—¡Jesús!.. ¿No piensa volver?—contestó Carmen, presa de indescriptible terror.

—Yo creo que no, señorita. Y usted no pué merecer eso...

—Me ahogo, Miguel, corre... avisa á Deza; díle que venga luego... luego; quiero saber de una vez si mis presentimientos me engañan. El sabrá algo, y si no, que lo pregunte... que lo indague. . ¡Sólo esto me faltaba, Dios mío!

Miguel permanecía quieto y mudo como una estatua.

—¿No vas, Miguel?...

—No voy, señorita Carmen, porque usted no sabe el daño que la hace ese hombre...

—¿A mí?... ¿Que me hace daño Deza?

—Sí, señorita, sí... Y usted misma se está metiendo la daga en metá del corazón...

—No te comprendo, Miguel; habla, tú lo sabes... dímelo todo... pronto... que me muero... ¿No ves que me muero?...

—Sí, señora... ahora mesmo, porque usted no merece que la traigan y la lleven... y arrastren la su honra, ¡recoiro!... porque es usted güena, señorita... más güena y más honrá que el mundo entero, y tol pueblo dice que Julián y usted... vamos... lo que no pué ser... y el amo lo ha creío... y...

Un grito agudo, sonoro y penetrante de la desdichada apagó la voz de Miguel, que aterrado veía cómo la infeliz Carmen, en los paroxismos de su dolor, gritaba:

—¡Miserables!... Consumasteis vuestra obra... Huyen... Ya estoy vengada... ¿Les ves, Miguel?... Me temen...

Y se mesaba los cabellos y oprimía la cabeza entre las manos como queriendo contener algo que se le escapaba, y corría furiosa, y Miguel la detuvo, exclamando:

—¡Pobre señorita Carmen!... ¡La han güelto local...

FIN DE LA NOVELA



